

Nuestra Bandera

■ 75 aniversario PCE ■
14 Congreso PCE
Centenario Pasionaria
del PCE

1975

XIV CONGRESO

PCE

PCE: UNA APUESTA POR EL FUTURO

*Felipe Alcaraz
Juan Manuel Aragiés
Gaspar Llamazares
Juanjo Sáinz
Manuel Cañada
Ebernhard Gorsske
Angel Pérez Martínez
Joaquín Dólera
Joan Ribó*

uto?ías

Nuestra Bandera

uto?ías

Nº 165/1995
JULIO-SEPTIEMBRE

REVISTA DE DEBATE
POLITICO Y TEORICO
EDITADA POR EL
PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA

DIRECTOR
Pedro Marset

REDACTOR JEFE
Vicente Romano

CONSEJO DE REDACCION
Manuel Ballester / Luis Cabo
Pedro Chaves / Gabriel Fernández
A. J. García Garrido / Rafael Huertas
Rafael Jerez Mir / Salvador Jové
J. M. Laso Prieto / A. López Salinas
L. Martínez de Velasco / F. Martínez
F. Sánchez San Martín / M. Monereo
Miguel Aznar

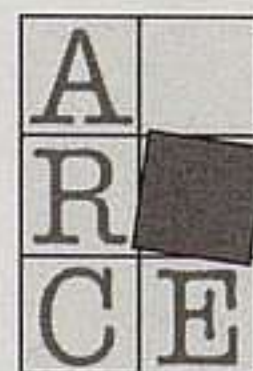
REDACCION Y ADMINISTRACION
c/ Marqués de Montegudo, 8
28028 Madrid
Tfno.: 91/ 356 98 07

DISEÑO, REALIZACION Y PRODUCCION
Contrastes, diseño gráfico, S.L.
c/ Toledo, 32 - 3.º izquierda
Tfno.: 91/ 366 06 26 - 87

IMPRESION
Marco Gráfico, S.L.
c/ Esteban Terradas, 12
Pgno. Ind. de Leganés. Madrid

DEPOSITO LEGAL
M.20.166-1977

ISSN:
1133-567X



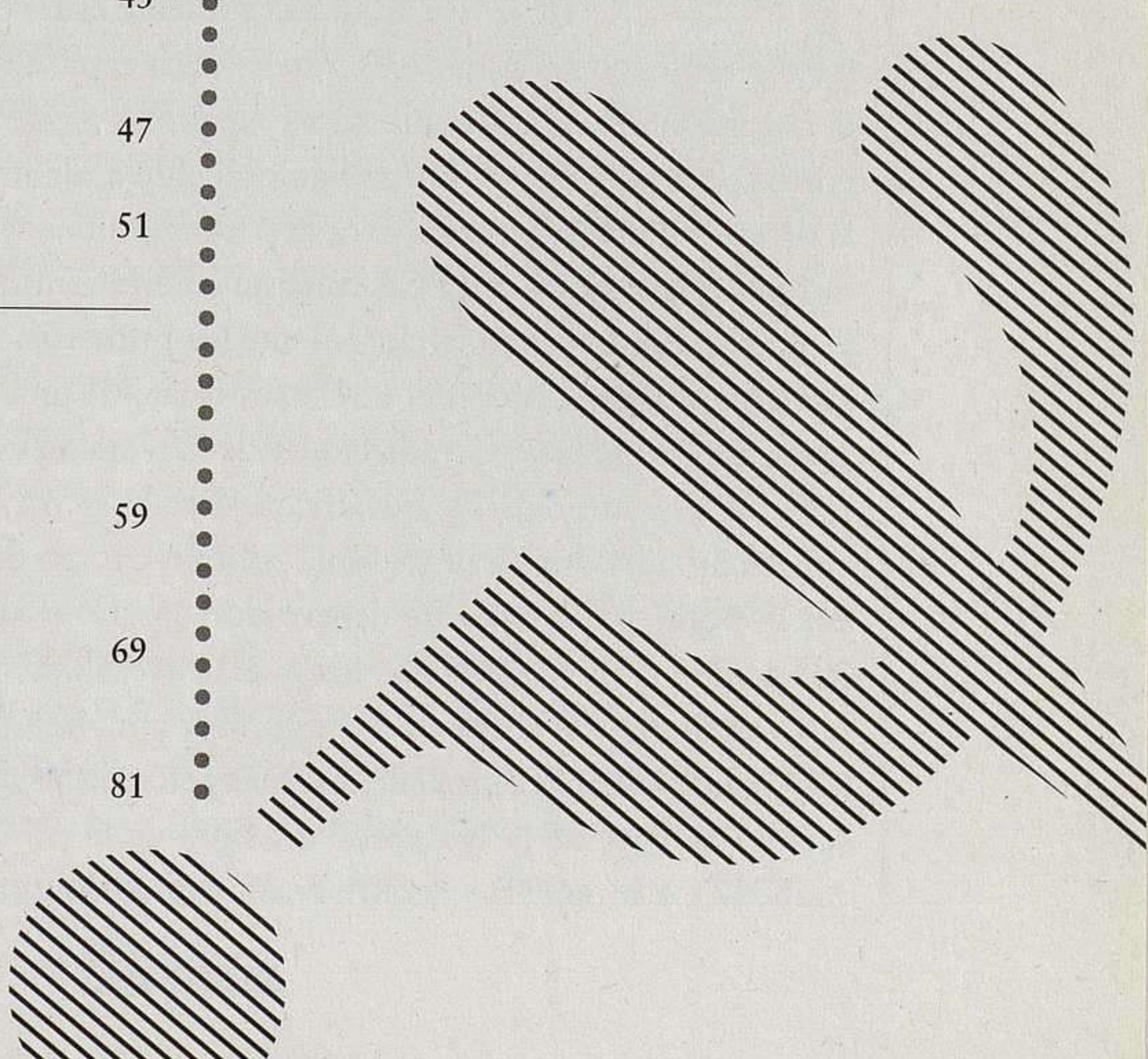
ESTA REVISTA ES MIEMBRO DE:
Asociación de Revistas
Culturales de España



El interior de esta revista está impreso
sobre papel reciclado 100%

S U M A R I O

EDITORIAL	4	A DEBATE	
LOS TEMAS DE UTOPIÁS: PCE: UNA APUESTA POR EL FUTURO		Paz y seguridad en el Mediterráneo <i>Carlos Carnero González</i>	87
Aplicar un nuevo impulso <i>Felipe Alcaraz</i>	13	Los cambios económicos en Cuba: problemas y desafíos <i>Julio Carranza Valdés</i>	93
Devenir comunista <i>Juan Manuel Aragiés</i>	15	Mercado y propiedad individual repensados desde la economía política marxista <i>Andrés Varela G.</i>	109
Neoliberalismo y tareas de los comunistas <i>Gaspar Llamazares</i>	19	NUESTROS CLÁSICOS	
Un PC para la transformación socialista <i>Juanjo Sáinz</i>	23	José Díaz, un gran revolucionario <i>Luis Balaguer Securín</i>	117
XIV Congreso: construir hegemonía <i>Manuel Cañada</i>	27	LIBROS	
El fin de la historia: una tontería cósmica <i>Eberhard Gorsske</i>	33	Un ensayo importante <i>Gabriel Fernández</i>	131
Vigencia del ideal emancipatorio <i>Angel Pérez Martínez</i>	37	Partidos Verdes en Europa: tres textos recientes <i>Luis Ramiro Fernández</i>	135
El PCE: 75 años de historia, pero sobre todo de compromiso de futuro <i>Joaquín Dólera</i>	41	Insumisos no tan discretos <i>Pedro Jorquera</i>	141
Unir desde la izquierda <i>Joan Ribó</i>	43		
Permanencia del PCE y futuro de la izquierda <i>Francisco José Martínez</i>	47		
Los ideales del socialismo permanecen <i>José María Laso Prieto</i>	51		
CRÍTICA DE LA CULTURA, CRÍTICA DE LA VIDA COTIDIANA			
Comunicación-mundo, democracia y cooperación internacional <i>Francisco Sierra Caballero</i>	59		
La ideología de la salud en el capitalismo tardío <i>Rafael Huertas</i>	69		
Izquierda Unida, un proyecto participativo <i>Antonio Hernández/Pascual Serrano</i>	81		



Nuestra

Editorial

La celebración del 75 Aniversario del PCE es una excelente ocasión para preguntarse por la posibilidad (y necesidad) de revolución socialista a finales del siglo XX tras el fracaso de la experiencia soviética. Dentro de esa pregunta, que se desagrega en su dimensión geopolítica según las regiones mundiales y en la estrictamente política de los posibles y necesarios protagonistas (sujetos revolucionarios), está implícita la del papel del PCE en esa eventualidad. Esta pregunta aparentemente voluntarista remite a dos cuestiones previas: por una parte sobre las contradicciones del capitalismo que harían viable tal revolución, y por otra sobre las estrategias de las clases y/o grupos interesados en tal desenlace. Celebrar plenamente el aniversario del comunismo español significa adentrarse resueltamente en las perspectivas revolucionarias.

Al ser cierto que el presente está construido por las actividades de los diferentes actores políticos y sociales en el pasado, es pertinente preguntarse por la contribución de los comunistas españoles a este presente. Los cambios de escenarios económicos y políticos han obligado a identificar en cada momento cuál era la dirección más adecuada para la acción política, y con qué tipo de alianzas y propuestas. La historia del PCE consiste en este sentido en una amalgama de aciertos y errores, predominando claramente los primeros. Al constituirse el PCE en su origen como una escisión del PSOE, es decir, en una profundamente diferente interpretación sobre las contradicciones de la realidad española y la forma de incidir sobre ella, es comprensible que atravesase toda su trayectoria una conflictiva relación con dicho partido. La hegemonía sobre el campo de la izquierda y en ocasiones sobre la política española ha descansado en uno u otro de los dos partidos, según la índole de los momentos por los que atravesaba España y el panorama internacional, sobre todo el europeo. De esta forma ha habido momentos de claro predominio de las propuestas socialistas, más reformistas, en etapas de relativa estabilidad (primera parte de la II República, final de la transición democrática hasta la actualidad), y momentos de influencia comunista, más incisiva en momentos de cri-

Bandera

sis y agudización de las tensiones sociales (Frente Popular y Guerra Civil y lucha contra el franquismo, incluida la transición democrática). Igualmente se puede hablar por parte de los comunistas españoles de propuestas y experiencias de acción unitaria, incluyendo a los socialistas, y de formulaciones claramente enfrentadas con las de éstos necesariamente excluyentes.

La realidad social española actual es el resultado del protagonismo y hegemonía del PSOE en el campo de la izquierda desde antes de 1982. La línea política desarrollada por el PSOE a lo largo de estos trece años ha estado orientada al fortalecimiento del funcionamiento capitalista con la esperanza de que, al consolidarse éste, permitiese una versión mejorada del Estado de Bienestar y, con ello, su perpetuación en el poder gracias al apoyo electoral subsiguiente. Tanto por los objetivos como por el desenvolvimiento de la práctica «socialista» a partir de 1982, la izquierda comunista estaba desplazada, no pintaba nada, no existía ninguna posibilidad de introducir una perspectiva de transformación social, de revolución («no era necesaria»). De hecho era tan apabullante esa «realidad» socio-política, que se estaba construyendo que centenares de comunistas se pasaron con armas y bagaje a las filas del PSOE, con el fin de ser protagonistas en la edificación de dicha realidad.

Parece como si la historia se repitiera (tragicomedia) para que de nuevo con la agudización de la crisis social creada por las contradicciones del sistema capitalista y su reflejo en España, ante el fracaso de la receta del PSOE, aparezca una oportunidad para una propuesta y alternativa radical desde la izquierda transformadora, desde IU (y por ello una posibilidad para que el PCE contribuya con sus aportaciones). Parece evidente que ante un escenario profundamente modificado estas alternativas han de ser sustancialmente diferentes, innovadoras. Las nuevas realidades son de variada índole: socioeconómica, política e ideológica. Socioeconómicamente España ya no es un ámbito suficiente desde el que poder plantear una confrontación de clases, puesto que la pertenencia a Europa ha transfor-

mado radicalmente los términos de la misma. Políticamente, la insuficiencia de los mecanismos de la actual democracia representativa, al frustrar la experiencia de gobierno las promesas realizadas durante las campañas electorales, plantea la urgencia de introducir una profundización de la democracia, y un protagonismo de la sociedad civil complementariamente al de los partidos políticos clásicos. Ideológicamente, el terrible fracaso de la experiencia soviética y la ausencia de soluciones, el *impasse* de satisfacer necesidades sociales que ha supuesto el conjunto de experiencias socialdemócratas (independientemente de las corrupciones) ha introducido la necesidad de nuevos valores en la perspectiva de progreso de la humanidad (feminismo, pacifismo, ecologismo, anticonsumismo, etc.), así como nuevas formas de organización social, alternativas a las determinadas por el modelo capitalista.

Es en este nuevo escenario en el que los comunistas hemos de encontrar y avanzar en la construcción colectiva de la alternativa. Visto desde esta triple perspectiva (socioeconómica, política e ideológica) el paulatino hundimiento del PSOE y del felipismo es a la vez consecuencia y condición necesaria para que se afiance una alternativa de izquierdas en nuestro país.

Las dificultades y contradicciones del sistema capitalista mundial determinan el espacio para una acción política alternativa y revolucionaria. El agotamiento del modelo de Pacto Social surgido tras la Segunda Guerra Mundial y que determinó la creación del Estado de Bienestar ha dejado al *partenaire* representante de la clase trabajadora, a los partidos socialdemócratas y sindicatos sin modelo alternativo. Simplemente se limitan éstos a reclamar, a la defensiva, una perpetuación del Estado de Bienestar, cuando la fórmula de acumulación capitalista que permitía tal redistribución ya no funciona y ello justo cuando más crecen las necesidades por la parte de la población asalariada (paro estructural, reconversiones, migraciones, nuevas tecnologías, etc.). El capitalismo se encuentra a su vez en la doble necesidad de dirigir sus superávits hacia ámbitos más provechosos

en la obtención de plusvalías que los que ofrece la estructura europea (nomadismo del capital por la baratura relativa de la mano de obra), pero dependiendo de la potente capacidad del Estado de Bienestar para garantizar su funcionamiento y su reproducción. La fórmula del capital ha sido hasta el momento eficaz: 1) limitar, reducir en cada país las prestaciones sociales (políticas de reprivatizaciones y criterios de Convergencia de Maastricht, recomendaciones del FMI y del BM), desregulando y debilitando los derechos laborales, y 2) trasladar las acciones socioeconómicas más potentes a un ámbito (Consejo Europeo de la Unión Europea) en el que sólo decide una de las partes y así se sustraigan las acciones a tomar del modelo de Pacto Social funcionante hasta el momento. De esta forma ni partidos de izquierda en los Parlamentos ni sindicatos en las negociaciones nacionales de los convenios inciden decisivamente en las políticas a desarrollar. No es casualidad que el Parlamento Europeo haya sido una creación posterior a la del Mercado Común y que no posea competencias sustanciales frente al omnipotente Consejo. Tampoco es casualidad la falta de respuesta de la izquierda, tanto la hegemónica en esta larga etapa, la socialdemócrata, como la radical, comunista, ante las nuevas condiciones. Todo el proceso que lleva al Tratado de Maastricht revela esta insuficiencia de respuesta por parte de la izquierda. Ni los sindicatos ni los partidos de izquierda han suscitado en sus países debates profundos sobre el sentido de la construcción europea. Cuando han existido estos debates debido a los referéndums (Dinamarca, Francia, Irlanda, Noruega, etc.) los mismos se han polarizado hacia cuestiones nacionalistas o de privilegios relativos, cuando es evidente que para la clase trabajadora europea es urgente la necesidad de elaborar una estrategia de ámbito europeo que implique la alianza de clases y grupos sociales alrededor de fórmulas alternativas al modelo capitalista.

Se entiende que en tal panorama el PCE, así como IU, postulen una propuesta radicalmente diferente y excluyente (confrontada) a la del PSOE, tanto para la realidad española como para la europea. Siendo muy grave la impli-

cación de Felipe González en el terrorismo de Estado (GAL), así como el resto (cansina retahíla) de comportamientos de corrupción al amparo del poder del PSOE, la cuestión crucial sigue siendo la propuesta política que ha desarrollado desde 1982 hasta la actualidad y que se ha saldado en un profundo fracaso social y económico (más paro y debilidad de los trabajadores) y retroceso de la izquierda y de los valores tradicionales de la misma (solidaridad, ética). La inevitable confrontación de las dos propuestas de la izquierda en España (PSOE e IU) pasa no tanto por acaparar titulares en la prensa, o por la espectacularidad de las iniciativas en los Parlamentos y Consistorios, como por desarrollar unos valores y prácticas sociales de trabajo solidario apuntando a un modelo alternativo al capitalista y consumista, consciente de conectar con movimientos semejantes en Europa y en el resto del mundo. Curiosamente esta orientación debe estar fuertemente asentada en cada lugar, en cada ámbito territorial y cultural, puesto que ante todo es una práctica social, pero totalmente alejada del peligro «nacionalista» (renacionalización de cada localidad europea), puesto que éste siempre es un retroceso para los intereses de la clase trabajadora. Las próximas elecciones catalanas y las posteriores (probablemente) generales anticipadas van a constituir una prueba para la estrategia de IU y de los comunistas. El ulterior debate sobre la revisión del Tratado de Maastricht será también una ocasión para que, además de los partidos, los sindicatos pongan a prueba la naturaleza y orientación de su contribución en la construcción europea.

Todo ello es suficiente materia para que el próximo Congreso del PCE constituya una excelente ocasión de reflexión sobre la historia y contribución del PCE, pero sobre todo para aportar ideas y propuestas nuevas a unas urgentes necesidades de transformación social en las puertas del siglo XXI. ■

Colaboran en este número

Felipe Alcaraz
Juan Manuel Aragüés
Luis Balaguer Securún
Manuel Cañada
Carlos Carnero González
Julio Carranza Valdés
Joaquín Dólera
Gabriel Fernández
Ebernhard Grosske
Antonio Hernández
Rafael Huertas

Pedro Jorquera
José M^a Laso Prieto
Gaspar Llamazares
Francisco José Martínez
Angel Pérez Martínez
Luis Ramiro Fernández
Joan Ribó
Juanjo Sáinz
Pascual Serrano
Francisco Sierra Caballero
Andrés Varela G.

© Jean Cocteau, en todas las ilustraciones del interior.

© VEPAG. Madrid, 1995.

nuevas



respuestas

...AS DE LO MISMO'

Mundo Obrero

revista mensual del partido comunista de españa

datos para la suscripción

nombre

dirección

localidad provincia

d. p. teléfono

forma de pago

giro postal

transferencia bancaria a la cuenta 60-000632-32 de la caja de madrid, sucursal 1860, c/ cartagena, 52. 28028 madrid.

(adjuntar con este boletín fotocopia del giro o la transferencia)

tarifas

6 meses

1 año

península

1.000 ptas.

2.000 ptas.

islas

940 ptas.

1.880 ptas.

tarifas

6 meses

1 año

europa

1.200 ptas.

2.400 ptas.

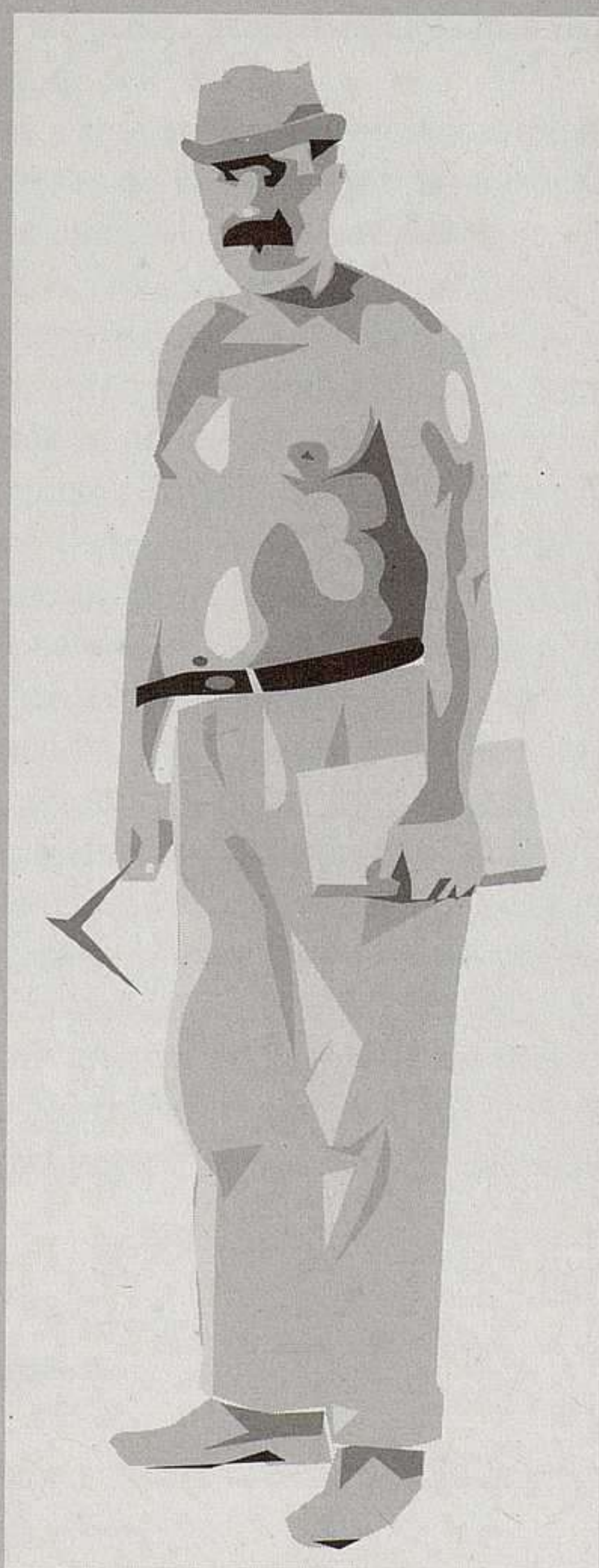
otros países

2.200 ptas.

4.400 ptas.

LOS
TEMAS
DE
uto?ías

PCE: UNA APUESTA POR EL FUTURO





PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Aplicar un nuevo impulso

Felipe Alcaraz

Secretario General PC Andalucía

Todos los días aparecen nuevos elementos que aceleran la crisis política. En la política estatal, el post-felipismo está marcado por las contradicciones generadas por el GAL, la corrupción y las políticas antisociales que motivan un estado de crítica generalizado al Gobierno del PSOE.

La ofensiva de clase continúa a través de unas políticas muy duras para poder salir de la crisis, incluso a pesar de la debilidad del Gobierno que las lleva adelante. Estas políticas no están exentas de contradicciones: «la recuperación» se produce sin creación de empleo, no solventa los problemas de la base material de la economía de muchos territorios, las medidas de flexibilización como la reforma laboral no resuelven, sino que actúan como un freno a la cualificación y a la inversión para mejorar la productividad, aumenta el uso no sostenible de los recursos y las ineficiencias globales del sistema económico.

En Andalucía la crisis política tiene su versión particular tras la prórroga de los presupuestos con un Gobierno andaluz: la corresponsabilidad de Chaves con la táctica de supervivencia de González le lleva a un discurso político gestado cada vez más alejado de las necesidades de Andalucía: crisis del agua, el empleo y la agricultura en callejones sin salida, imposibilidad de sacar adelante la concertación social, a pesar del colaboracionismo de los agentes sociales «oficiales», etc.

Se dan, por lo tanto, las condiciones para la sustitución del PSOE por la izquierda real, pero también para la alternancia. No existen motivos para cambiar el discurso, sino todo lo contrario, es necesario ir avanzando en sus pasos concretos.

Nos encontramos en una encrucijada. Tras el 12 de junio y la IV Asamblea Federal, debemos avanzar colectivamente en la puesta en práctica de lo que hemos llamado el *sorpasso*. De lo contrario, el proyecto de IU puede fragmentarse y disolverse en un sinfín de proyectos personales de administración de la situación en cada caso concreto.

PCE y PCA ante el nuevo Congreso

En esta nueva fase, el partido tiene sus tareas determinadas por tres grandes objetivos:



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

- Conseguir un crecimiento de la organización y la influencia social de IU que preserve y acentúe su carácter alternativo y su voluntad de gobierno para la transformación social.

- Forjar una amplia alianza en torno al movimiento obrero y a los movimientos sociales que converja con IU y permita la recuperación de un bloque social hegemónico de progreso.

- Dotar al movimiento de izquierdas y revolucionario de propuestas y elaboraciones estratégicas para la construcción de la alternativa en lo concreto y en lo general.

Este congreso debe servir para darle al partido un discurso, una práctica y una organización adecuados a estos objetivos. Para ello no debe recurrir a una reflexión existencial o de redefinición, sino al ejercicio sin complejos de sus funciones tal como las definió en el XIII Congreso:

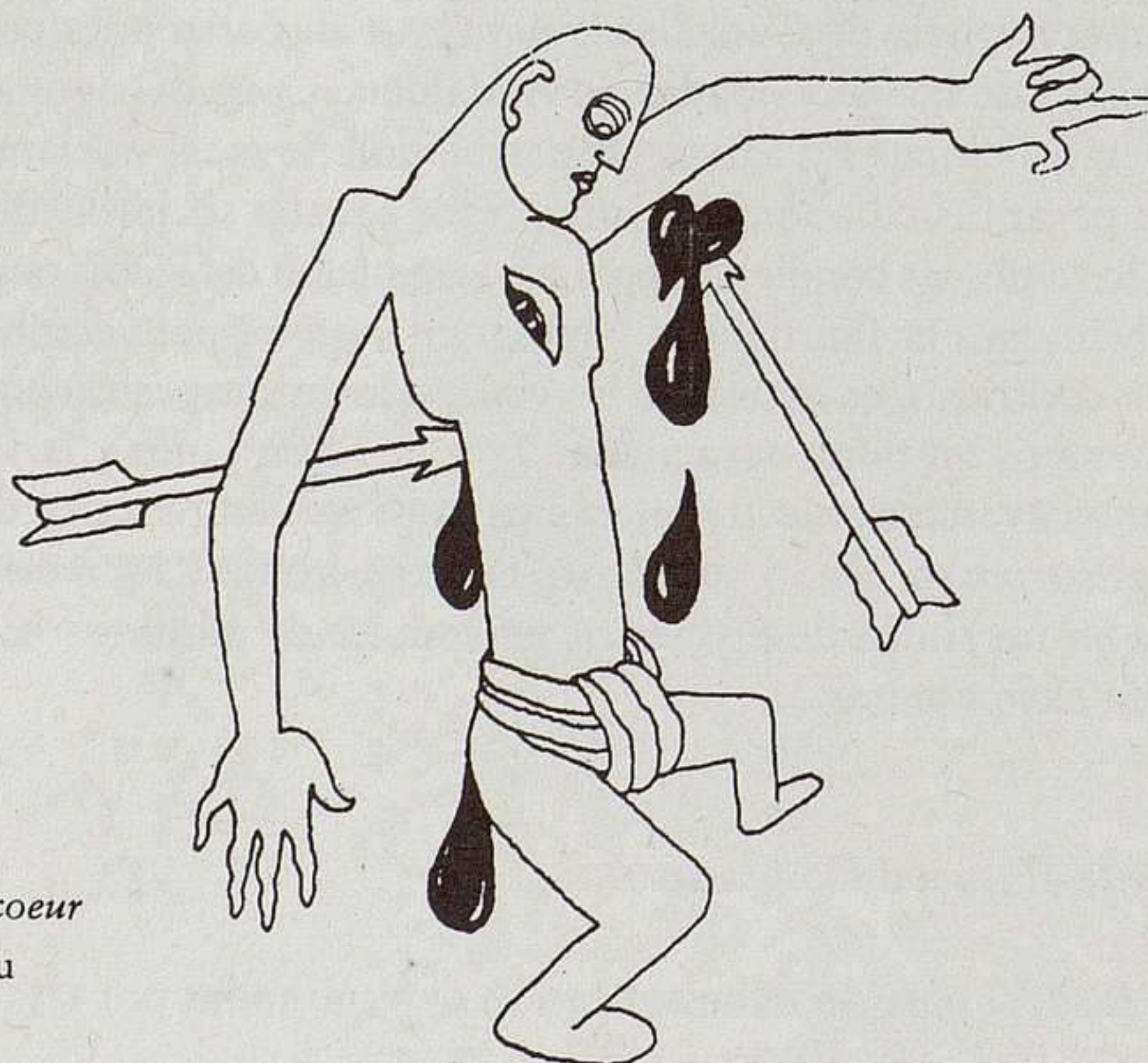
- El partido en y de Izquierda Unida, es decir, la participación organizada, reflexiva y con sentido propio de las y los comunistas en Izquierda Unida, como forma de ejercer su militancia.

- El partido de las y los comunistas en el movimiento obrero y en los movimientos sociales, para fortalecer cuanto de alternativo, anticapitalista y transformador tienen esos movimientos.

- El partido que construye teoría, que debate y que elabora alternativas, que relaciona práctica política con teoría que difunde valores o ideología.

El XIV Congreso del PCE debe servir para consolidar al partido como herramienta para la consecución de una sociedad más libre que avance hacia el socialismo. Para ello son necesarios la opinión, la comunicación, el diálogo y el debate de todas y todos los camaradas.

Lo que justifica al PCE es su función: su contribución a la nueva fase política, en IU y en la organización social. Esto requiere que el PCE aborde su Congreso no discutiendo sobre sus funciones, sino ejerciéndolas. ■



Le valet de coeur
Jean Cocteau



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Devenir comunista

Juan Manuel Aragüés

Secretario General PC Aragón

Acaso el título del presente artículo resulte sorprendente a la hora de encarar un debate congresual y de hacer balance del desarrollo de un congreso. Ciertamente, el título pretende llamar la atención; es deliberadamente críptico, pero se corresponde de manera estricta con la parte del temario propuesto por la redacción de *Nuestra Bandera-Utopías* y que me parece de un mayor interés para enfocar nuestra militancia: ¿cuáles deben ser las señas de identidad de un comunista, de una comunista?

Si algo hemos aprendido desde que Julio Anguita es responsable de esta organización, es que «el comunismo es el movimiento real...», frase que, lejos de ser el inicio de una liturgia, supone la captación del constituirse comunista, la manera en que debemos afrontar nuestra relación con la realidad. Por devenir comunista, porque el comunismo es un proceso incesante de lectura crítica y transformación de la realidad, es un actuar en constante reconocimiento de lo que nos rodea. Nada más alejado de los dogmas, de las letanías huera de los rituales eclesiásticos: pensamiento vivo que constantemente se matiza —porque la hierba crece—, práctica viva que nace de unos ojos abiertos al acontecer del mundo.

El comunismo es constitución, construcción de una realidad siempre nueva, desarrollo de una práctica infinita, pues no hay un fin de la historia, ni el de Hegel ni el de Fukuyama, ni siquiera el de la sociedad sin clases —¿otra kantiana ciudad de los fines?—, pues ahora sabemos, en ese devenir comunista, que las contradicciones no son sólo de clase, que no sólo el proletariado —mujeres, minorías, ecología, etc.— es sujeto para prácticas revolucionarias.

Apertura de menté, la misma que Marx tuvo para leer a Smith y a Ricardo, a Proudhon y a Bakunin, y recoger todo aquello que de interesante hubiera para construir una potente herramienta para la transformación del mundo. El devenir comunista es la incesante reconstrucción de esa herramienta bajo el nombre de marxismo —aunque quizá su nombre pueda ser legión—. Y en la reconstrucción de esa herramienta es en donde debe ubicarse el momento congresual, la reflexión en torno a la forma de partido y sus funciones.

«Movimiento real...»; ningún ejemplo mejor que nuestro PCE, que se sabe herramienta para un fin, instrumento para una práctica revolucionaria. Partido



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

que sabe devenir comunista, adecuarse a los tiempos y leer sus contradicciones. Partido que se sabe heredero de Lenin en su espíritu, pero que quiere trabajar con Gramsci para la articulación de la sociedad y la creación de hegemonía. Es por ello por lo que el XIII Congreso nos constituyó en intelectual colectivo, es por ello por lo que el XIV Congreso debe llevar a la práctica lo que ya hemos teorizado, es por ello por lo que creamos Izquierda Unida.

Devenir comunista es, en estos momentos, saber que no hay mejor apuesta que Izquierda Unida, que no hay marcha atrás, porque la historia no retrocede. Izquierda Unida no es el sueño de una noche de verano, el capricho de un día, una táctica cualquiera, sino el contundente resultado de la lectura de las actuales contradicciones del capitalismo. Contradicciones diseminadas, múltiples y plurales, transversalizadas, es cierto, por la contradicción capital/trabajo, a las que hay que dar una respuesta articulada de una nueva forma. La vieja forma partido deja paso al movimiento político y social que, como el comunismo, también es, su propio nombre lo indica, «movimiento real». Y la dirección de ese movimiento, para que no sea intempestiva, casual, debe fundamentarse en una reflexión seria y profunda en torno a las condiciones sociales, al contexto histórico. Hemos de ser capaces de detectar los más finos pliegues del capital, reconocer sus formas de poder y opresión, su microfísica en sus manifestaciones más contemporáneas, pues la única manera de pelear es reconociendo al enemigo.

Aquí está la tarea de nuestro partido: detectar el devenir social para hacer devenir nuestra lucha, para devenir comunistas.

«Movimiento real», movimiento; articulación de teoría y práctica, de papeles y de acción, pues si de algo debemos autocriticarnos en la época del XIII Congreso es de no haber sabido adecuar nuestra práctica al partido que habíamos teorizado.

«Movimiento real», movimiento; articulación de teoría y práctica, de papeles y de acción, pues si de algo debemos autocriticarnos en la época del XIII Congreso es de no haber sabido adecuar — en Aragón, en España— nuestra práctica al partido que habíamos teorizado. Mal común del PCE y de IU, la poca eficacia de nuestra acción militante, excesivamente preocupada de la votación interna de informes y propuestas. Y la calle es el lugar del movimiento, de la deriva, el lugar que ha de ser del partido del XIV Congreso. En esa apuesta por constituirnos en intelectual colectivo,

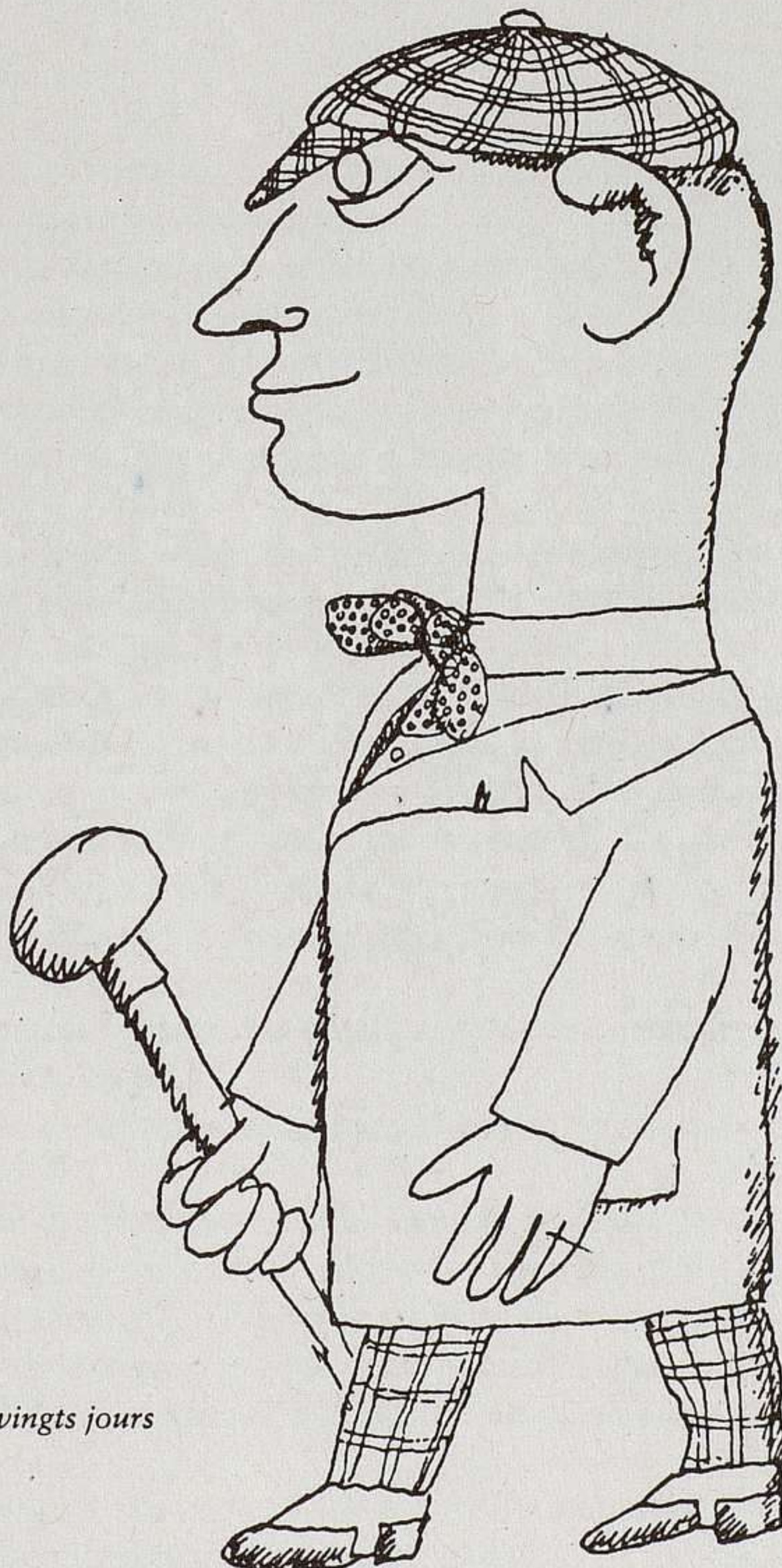
debemos incidir en la tarea más complicada y urgente que a la izquierda compete en estos momentos: la transformación de los valores de la sociedad, única manera de conseguir hegemonía social. Es evidente que la izquierda está perdiendo la batalla cultural, la batalla de los valores y que, como consecuencia, las políticas que propugnamos —de solidaridad, justicia, austeridad— se encuentran con un techo social —por ende, electoral— consistente. Si nos creemos, en nuestro devenir comunista de finales del siglo XX, la primacía de lo social sobre lo institucional, la necesidad de la hegemonía social de valores para alcanzar la hegemonía institucional, debemos comprender, como fundamental tarea del partido, ese horizonte de actuación cultural y de valores. Izquierda Unida, por las necesidades de respuesta inmediata a los acontecimientos políticos, no está cumpliendo esa función; por contra, el partido, con su visión más estratégica de la

realidad, debe saber detectar los campos esenciales de actuación y poner manos a la obra.

Seamos conscientes de lo que implica este trabajo: enfrentarse a toda la maquinaria de producción ideológica del sistema, la máquina, con mucho, más potente de toda la historia de la humanidad, los medios de comunicación. Enfrentarse a ellos siendo capaces de dar visiones alternativas de la realidad, de transmitir de manera diferente lo que sucede. No pretendo, en esta breve intervención, hacer ninguna propuesta, sino colocar sobre la mesa el que es, desde un punto de vista de combate ideológico, el problema fundamental sobre el que hay que actuar. El vértigo que se produce al pensar en la tarea es legítimo, pero, como escribió Marx a propósito de las revoluciones proletarias, no podemos vacilar «ante la vaga enormidad de nuestros propios fines». ■



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO



Le Tour du monde en quatre-vingts jours
Jean Cocteau



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Neoliberalismo y tareas de los comunistas

Gaspar Llamazares

Secretario General PC Asturias

1. *Los votos para la izquierda*

La salida neoliberal de la crisis supone un nuevo retroceso para el movimiento obrero y las fuerzas transformadoras y alternativas.

Los nuevos movimientos sociales sufren también las negativas consecuencias de esta tendencia a la regresión social y al predominio de las salidas individuales.

El campo de la cultura se abre paso de forma masiva al mercado de la cultura de masas, cuya línea dominante es el descrédito de la acción colectiva y de las concepciones globales y, por contra, la reivindicación del consumo individual de productos culturales.

Con ello se impone una aceptación «realista» del modelo económico social y político dominante, incidiendo todo ello en las posibilidades de la acción colectiva y afectando, asimismo, a la concepción de lo político.

La enorme complejidad de los procesos sociales y la vertiginosa rapidez con que evolucionan: la internacionalización de la economía, la interdependencia ecológica, la división del trabajo, los medios masivos de consumo cultural, etc., son problemas cada vez más inaprensibles, reforzándose con ello la institucionalización de la política, las *tendencias a la tecnificación y profesionalización de las organizaciones sociales y políticas* y a su comunicación meramente publicitaria con la sociedad civil.

Entre tanto, el Sur del mundo experimenta un proceso de creciente pauperización y marginación económica y social.

A ello se suma el progresivo deslizamiento de los países del Este hacia el subdesarrollo.

También ha experimentado el incremento en las formas de dependencia: sumándose a los tradicionales mecanismos de control del comercio mundial, del intercambio desigual y de la desarticulación interna, nuevas dependencias como la dramática espiral de la deuda externa, los costes ecológicos sociales del nuevo orden económico mundial y la marginación creciente de parte enteras de la geografía del Sur del mundo.

La contradicción Norte-Sur expresa cada vez de forma más dramática los dilemas y tragedias del modelo civilizatorio dominante: el modo de producción-



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

consumo y el modelo de vida del Norte, basados en el expolio económico y la depredación ecológica del Sur, que presuponen su imposible generalización al conjunto del planeta.

Íntimamente unido a la situación del Tercer Mundo ha ido apareciendo un conjunto de problemas que por su magnitud y por afectar a los equilibrios básicos del planeta se han dado en llamar cuestiones globales. *La crisis ecológico-social*, los problemas demográficos y del hambre en el mundo, la dramática dinámica de las migraciones, unidos a los conflictos provocados por procesos de industrialización salvaje de grandes zonas del planeta.

Asistimos, en el marco de una economía-mundo que continúa profundizando en la dinámica de globalización de los mercados en beneficio de las empresas transnacionales, a una mayor subordinación de los territorios periféricos a los intereses de los países del Centro y a la adopción de técnicas de producción altamente consumidoras de energía y depredadoras del medio.

Son, pues, además de la crisis económica, los procesos tecnológicos los que explican buena parte del desempleo estructural que padecen las economías industrializadas, donde la inversión por sí misma ya no es garantía de creación de empleo. Por otro lado, el proceso se acentúa a través de una nueva división internacional del trabajo, que consiste en la localización de determinados sectores productivos, intensivos en mano de obra y/o de manufacturas contaminantes en los llamados nuevos países industrializados.

Ante esa situación, los dogmas de los países desarrollados para solucionar el problema de la crisis industrial y el desempleo son la apelación a la competitividad y productividad como garantías de la recuperación.

Sin embargo, después de dos décadas del inicio de la crisis, la política neoliberal ha sido incapaz de crear las condiciones para que el capitalismo la supere. La tasa de beneficio se ha conseguido recuperar, pero el beneficio es muy inferior al existente con anterioridad a la crisis y se ha mostrado incapaz de provocar una expansión duradera.

En definitiva, el liberalismo ha fracasado en su intento de recuperación de la ganancia, por lo que sigue necesitando las políticas de ajuste, pero éstas, como una pescadilla que se muerde la cola, no sólo son incapaces de solucionar los problemas estructurales, sino que junto a la hipertrofia financiera corren el peligro de profundizar los problemas coyunturales.

Por otra parte, el neoliberalismo ha venido a actualizar las concepciones elitistas del sistema político y de la democracia, reduciendo ésta a un procedimiento para la selección de las élites gobernantes.

La esfera de lo político, así considerada, se reduce a lo que se refiere estrictamente al proceso de toma de decisiones, a su limpieza formal y a sus garantías técnicas.

En el contexto de una economía transnacionalizada, intervenida por intereses transnacionales complejos, la democracia se convierte en la representación de las corporaciones y los intereses más poderosos.

Esta democracia mínima es la democracia de la liquidación del viejo estado asistencial, basada en un Estado fuerte, sólo para imponer ajustes neoliberales. Lo neocorporativo se impone a lo representativo, incrementando el poder de las élites, colocando como centro de la actividad política la negociación y el com-

promiso entre dichas élites. Los procesos de decisión participativa se reducen cada vez más a la selección de los gobernantes, al momento electoral que se transforma en una cuestión de imagen y de márketing de ventas.

Estos factores abundan en el descrédito de la política y de lo político. Una desconfianza que se manifiesta en la apatía ante el hecho participativo y el descrédito de lo colectivo y de su organización.

2. Nuestras tareas como comunistas

Nuestros espacios de intervención como comunistas de IU y como militantes en CC.OO. y en los movimientos sociales podrán ser los siguientes:

a) Un primer espacio de resistencia sostenida ante la ofensiva conservadora, *un aspecto de defensa teórica, política y práctica de las conquistas sociales logradas*, frente a la ofensiva encaminada a su desmantelamiento.

Este espacio práctico de resistencia se concreta hoy en nuestro trabajo en CC. OO., en otros movimientos y en IU en contra del desmantelamiento industrial, así como del sistema de pensiones, de la privatización de los servicios de salud, del elitismo económico en la Universidad o del deterioro en la aplicación de la LOGSE.

b) Otro espacio fundamental para los comunistas es *promover un discurso cultural que se contraponga y neutralice la insolidaridad del discurso conservador*, desarrollando la conciencia unitaria de la clase, desposeída de las principales decisiones que condicionan su existencia.

Este espacio expropiado de la hegemonía ideológica es uno de los principales retos para los comunistas, oponiendo el pragmatismo de la supervivencia del más fuerte y del individualismo una alternativa colectiva y solidaria:

1. Defendiendo la utopía alcanzable de trabajo para todos con desarrollo sostenible en un mundo solidario. Concretándolo, en primer lugar, en el proceso de debate sobre la construcción europea.

2. Desarrollando el concepto de reparto del tiempo de trabajo para trabajar todos aumentando el tiempo de relación humana y creatividad.

3. Desarrollando el concepto de desarrollo sostenible y planificación democrática frente al crecimiento expoliador.

4. Impulsando pautas de vida y consumo, alternativas al consumismo actual.

5. Articulando una nueva conciencia de clase con los clásicos valores del movimiento obrero y con los nuevos valores de la conciencia como especie.

6. Reconstruyendo los valores políticos y moralmente coherentes con una nueva conciencia de clase y de especie.



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Otro espacio fundamental para los comunistas es el promover un discurso cultural que se contraponga y neutralice la insolidaridad del discurso conservador, desarrollando la conciencia unitaria de la clase, desposeída de las principales decisiones que condicionan su existencia



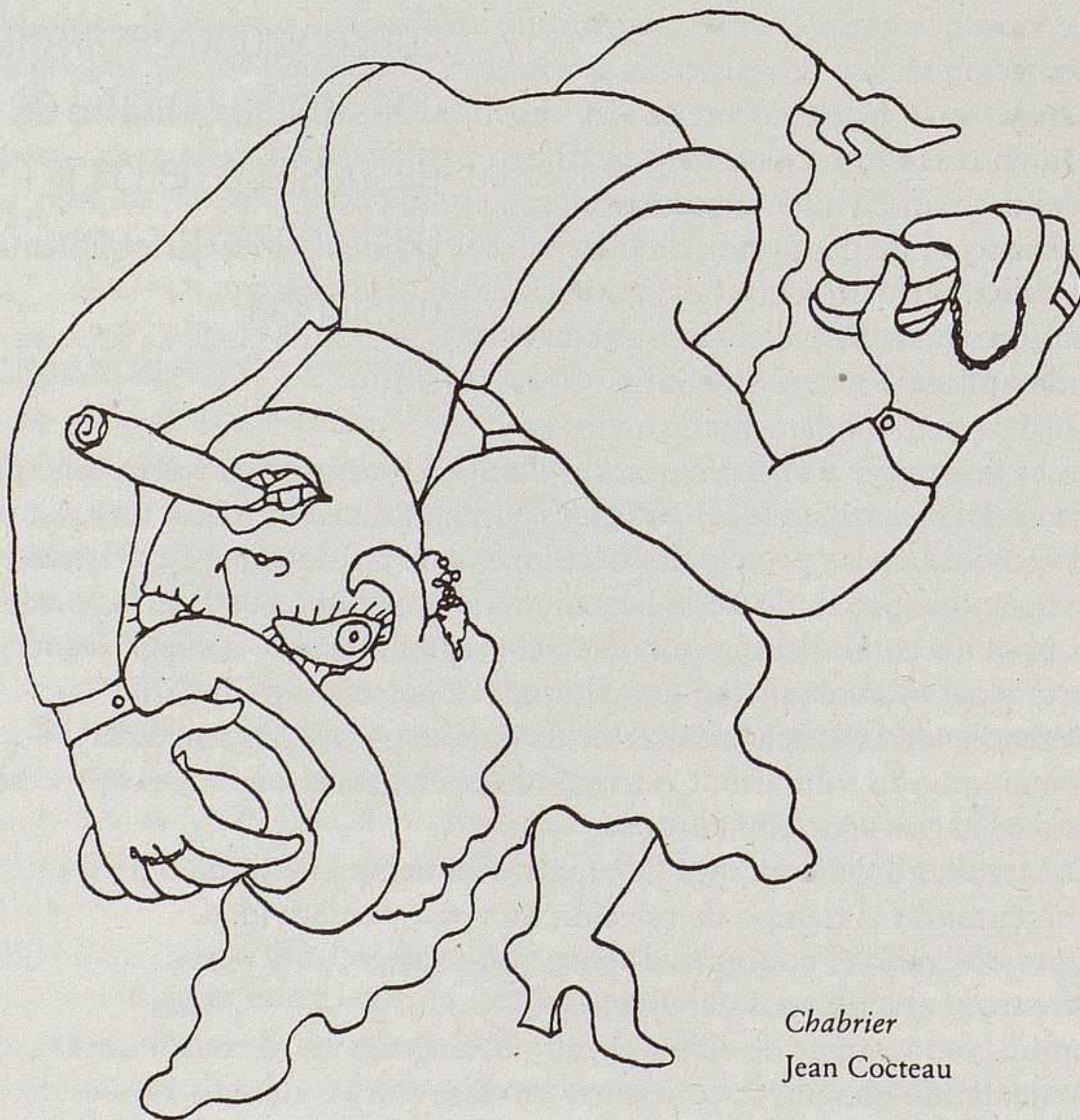
PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

c) Junto a este discurso cultural, otro espacio de intervención esencial es la *construcción de una propuesta alternativa: es decir, la configuración de IU como alternativa.*

Un esquema de política alternativa articulado con organizaciones sociales y políticas con las que se haga posible la colaboración y la intervención más coincidente posible en: *la información* sobre la política vigente y sus consecuencias, *la crítica* a los fracasos económicos, sociales y culturales de esta política, la elaboración de *alternativa* política, social e institucional.

d) Otro espacio fundamental y novedoso de nuestra intervención, a través de IU, de CC. OO. y de las organizaciones. No gubernamentales es la de la *solidaridad activa y cotidiana* con los damnificados de la desregulación del mercado laboral, del recorte de ayudas sociales o del intercambio desigual en el plano internacional.

e) Un espacio de intervención debe ser también la reflexión sobre las *formas de hacer política. La política transformadora y el modelo de organización del PCA hacia IU y los movimientos sociales.* ■



Chabrier
Jean Cocteau



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Un PC para la transformación socialista

Juanjo Sáinz

Secretario General PC Euskadi

“Siempre ha habido ricos y siempre los habrá”.

En esta sencilla y aparentemente sensata frase, que todos hemos escuchado en alguna ocasión, se concentra toda una filosofía de la vida; la de la inmutabilidad de las relaciones sociales por más que sean injustas, la de aceptarlas y acomodarse a ellas de la mejor manera, la de la resignación y la pasividad, en definitiva.

Aunque esta forma de entender la vida y la historia sea expresada por gentes del pueblo, a nadie mínimamente instruido se le escapa que se trata de algo inducido por los que siempre han detentado el poder real, el poder económico, y con él el poder político, y ello a través de la elaboración y posterior control de una ideología al servicio de aquéllos.

En este asunto de la hegemonía de una ideología o de una cultura, en el sentido más amplio, es donde, en mi opinión, se encuentra uno de los elementos centrales del marxismo.

Creo que con cierta frecuencia tenemos tendencia, en la práctica, a olvidarnos de este aspecto de la lucha de clases. Lo digo al hilo de los acontecimientos habidos en los últimos años a escala internacional (derrumbe de los países del llamado “socialimo real”, fundamentalmente) que parece que han venido a reforzar la idea de la imposibilidad de transformación social.

Algunos han llegado a formular esta idea de forma zafia. Recordemos aquello de “el capitalismo es el menos malo de los sistemas conocidos”.

Desde nuestras propias filas, aunque de manera más matizada, se ha expresado, a través de actitudes y planteamientos políticos, la misma pérdida de confianza en el ideal emancipador y la resignación ante la “imposibilidad real” de la revolución social, del socialimo. Y todo ello acompañado de replanteamientos o de viejas-nuevas propuestas dirigidas a acomodarnos de la mejor manera a un sistema social (capitalista) insuperable en cualquier caso.

Pero frecuentemente la apariencia de las cosas no responde a la realidad. No creo que merezca la pena detenerse demasiado en algo que aunque trate de ser manipulado por los medios de comunicación y mediatizado y metabolizado por el control ideológico del imperialismo norteamericano y del capitalismo en general, pueda ser ignorado.



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Me refiero al hecho del distanciamiento creciente entre el primer y el tercer mundo, en cuanto a la brutal desigualdad en el reparto de la riqueza y lo que ello conlleva. A la explotación interna a la que son sometidos, mediante la utilización del control de la economía internacional, los países pobres por los ricos. A las apariciones en los países capitalistas desarrollados de una numerosa subclase con carácter estructural, los parados y marginados socialmente del sistema. Ese cuarto mundo, que así se le empieza a llamar, formado por un número creciente de seres humanos que deben ser sacrificados en el paro, en el subempleo o en el empleo precario, para que el sistema pueda seguir funcionando. Las contradicciones internas del capitalismo no permiten desarrollar "soluciones" más seguras.

También el rapidísimo deterioro del medio natural que desde la perspectiva del lucro y del beneficio, del desarrollo económico mundial sostenido, no tiene solución.

Todo esto y más, es algo que ya ha sido reiterado desde la óptica de la izquierda revolucionaria y en particular por nuestro partido. Por eso, la contestación a la pregunta que muchos se hacen sobre si el ideal emancipatorio está vigente, no puede tener más que una respuesta.

Sí, el ideal emancipatorio, el comunismo como articulación teórica del mismo y como instrumento de intervención social, política y cultural, tienen hoy más vigencia que nunca. Las nuevas condiciones internacionales en todos los planos hacen vigentes y urgentes las soluciones ya expresadas en el "Manifiesto Comunista" de 1848.

El Partido Comunista ha de ser en primer lugar la conciencia organizada de la clase obrera, tal y como lo definía el propio Marx. "El intelectual colectivo", capaz de generar una cultura de transformación del propio sujeto revolucionario; los trabajadores.

Pero además, ya hoy debe integrar en sus filas a todos aquellos que aspiran a la transformación socialista de la sociedad y están dispuestos a luchar por ello. Independientemente de su origen cultural comunista y de las diferentes sensibilidades que hoy se reclaman del comunismo.

Ya no existen barreras objetivas que lo impidan y las interpretaciones de la historia o historias comunistas no debieran ser ninguna razón seria que impidieran la unidad en el presente hacia un futuro de lucha en común.

Un Partido Comunista hoy debe ser el eje sobre el que vaya configurándose desde organizaciones plurales ideológicamente, una amplia alianza que esté en condiciones de colocar a la orden del día la necesidad y la posibilidad de la transformación social. Más en concreto, el PCE debe impulsar el desarrollo de IU como un movimiento político-social de carácter alternativo y de amplio espectro. Como referente político de todos los movimientos sociales que desde sus específicas reivindicaciones han de converger al objetivo común: el socialismo.

El Partido Comunista ha de facilitar tal convergencia, velando a su vez por garantizar la independencia de tales movimientos.

La convergencia política de reivindicaciones específicas sólo podrá realizarse sobre la base de la coincidencia en las luchas cotidianas.

La movilización ha de ser el crisol donde se fundan *las diferentes reivindicaciones*, que a la vez que enriquecen la propuesta, crean la acumulación de fuerzas sociales imprescindible para ganar la batalla social, política y cultural.

Izquierda Unida y el Partido Comunista

Las relaciones entre IU y el PCE son, en mi opinión, confusas.

La delegación de muchas de las tareas políticas del PCE hacia IU, cuando ésta no termina en la práctica de configurarse como un movimiento político-social plural y de masas, que es su razón de ser y su seña de identidad fundamental, crean una situación en la que el Partido ha dejado de desarrollar determinadas actividades no habiendo sido éstas asumidas todavía por IU.

El carácter necesariamente plural en lo ideológico en IU se traslada a veces en la práctica al Partido, creándose una situación de confusión que produce en muchas ocasiones que la cohesión ideológica y política en el Partido sea sustituida por el más nocivo de los liberalismos. A la vez, y como reacción contraria, aparecen intentos de control burocrático de IU por parte de "corrientes" que existen de hecho en el propio Partido.

Es necesario demostrar en la práctica que el trabajo de los comunistas no se agota en IU, aunque en estos momentos deba dedicársele la mayor parte de los esfuerzos y recursos.

Hay que dar vuelta a la situación. Garantizar el desarrollo más abierto, plural y participativo en IU sin controles burocráticos de ningún tipo, y a la vez recuperar la coherencia y cohesión en el interior del Partido Comunista. De forma que no aparezca como "rentable", desde el punto de vista de cuotas de poder, el hecho de pertenecer nominalmente al PCE.

En el PCE deben militar los que están convencidos de su necesidad y su viabilidad para jugar el papel más arriba descrito brevemente.

En IU, por el contrario, los límites de la participación deben situarse en cuanto a la aceptación de su programa político; necesariamente más abierto y más asimilable desde opciones ideológicas diversas.

En Euskadi, o para ser más preciso, en la Comunidad Autónoma Vasca, la actividad política a cualquier nivel se encuentra mediatizada por el fenómeno del terrorismo y de la violencia de su entorno. También afecta muy negativamente la "guerra sucia" desarrollada desde el propio aparato del Estado. Esta ha proporcionado en reiteradas ocasiones el oxígeno necesario a ETA y a su entorno en momentos de acorralamiento político y de masivo rechazo.

Es necesario tener en cuenta estas cosas a la hora de valorar las posibilidades y dificultades que hay para el desarrollo de IU/EB.

La existencia en nuestra Comunidad de partidos políticos de "masas", marca otra de las diferencias significativas en relación al resto del Estado. Ello agu-



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

En IU los límites de la participación deben situarse en cuanto a la aceptación de su programa político; necesariamente más abierto y más asimilable desde opciones ideológicas diversas



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

diza un problema en IU/EB, ya de por sí importante, su escaso desarrollo organizativo y el desequilibrio entre esta carencia y el apreciable apoyo electoral que en las últimas elecciones se ha manifestado.

El peso de lo institucional, contrastando con la escasa capacidad de intervención directa en la calle, empuja objetivamente a la organización hacia la institucionalización.

Desde el EPK se es consciente de ese peligro y se trata de impulsar los medios para equilibrar la acción política de IU/EB. Para estar a la altura de tales exigencias, es necesario fortalecer al Partido en varios planos:

En lo ideológico-cultural. Formando a los militantes y propiciando el debate y la reflexión colectiva al hilo de la actividad práctica, ya sea desde el trabajo en IU, en el movimiento sindical o en otras organizaciones sociales.

En lo político, volviendo a la unidad de acción y al funcionamiento democrático de respeto a la minoría y aplicación de las decisiones mayoritarias en todos los niveles.

En lo organizativo, recuperando la organicidad en la aplicación de las decisiones y en el funcionamiento del Partido como tal. En la creación, donde no existan, y en la extensión de las organizaciones partidarias en los centros de trabajo. Recuperando las organizaciones sectoriales.

La actual estructura organizativa no sirve para el funcionamiento del tipo de Partido que necesitamos.

Las organizaciones territoriales responden más bien al criterio de trabajo electoral. Una vez que el Partido ha delegado ésta en IU, no existen razones para mantener tal situación. Por otra parte, esta estructura facilita aún más la confusión en muchos lugares entre lo que es la organización y el funcionamiento de Partido y el de IU.

El XIII Congreso del PCE sancionó de manera inequívoca su voluntad de continuar existiendo y desarrollarse como partido político. Sentó las bases político-organizativas para un nuevo funcionamiento en las nuevas condiciones. Pero en la confusión creada en torno al falso debate "Partido sí o Partido no", los elementos más significativos de las resoluciones adoptadas quedaron relegados a un segundo plano.

La decisión del Comité Federal, desarrollado en octubre del 93, de estructurar e impulsar las áreas del mundo del trabajo, organización y movimientos sociales, que venían a unirse a las ya existentes, contribuyó a empezar a despejar en la práctica algunas dudas que habían surgido sobre el papel del Partido en la actual etapa.

El XIV Congreso ha de poner en práctica de forma plena las resoluciones del XIII, teniendo en cuenta las experiencias que ha habido al respecto en el tiempo transcurrido entre ambos Congresos, colocando al Partido en condiciones de llegar a hegemonizar el proceso de transformación social. ■



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

XIV Congreso: construir hegemonía

Manuel Cañada

Secretario General PC Extremadura

«En 1992, el 20 por 100 más rico de la población controlaba el 83 por 100 de los ingresos mundiales totales, mientras que el 20 por 100 más pobre sobrevivía con el 1,4 por 100.» «En 1960 la diferencia entre el 20 por 100 más pobre de la población era de 30 a 1. En 1991 esta diferencia es de 61 a 1.»

Bastarían estos datos, recogidos en las conclusiones del Foro Alternativo «Las otras voces del planeta», reunido en Madrid con el fin de denunciar los desmanes y crímenes del FMI, Banco Mundial y GATT, para afirmar tajantemente la vigencia y necesidad de los ideales emancipatorios. Sin embargo, la urgencia de levantar proyectos y movimientos alternativos a un capitalismo cada vez más destructivo social y ecológicamente, no es sentida, en estos momentos, por amplias capas de la población.

Asistimos a una brutal paradoja: nunca fue tan necesario el socialismo como respuesta integral, racional, solidaria a los problemas de la humanidad y, al mismo tiempo, nunca desde su nacimiento estuvo tan desprovisto de legitimidad y apoyos sociales.

La barbarie que supone la masiva contaminación, la devastación ecológica de extensas zonas del planeta, la explotación del Tercer Mundo y el yugo de la deuda externa, la aculturización y alienación que se propicia desde los medios masivos de comunicación, la imposición de la uniformidad cultural, la redoblada degradación del mundo del trabajo, la sistemática violación de derechos humanos, el silencioso renacer de los fascismos, etc. Toda esa barbarie se presenta protegida por los ropajes-coartada de los valores de progreso, modernidad, eficiencia, mientras se presenta el socialismo como una antigualla burocrática y autoritaria.

El PCE y la izquierda transformadora en su conjunto debe enfrentarse sin complejos a esa sostenida y eficaz campaña que nos habla sobre la «eternidad», superioridad e invulnerabilidad del capitalismo. Ni la temporal soledad ni las presuntas rentabilidades electorales pueden rebajar nuestra crítica global a un sistema injusto congénitamente y que incrementa velozmente los desequilibrios.

Afirmar nuestra identidad anticapitalista es además la primera condición para enfrentarse al naufragio reciente. Pero no se trata de autoengañarse menos-



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

preciando las dimensiones de la derrota del movimiento obrero ni la envergadura de las dificultades, ni negarse a una lectura autocrítica de nuestra historia. Anticapitalismo como opción moral, ética y humanística, como proyecto de liberación frente a la mercantilización de las relaciones humanas.

Las otras dos condiciones, simultáneas e indesligables, son interpretar los cambios que se están produciendo en la fase de reestructuración capitalista y reconstruir desde la experimentación un proyecto, unas alianzas y unos instrumentos alternativos.

El capitalismo cambia de rostro. Las multinacionales deslocalizan la producción, se reorganizan como empresa-red, uniforman las pautas de consumo y culturales, dictan acuerdos internacionales que legitiman la nueva situación —GATT, Maastricht—. En el camino se extiende el desempleo masivo, el *dumping* social, la inseguridad laboral, etc. «La zorra cambia de pelo, pero no de mañas.»

El llamado proceso de mundialización de la economía, de una rapidez e intensidad hasta ahora inéditas, está provocando y provocará en el futuro graves crisis de las instituciones y equilibrios que operaban hasta ahora.

La fractura de los Estados de Bienestar, la tercermundización de los países del Este, la crisis de los Estados-Nación, la pugna conflictiva entre las áreas económicas más desarrolladas, etc. No parece que se presagie precisamente un futuro pacífico y sostenible.

Esa profunda reestructuración capitalista, tan irracional e insolidaria, necesita de grandes dosis de manipulación social. De ahí que se pretenda desde una concepción fundamentalista, cuando no fanática, universalizar el liberalismo económico como modelo. Los contravalores y recetas del liberalismo se exaltan a la categoría de pensamiento único, orientador de la práctica de todos los gobiernos y del «sentido común» de las gentes. Mercado, competitividad, privatización, «liberalización» comercial, flexibilidad laboral se nos ofrecen como conceptos indiscutibles, mágicos.

Junto a esa intensiva campaña, el capital necesita modificar el marco de juego institucional conseguido en los países europeos. Necesita limitar la democracia a cáscara electoral, reducir la política a técnica de selección de dirigentes, convertir los partidos en máquinas electorales sin base popular ni programa alternativo, eludir controles políticos sobre la economía, etc. Las clases trabajadoras que han irrumpido, tras más de un siglo de lucha, en el escenario de la política comienzan a ser discretamente desplazadas.

Y, por último, en buena lógica, ese proyecto busca la exclusión de todo referente alternativo de izquierda social y política, ya sea aislándolo o asimilándolo. Es decir, que las olas de liberalismo lleguen hasta las costas de la izquierda. Y leyendo a dirigentes como Máximo D'Alema, puede decirse que a algunos les ha empapado hasta el alma la conversa resignación: «El Estado social es un costoso sistema de garantías que frena el desarrollo.»

Los comunistas, la izquierda en general, necesitamos enfrentarnos a toda esta realidad cambiante combinando la firmeza de principios con el análisis riguroso y la creación. Desde la lealtad y desde la audacia.

- Las clases trabajadoras también cambian su composición. La precarización del empleo, la terciarización de la economía, la asalarización de de-

terminados colectivos transforman su estructura interna. Aumenta la fragmentación y también las dificultades de recrear conciencia de clase y sentimientos de pertenencia. Trabajar por unir lo que el capitalismo disgrega, trascender al corporativismo que alimenta, experimentar formas de organización que reagrupen a los trabajadores es, en este momento, una obligación básica.

Recuperar la centralidad del trabajo en un proyecto de transformación exige al mismo tiempo huir de posiciones economicistas en la relación con los trabajadores, impulsar debates y prácticas reivindicativas sobre el reparto del trabajo, tender puentes de análisis y colaboración entre el movimiento sindical y el movimiento ecologista.

Dignificar el trabajo pasa también por interpretar y actuar «más allá del producir». Pasa por cuestionar la alienación en el tiempo de ocio, por generar identidad de clase también fuera del centro de trabajo.

- La crítica de masas a la política, la crisis del sindicato y del partido obrero exigen de nosotros una actitud autocrítica ofensiva, imaginativa. Reconstruir instrumentos políticos alternativos con verdadero y sólido arraigo social sólo será posible desde una práctica radicalmente distinta a las fuerzas del sistema. La horizontalidad, la militancia y el compromiso voluntario, la rotación, la superación de la división entre teoría y práctica, entre dirección y base, la primacía de lo social frente a lo institucional...

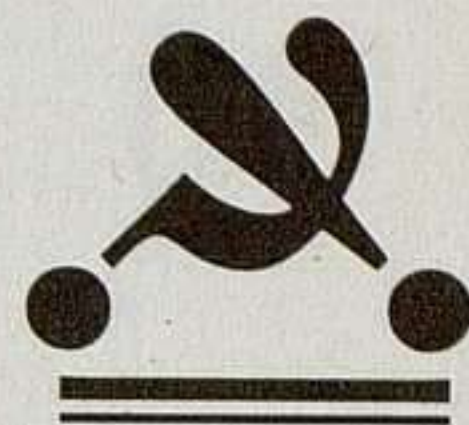
Devolver la política a la ciudadanía requiere desprenderse de una gran parte de las inercias politicistas y electoralistas, renegar de los lenguajes de argot, detenerse en lo prepolítico, destinar una parte fundamental de las energías a desarrollar un perfil propio, diferenciado.

Reconstruir exige, en primer lugar, paciencia; en segundo, alquimia, experimentación. No basta con afirmar que el sujeto de la transformación ha de ser la sociedad organizada. Debe espolearse, inspirarse esa organización, promoverse movimiento social.

- La conciencia de los límites ecológicos nos convoca a un esfuerzo de coherencia programática, de síntesis. Necesitamos aprender a mirar con ojos más complejos la realidad integrando, en el análisis y en la propuesta, interés de clase y de especie. Valores y propuestas clásicos de la izquierda como austeridad, planificación de la economía, son un privilegiado campo para ensamblar iniciativas cada vez más urgentes sobre recursos naturales, energía, transporte, etc.

Ser comunista hoy exige de una fuerte lucha ideológica para cambiar los modelos de producción y consumo.

- La izquierda alternativa precisa multiplicar su relación y coordinación. Urge poner en pie un nuevo internacionalismo que una desde el respeto a la pluralidad, a los colectivos, movimientos y fuerzas políticas que cuestionan el sistema capitalista. Combatir el racismo, organizar la solidaridad, construir islas



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Los comunistas, la izquierda en general, necesitamos enfrentarnos a toda esta realidad cambiante combinando la firmeza de principios con el análisis riguroso y la creación. Desde la lealtad y desde la audacia



PCE:

UNA APUESTA
POR EL FUTURO

de resistencia y alternativa al desorden existente constituye otra de las prioridades a que nos obliga la nueva fase de capitalismo global.

- La transformación de los sistemas de información, con sus potencialidades de liberación y también de manipulación, no ha contado hasta el momento con una reflexión desde la izquierda. Necesitamos iniciar una práctica que dispute la utilización alienante de los medios de comunicación.

El PCE: un partido para un proyecto y para un movimiento

En el XIII Congreso, el PCE inició una nueva etapa. Entonces, a pesar del esfuerzo baldío de algunos por enterrar el PCE y centrar el debate exclusivamente sobre la disolución del mismo, se empezaron a definir unas funciones precisas, nuevas, acordes con el desarrollo de IU.

Desde el Congreso hubo que superar diversos intentos de convertir a IU en una fuerza subalterna, complementaria del PSOE. Y hacerlo además al tiempo que se abría la pluridad de IU. Desde entonces hemos pasado del traumático debate sobre Maastricht a la estrategia del *sorpasso*. Y no cabe duda que haber conseguido eludir la división y consolidar y fortalecer una política de alianzas independiente ha contribuido al PCE, su propia cohesión.

La perspectiva del tiempo, nuestra propia experiencia, debe ayudarnos a concretar aún más las funciones del PCE, libres esta vez de presiones y consejos envenenados.

Desde el PCE luchamos por construir un proyecto de transformación global, alternativo, al capitalismo. Nuestra apuesta irreversible por IU supone al mismo tiempo la voluntad de levantar una política alternativa y una fuerza política alternativa.

Construir la alternativa a un modelo de sociedad necesita de una práctica basada en la participación, en la quiebra de la «especialización» política.

Hemos venido insistiendo en que nuestra propuesta estratégica, el *sorpasso*, no era un apresurado y compulsivo desvelo electoral, sino la plasmación de una voluntad: buscar una nueva hegemonía, crear un nuevo sentido común de masas alternativo al liberalismo. Lógicamente, sin un bloque social que lo promueva, encarne y protagonice no habrá *sorpasso*.

A mi entender, esas son las dos grandes tareas del PCE: contribuir a desarrollar IU como fuerza política alternativa y contribuir, asimismo, a la articulación de un fuerte bloque social.

Más PCE para más IU

IU dista mucho aún de ser un movimiento político-social. Desarrollar su perfil como movimiento es la tarea a la que fundamentalmente deben destinarse los esfuerzos de los militantes del PCE. Promover las asambleas abiertas, conseguir que las áreas de elaboración colectiva sean espacios de encuentro y trabajo con los movimientos sociales y personas no adscritas, conseguir asimismo que las áreas de elaboración lo sean también y, sobre todo, de movilización,

avanzar en el fortalecimiento organizativo, ampliar y enriquecer la pluralidad social y cultural, etc.

Un partido para la lucha social

Construir un bloque social alternativo debe ser un objetivo permanente del PCE. Sin ninguna voluntad excluyente, claro está, pero es evidente que todo el bloque social interesado en el proyecto de transformación ni está ni estará en IU.

El PCE debe contribuir a desarrollar el movimiento sindical, campesino, ecologista, cooperativo, de solidaridad, pacifista, feminista, etc. En muchos casos se tratará no sólo de impulsar los movimientos que existen o de sistematizar el trabajo de los comunistas en esos movimientos, sino de segregarlos e inspirarlos.

Al convertir al PCE en un partido al servicio de la creación de hegemonía política, teórica y cultural, estamos asignando un papel crucial en la promoción de valores y prácticas alternativas a cada uno de sus militantes.

Esta función es, sin duda alguna, la que se ha podido desarrollar menos desde el XIII Congreso. Es significativo el escaso interés que ha suscitado en algunos sectores de la militancia movimientos y movilizaciones como las de el 0,7%, insumisión, foro alternativo, etc.

Urge tras la tremenda desmovilización social que ha supuesto el felipismo recuperar un clima de participación política y social.

Especial mención merece el movimiento sindical, dados nuestra trayectoria y anclaje obreros. Debemos promover un sindicalismo sociopolítico, de clase, reivindicativo, independiente.

Para cumplir estas funciones necesitamos un partido de militantes, no de afiliados. Un partido cuyos militantes dispongan de una compacta formación político-cultural, interesados en el debate teórico, cohesionados en torno a la estrategia.

Necesitamos un partido que cumpla todas las funciones que esbozamos en el XIII Congreso. Ni una más, pero tampoco ni una menos. No un partido-guadiana, de funcionamiento intermitente, del que sólo cabe acordarse cuando truena. Un partido ligero de estructura, pero al que sus militantes no dedican una atención y tiempo irrelevantes.

Los 75 años de la historia del PCE suponen todo un legado de lealtad al pueblo, búsqueda de alianzas, austeridad e impulso ético para afrontar con éxito esos retos. ■



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

El fin de la historia: una tontería cósmica

Eberhard Grosske

Secretario General del Partido Comunista de las Islas Baleares

No pretendo responder al amable requerimiento de UTOPIAS/NUESTRA BANDERA con un artículo de tesis, con una especie de avance de lo que podrían ser las aportaciones que, desde mi punto de vista, sería interesante hacer a las tesis del XIV Congreso.

Me limitaré, por tanto, a reflejar a vuela pluma algunos comentarios y sugerencias que me inspira el cuestionario remitido por la revista.

El primero de los temas, «la actualidad del ideal emancipatorio y del comunismo en particular», ya es, por sí mismo, una fuente de reflexiones casi inagotable. Invita, de entrada, a ponerse un poco chulo y decir que de qué ser libre no va a estar de actualidad, qué como va estar fuera de actualidad lo que necesariamente se sitúan en el futuro, ¿o es que alguna vez se es lo bastante libre?, ¿o es que tiene límites el saber?, ¿o es que tiene límites el ser como individuo, como sociedad y como especie? El homo sapiens es una especie recién llegada al concierto planetario; nuestra carrera ha sido ciertamente fulgurante aunque, a fuer de sinceros, amenaza con no ser de las más prolongadas. ¡Tanto peor para nosotros! Tenemos alas y la capacidad para manejarlas ha constituido, constituye y constituirá un anhelo permanente. De ahí que cualquier pretensión de argumentar el fin de la historia no sea sólo una tontería política: es una tontería cósmica.

En este camino no todo el mundo va al mismo paso ni en la misma dirección. El materialismo histórico constituye una magnífica aportación para la comprensión de cómo la organización social se establece entre términos contradictorios y en torno a relaciones de dominación y cómo los amos se convierten, desde el punto de vista ideológico, en esclavos de sus propias cadenas. El comunista y otras teorías políticas que nacen en el ámbito del capitalismo incipiente pretenden dotar al ideal emancipatorio de diversas características que le dan un carácter radicalmente distinto de otras propuestas de índole política o religiosa: emancipación en este mundo y desde este mundo, emancipación ligada al cambio en las condiciones materiales de vida y en la organización política y social en un sentido igualitario, emancipación a partir del juego contradictorio de las clases sociales y emancipación para todos los seres humanos sin ningún tipo de distinción.



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Estas cuatro características le dan a la propuesta un carácter universal y una enorme capacidad para sobrevivir al paso del tiempo. Y es a partir de este armazón como se puede sustentar todavía la adhesión al concepto.

Al comunismo le han pasado por encima una porción de años y una serie de experiencias históricas que, sin duda, lo determinan. Ya no es capaz, por tanto, de suscitar adhesiones carentes de matices, de apellidos y de contextualizaciones. O quizá lo que estoy haciendo ahora es sobredimensionar algunas cuestiones en función de mi propia experiencia personal: la de un comunista que se enteró de que era comunista cuando se encontró, en un momento dado, con el carnet del PCE en el bolsillo.

Quiero decir que soy un comunista que, muy probablemente, no hubiera militado nunca en la mayoría de los partidos comunistas que en el mundo han sido ni en la mayoría de los partidos comunistas que en el mundo son.

Soy comunista porque, ahora mismo, el PCE se me antoja el esfuerzo colectivo más serio, para —desde la cultura marxista con la que esencialmente me identifico— llevar a la realidad práctica y organizativa de cada día el anhelo de emancipación.

El PCE no es, no debería ser, el potecito de las esencias revolucionarias, el

PCE no es el cerebro pensante en términos estratégicos de una IU en la que todos los demás se mueven por intereses tacticistas. El PCE es una parte de IU, una aportación a IU, perfectamente homologable a otras partes y a otras aportaciones con las mismas pretensiones de responder a una visión estratégica de la realidad y con capacidad y voluntad para colaborar eficazmente y en pie de igualdad con estos otros componentes y con aquellas personas que se acercan al proyecto a título individual.

Sólo que esta aportación es, en mi opinión, la que más se identifica con mis propios presupuestos políticos, la que más aporta, la más enrollada y la que más acierta. Esta es, y no otra,

por encima de las miserias nuestras de cada día, la mejor justificación de la existencia del PCE y la que mejor le ofrece garantías de futuro.

Por último, y aunque sea en negativo, enumeraré algunos de los peligros que, en mi opinión acechan al PCE y que, de alguna manera se tendrían que arbitrar los medios para sortear.

La falta de gasolina

En el caso de Comunidades, como Baleares hasta ahora (veremos qué dan de sí los resultados del pasado día 28 de mayo), donde la propia IU tiene dificultades para desarrollarse. Los esfuerzos políticos, organizativos y financieros, los recursos humanos y materiales se destinan en gran exclusiva medida a este pozo sin fondo que es IU. Los cargos se compatibilizan y se forman

El PCE no es, no debería ser, el potecito de las esencias revolucionarias, el PCE no es el cerebro pensante en términos estratégicos de una IU en la que todos los demás se mueven por intereses tacticistas

con ellos hermosos tríos, cuartetos e, incluso, quintetos. Los cuadros se saturan y, en definitiva, el partido carece de la masa crítica mínima necesaria para funcionar.

PCE-IU. Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando.

En este punto pueden venir a coincidir gente muy diversa. Desde aquellos que, en el XIII Congreso, creían haber descubierto la pólvora y entendían la disolución del PCE como un cambio nominal —donde dice PCE poner ahora IU— acompañado de un cierto *aggiornamiento* a lo Vaticano II (no todos los que propugnaban la disolución estaban en esta línea pero sí una parte muy significativa) y aquellos otros, muy comunistas ellos, que, constatada su capacidad para meter a cuadros del PCE en los comités de IU y en sus listas electorales, se creen que han puesto una pica en Flandes y que el partido ya ha cumplido con la la sagrada misión que el momento histórico le tiene encomendada.

El mecanismo operativo de unos y otros es radicalmente distinto. Para los primeros, el PCE puede reducir al mínimo su organización y su actividad. Para los segundos, el PCE debe convertirse en una organización hiperactiva que prácticamente duplique —en funciones de control— las actividades y las dinámicas de trabajo de IU. Curiosamente, sin embargo, unos y otros, participan, de manera paradójica, de una visión igualmente empobrecida y sesgada de lo que debe ser el partido y de lo que debe ser Izquierda Unida.

El PCE como entidad prestadora de servicios psicológicos y académicos.

Ambas funciones, bien entendidas, tienen un carácter positivo. Resulta esencial que el PCE responda a la necesidad de profundizar en el análisis de la realidad más allá de lo que se hace en IU. Bien está que ofrezca referentes colectivos de identificación más estrechos e históricamente más enraizados que los ofrecidos por IU. Pero el PCE no puede ser sólo un refugio para intelectuales y para nostálgicos. El PCE se ha de comprometer en la batalla política concreta de cada día. No en el sentido grosero de duplicar los debates de IU y de precocinar las posiciones que en ellos vayan a tener los militantes del partido, sino en el sentido mucho más relevante, políticamente hablando, de aportar nuestras propias dinámicas, nuestras propias propuestas, nuestras propias críticas a la dinámica general de IU.

El PCE, acrítico respecto a IU

No importa ser un genio para adivinar los peligros que acechan a IU a medida que el crecimiento electoral se va haciendo una realidad: burocratización interna, institucionalización, asunción de los valores dominantes, adaptación a la realidad, tolerancia respecto a la corrupción...

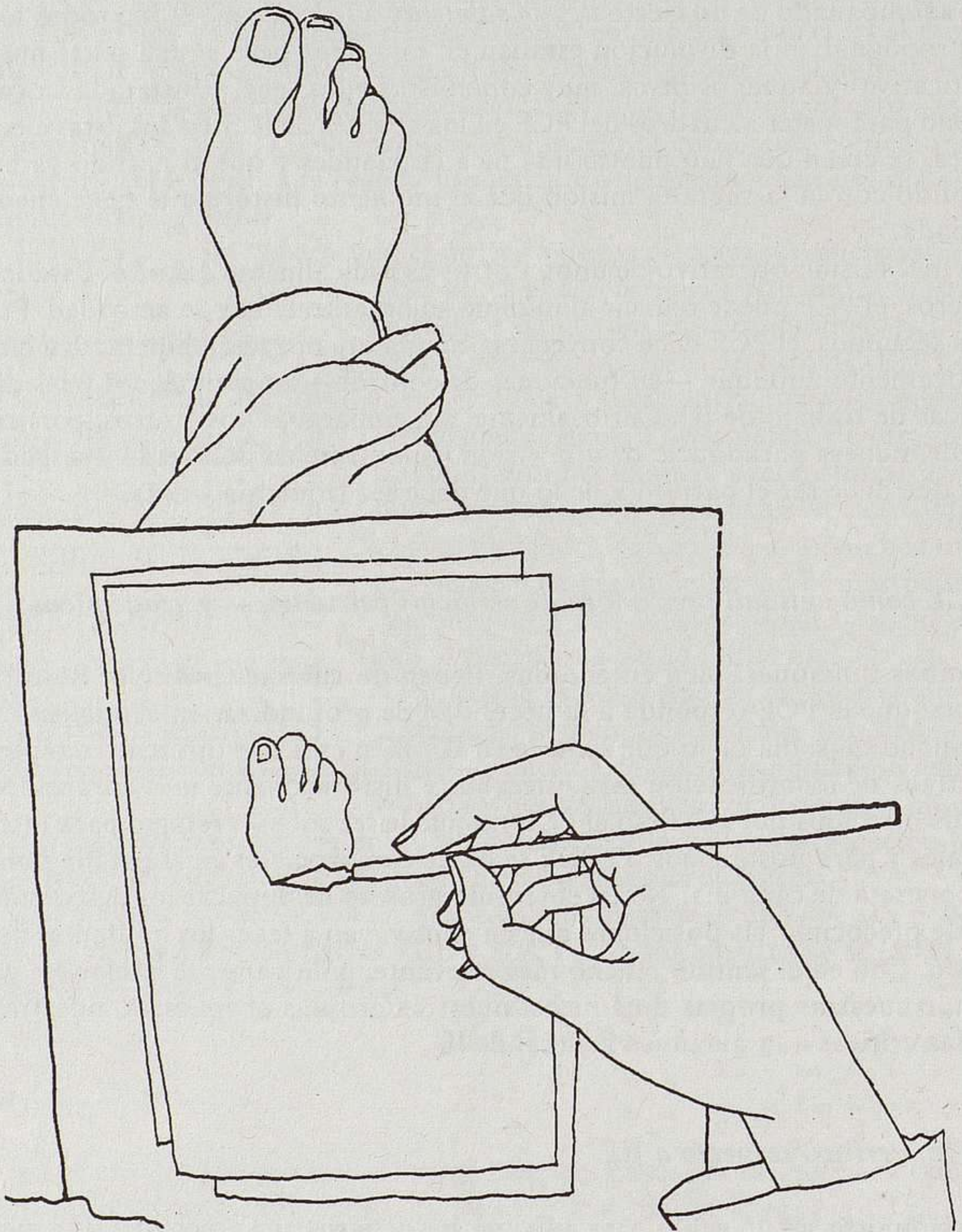


PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

En muchos casos serán dirigentes del PCE, a la vez dirigentes de IU, y cargos públicos de PCE, a la vez cargos públicos de IU, los que tenderán a deslizarse por esta pendiente de manera más o menos premeditada y el partido ha de estar para todo lo que dicen nuestros papeles que ha de estar, el partido ha de hacer todo lo que dicen nuestros papeles que ha de hacer, pero el partido ha de servir, también, para evitar estas tendencias, para profundizar en el sentido de lo alternativo y para hacerlo presente en lo cotidiano, para introducir en su práctica interna y en la práctica concreta de IU los componentes de una nueva cultura y de una nueva manera de hacer política. ■



L'Art
Jean Cocteau



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Vigencia del ideal emancipatorio

Ángel Pérez Martínez

Secretario General PC Madrid

El ideal emancipatorio mantiene una vigencia plena, en la medida en que la realidad de la explotación de los pueblos y los seres humanos no sólo no decrece, sino que se incrementa. Es un proceso en el que el desarrollo de las fuerzas productivas, mediante la revolución científico-tecnológica, genera una nueva estructura del capital internacional que cuestiona los viejos estados como marcos jurídico-políticos, insuficientes ya para la expansión del modelo económico mundial.

Los poderes económicos y financieros detentan, a su vez, la hegemonía casi absoluta de los medios de información y comunicación. Tal concentración de poder invierte aquella lógica democrática en que la política podría ser un instrumento de los pueblos para impulsar transformaciones sociales en beneficio de la mayoría, para reducir la política a un plano de mero instrumento al servicio de la nueva situación. El orden internacional, sus relaciones e instrumentos funcionan según los intereses del modelo impuesto por las transnacionales y un esquema de mercado cuyo objetivo es, hoy como siempre, el máximo beneficio; si bien hoy y como dato de la perfección de un sistema ajeno a los intereses sociales, ese beneficio tiene un carácter casi totalmente deshumanizado.

Se concreta, sí, en nuevos modelos de bienestar, culturalmente creados al efecto y que son coherentes al modelo global, en los países llamados ricos, término que se refiere a los Estados en los que se asientan las matrices de las transnacionales y que se hace inocentemente extensivo a sus pueblos con carácter general.

El derrumbe de los países que muchos llamábamos socialistas —sálvese el que pueda o... quiera—, y que hoy críticamente llamamos estatistas, ha dado la gran coartada ideológica para que un capitalismo feroz, inhumano, insensible y sumido en una crisis estructural profunda —la vieja contradicción desarrollo fuerzas productivas-apropiación de la riqueza— sea el sistema posible, cuyas expresiones naturales de desigualdad, injusticia y opresión, de explotación en fin, se presentan no como hijas y condiciones del modelo, sino como consecuencias naturales del comportamiento humano, de los pueblos. No es ya un problema ideológico-político, de confrontación de intereses; es un problema de todos.

Desde la afirmación de la solidaridad internacional, entendida como una acción política transformadora, los comunistas no podemos transigir con ese dis-



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

curso ético-moral proveniente de la corrupción, de las ideas que alteran la realidad.

En esta situación, nuestro ideal, construido en la historia y brillantemente concretado en 1848, puede parecer más utópico que nunca. De ahí que su necesidad sea más perentoria.

La militancia comunista hoy es, en primer lugar, un compromiso con la lucha de ideas, el mantenimiento y la revitalización de valores y actitudes solidarias. La lucha por la paz y por los derechos de los pueblos oprimidos, la profundización de la democracia política, económica y social en los países desarrollados y hacer compatible el desarrollo de la Humanidad con su propia existencia en futuras generaciones. Tales son los retos que dan, en un sentido amplio, razón a la organización de nuestras ideas y a la acción política amplia, unitaria y abierta, que se precisa para llevarlas adelante. No otra cosa es lo que el PCE se planteó en el XIII Congreso y, para ello, organizó su trabajo con el fin de aportar su esfuerzo a IU, a través de la reflexión de los problemas concretos de nuestro país.

Las tareas del PCE están definidas. En el 75 Aniversario, la celebración del XIV Congreso puede ser la mejor ocasión para, desde la serenidad, abordar dos aspectos, a mi juicio, fundamentales: la clarificación y la organización.

Clarificación para asumir que la soberanía de IU obliga a los comunistas a una elevación de su nivel teórico y de acción política social para poner cultura de partido donde queden secuelas de intereses de grupo

La clarificación desde la soberanía del PCE y para un mayor impulso al debate de las ideas sin condicionarlo al poder orgánico, poniendo todos los medios necesarios para hacer del PCE un colectivo permanentemente vivo, informado, observador de la realidad, estudioso, coherente y cohesionado, desde el convencimiento sólo posible en esas condiciones.

Clarificación para asumir que la soberanía de IU obliga a los comunistas a una elevación de su nivel teórico y de acción política social para poner cultura de partido donde queden secuelas de intereses de grupo.

Poner la organización a debate para intentar dar sentido a la afirmación, mil veces repetida, de «trabajar en la sociedad». Es preciso introducir el debate de si es la organización territorial la idónea para trabajar hacia lo socialmente organizado. Si se trata de superar la concepción institucionalizada de la política, es inevitable cuestionarse una vida orgánica diseñada desde esa concepción precisamente. Consciente de que tal debate puede verse reducido a un nuevo cruce de descalificaciones nominalistas y de que en organización todo está inventado, se trataría, en mi opinión, de, en primer lugar, extraer alguna experiencia de nuestra práctica y actuando, fundamentalmente, hacia las agrupaciones de base, intentar que desde direcciones políticas de carácter global pudieran existir colectivos específicos en relación a los problemas reales de la sociedad. Entiendo que sería la aportación que, desde el PCE, podría dar a IU verdaderas fuentes de propuesta y un modelo de relación PCE-IU que redundaría en mayor claridad sobre la función del PCE, mejores cuadros

y más activos socialmente, además de suponer una combinación de la estructura, fundamentalmente territorial de IU, con otra sectorial en condiciones de compensar la acción política desde una visión más social e integradora.

De lo anterior se desprende mi opinión sobre las deficiencias en nuestra actuación y que creo son generales en todo el PCE. La virulencia del XIII Congreso nos llevó a una situación en la que parte del partido vio a IU como un riesgo para su existencia. Hoy el riesgo es no entender que el PCE tiene funciones definidas y entre ellas no está competir con IU. Mucho menos condicionar o vigilar la soberanía, ni de IU ni de ninguna otra organización.

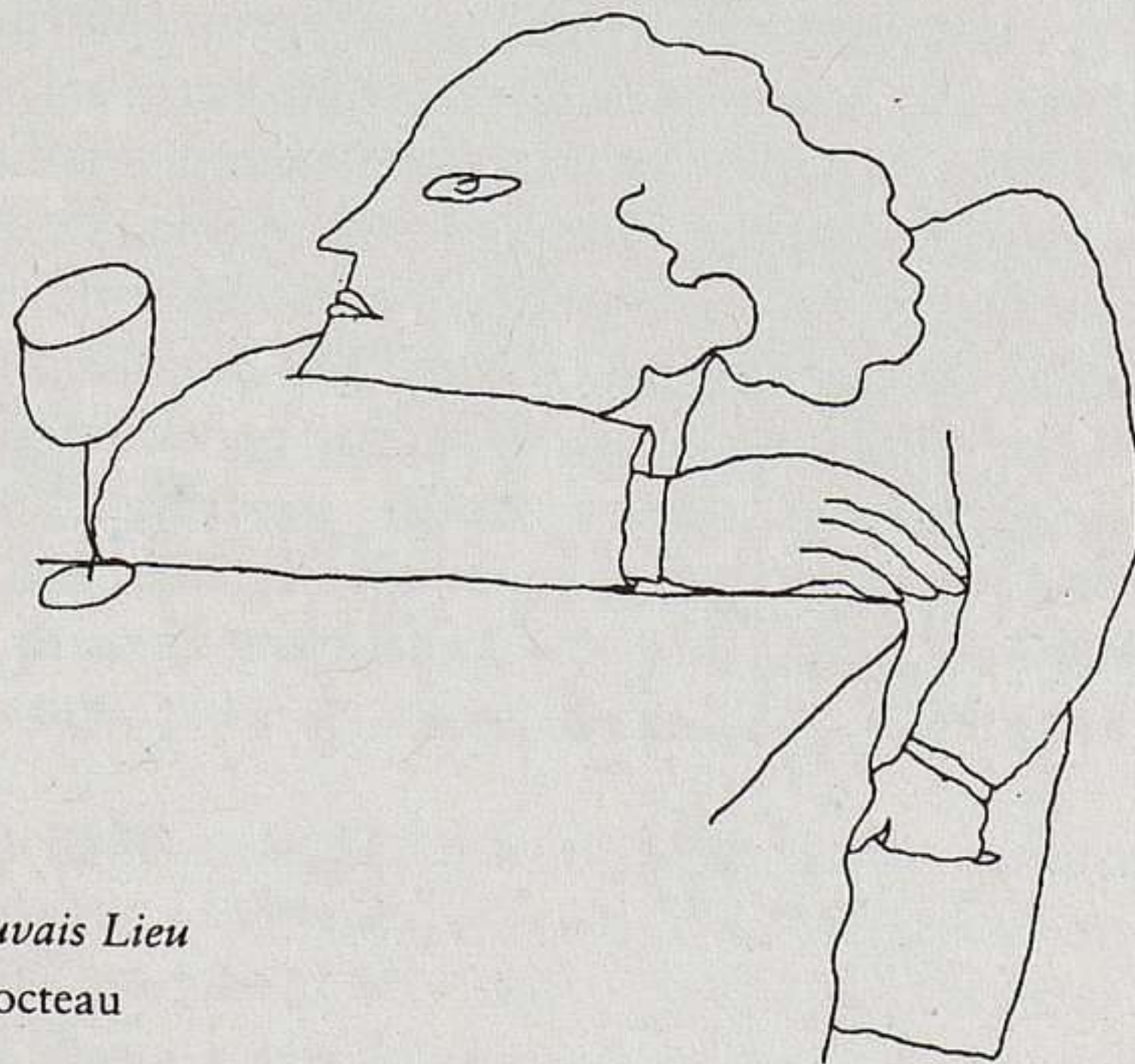
Y es, en este sentido, que creo que hemos avanzado notablemente. Si es cierto que un balance desde el PCE y para el PCE puede resultar no excesivamente brillante, no es menos cierto que un balance desde el PCE hacia la expresión de su proyecto es mucho más brillante. IU es más fuerte, está más articulada, tiene más medios y está en condiciones de afirmar que es la única izquierda política de este país. Deficiencias muchas, pero para afrontarlas con una actitud positiva y no derrotada de antemano. Y los comunistas del PCE tenemos derecho a esa valoración positiva, porque tenemos mucho que ver como comunistas y como militantes de IU con esa realidad.

Al lado de ello, la construcción del Movimiento Político y Social es una tarea pendiente. Hemos construido una fuerza política que muchas veces se comporta como un movimiento social más. Y estaremos todos de acuerdo en que «no era eso».

Hacer de IU una fuerza política capaz de relacionarse y asumir, desde la coherencia global de su proyecto, la vitalidad social e impulsar su articulación. IU, instrumento de síntesis político y programática.

Hacer del PCE una organización útil para los comunistas y para la izquierda, como instrumento capaz de traducir la línea política, la ideología que nos es común a todos, que este 75 Aniversario lo reivindicamos como la herramienta más necesaria de los oprimidos.

Son dos funciones y un proyecto con los mismos protagonistas. ■



Le mauvais Lieu
Jean Cocteau



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

El PCE: 75 años de historia, pero sobre todo de compromiso con el futuro

Joaquín Dólera

Secretario General PC Murcia

En una situación socioeconómica y política como la actual, caracterizada en sus líneas fundamentales por una gran ofensiva del neoliberalismo que trae consigo plasmaciones de insolidaridad, individualismo, dualismo social y hegemonía de los valores conservadores y de las políticas propias de la derecha, es necesario el rearme de la sociedad en torno a propuestas y proyectos de progreso que, unidos a la vertebración social y la acción colectiva, se orienten a la confrontación con el actual estado de cosas y a su recuperación, en el camino de la transformación social, política y económica que alumbró el modelo beneficioso para la gran mayoría de las mujeres y de los hombres.

El Partido Comunista de España, desde su fundación, hace ahora 75 años, con sus virtudes y sus defectos, con sus miserias y sus grandezas, ha existido y existe en función de lo que ha sido y es una realidad en su andadura: la lucha en sus diversas formas, de acuerdo con la realidad cambiante a la que en cada período histórico nos hemos enfrentado, por el ideal emancipatorio, por el rechazo de la injusticia y de la desigualdad y, por ende, del capitalismo y por la construcción del socialismo como proyecto alternativo reparador de la situación actual y catalizador de las ideas expuestas. Es este un partido que en su día luchó en solitario por la democracia en nuestro país en las duras y adversas condiciones que la oscuridad del fascismo imponía, que supo llamar a la reconciliación nacional y contribuyó de nuevo decisivamente a la democracia en la transición política del franquismo a la Constitución española de 1978, y una vez promulgada a ésta exigió y exige que esa democracia sea llevada hasta sus últimas consecuencias en los terrenos político, social y económico. Así, pues, las ideas de igualdad, justicia social, liberación, paz, solidaridad y armonía con la naturaleza que el PCE propugna son hoy plenamente actuales, y el PCE tan actual como tales ideas, como parte de esa izquierda que combate por cambiar el signo de los tiempos.

La experiencia de lucha, el análisis y el sentido dialéctico han llevado a nuestro partido a avanzar en sus posiciones, superando concepciones sectarias para fomentar una cultura de pluralidad, una convergencia de fuerzas en la izquierda tendente a lograr un bloque social de progreso hegemónico que resulte un instrumento adecuado para la articulación de la transformación de la sociedad ha-



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

cia el socialismo, desde la evidencia de que el PCE es un instrumento más, no el único, al servicio de este objetivo.

Partiendo de formulaciones como la alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura, el bloque social de progreso, la convergencia política y social, el PCE contribuyó decisivamente al nacimiento de Izquierda Unida, por la que seguimos apostando.

El PCE debe, en la fase política que ahora se inicia, seguir enriqueciendo con las aportaciones teóricas y prácticas fruto de nuestro debate y con el trabajo a los distintos niveles de nuestros militantes, a la vez militantes de IU, a esta formación política hoy plenamente soberana y en la que se insertan diversas culturas políticas, todas ellas provinientes del seno de la izquierda. Hemos cedido voluntariamente parcelas de soberanía a IU, algunas tan importantes como la mediación política y la representación institucional, y este es un camino acertado y coherente con la trayectoria unitaria y aglutinadora de nuestro partido.

Lógicamente, la actuación cohesionada de los comunistas en los grandes temas de IU es una demanda de la democracia y la coherencia que debe presidir la vida de nuestro partido. Pero además de ello, no basta con afirmar que el PCE vive y debe vivir para que éste tenga realidad. Ejercer todas y cada una de las funciones de las que nos hemos dotado, en particular el debate teórico y práctico, la formación, la relación con el tejido social, nuestras publicaciones y mantener nuestra vida orgánica, así como expresar en cada momento nuestra visión hacia IU, pero también hacia la sociedad es garantía de la pervivencia del PCE y de su constante aportación hacia IU.

Por ello el XIV Congreso debe profundizar en el nuevo papel del partido, acercándose a esta nueva realidad, reformulando el análisis de la situación sociopolítica, huyendo de coyunturalismos para adoptar una perspectiva estratégica que propicie la construcción del proyecto de liberación y emancipación. Al mismo tiempo, constatadas las dificultades que han existido en el período que ahora termina, reforzar nuestra organización y adecuarla a las funciones que en este momento nos corresponde asumir. Debemos, igualmente, apostar por el crecimiento afiliativo del partido, en particular entre la juventud, colectivo este mucho más proclive, por su rebeldía, a asumir e impulsar nuestras ideas y nuestra organización.

Las condiciones para un debate sereno que permita abordar de modo reflexivo las distintas cuestiones planteadas y no cercenar el debate ni caer en nominalismos, se dan en este momento mucho más que en anteriores procesos congresuales y en otras etapas de la vida del partido. Aprovechemos este marco para renovar el compromiso con la izquierda y con la sociedad, asumiendo los elementos positivos que constituyen nuestro rico bagaje ideológico y político, y mirando fundamentalmente hacia el futuro para perfeccionar y dotar de plena utilidad y efectividad a ese instrumento válido que es hoy el PCE. El XIV Congreso no debe quedar única y exclusivamente en el interno del partido, debemos debatir sus contenidos también con la sociedad, de este modo se enriquecerá sin duda alguna. ■



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Unir desde la izquierda

Joan Ribó

Secretario General PC País Valencià

En abril de 1920 se constituía el Partido Comunista de España. El PCE nació poco después de acabar la Primera Gran Guerra Mundial, en medio de un fuerte debate en el seno del movimiento obrero internacional acerca de la participación de importantes sectores socialdemócratas en esta guerra. Nació también bajo el influjo de la gran esperanza que supuso en todo el movimiento obrero la experiencia de la Revolución Rusa de 1917, la primera revolución proletaria que se ha producido en la historia de la humanidad. Nos consideramos hijos de la Revolución de Octubre, porque esta revolución representa la primera plasmación concreta de que la clase trabajadora, junto a las capas populares, pueden y son capaces en la práctica de construir un sistema distinto del capitalismo que pretenda superar las grandes alienaciones que lo caracterizan.

Los militantes comunistas queremos decir, con la misma fuerza que lo dijeron aquellos jóvenes en 1920, que ni la historia se ha terminado, como algunos se obsesionan en profetizar, ni el mundo está condenado a padecer este sistema capitalista —que hoy se esconde bajo púdicos nombres como mercado o democracia, de igual forma que en tiempos de Franco se escondía la palabra trabajador bajo el nombre de «productor»—. Desafortunadamente, los grandes motivos por los cuales se creó el Partido Comunista —la búsqueda de la paz, de un trabajo digno, de los derechos sociales, de la igualdad entre los hombres y las mujeres, de la lucha por el socialismo— continúan sin resolverse y, en consecuencia, seguimos consideramos útil política y socialmente la existencia del PC. A todas aquellas personas, medios de comunicación, etc., preocupadas por enterrarnos, les queremos decir que nos gustaría, por una parte, que no fuera necesaria la presencia de un instrumento político como es el PCE y, por otra, que sus esfuerzos de enterradores los dedicaran a hacer esta sociedad más justa, más libre y más solidaria.

Hemos querido simbolizar con el eslogan «Unir desde la izquierda» tanto uno de los rasgos más característicos de nuestra historia como el modo de entender el actual trabajo político del Partido Comunista. Se puede afirmar sin lugar a dudas que los mejores momentos del PC fueron aquellos en los cuales trabajó en el pasado y trabaja en la actualidad de modo abierto para unir todo aquello que hierve en los sectores progresistas de la sociedad. Este fue el caso del Frente Po-



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

pular en 1936. Fue, asimismo, el modo de lucha contra el franquismo plasmada en sus últimos momentos en la Junta Democrática. También es el caso actual donde el PC trabaja políticamente en Izquierda Unida con la voluntad decidida de hacer converger en Izquierda Unida como formación política y social a todas las personas y colectivos que quieren transformar la sociedad española.

Hemos tenido, sin duda alguna, defectos. A pesar de ser un partido que criticó desde sus comienzos la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia en 1968, años después los sucesos de Afganistán, posteriormente el golpe de Estado dado por Jaruzelski en Polonia, etc., no siempre supimos distanciarnos de algunas prácticas del movimiento comunista internacional hegemónico por el estalinismo, tanto a nivel externo como interno del mismo partido. Se nos ha acusado, algunas veces con razón, de no respetar de modo suficiente la democracia interna de los movimientos sociales. Se nos ha acusado de defender un desarrollismo económico sin respeto alguno por el medioambiente.

La derrota de la URSS ha representado para nosotros una importante conmoción. Para nosotros se concretó en una reflexión profunda de los motivos de dicha derrota acompañada, no obstante, de la convicción de que el sistema capitalista se puede cambiar y de la decidida voluntad de trabajar para conseguirlo. Para otros supuso el abandono paulatino de cualquier esperanza de transformar en socialista nuestra sociedad. Los comunistas hemos aprendido que la historia no se escribe de forma mecánica ni lineal, y nos acordamos que incluso después de la Revolución Francesa llegó a reinstaurarse la monarquía en Francia.

Fruto de estas reflexiones ha quedado claro para todos los militantes comunistas que no se puede hacer la revolución o transformar la sociedad en profundidad si no se hace con la colaboración y participación activa de la misma sociedad.

Esto requiere un respeto profundo por la democracia y la libertad, tanto en el seno de la sociedad como en el de las mismas formaciones políticas que luchan por esta transformación. Junto con el respeto a las libertades de las personas y de los pueblos, el respeto por la naturaleza es otro de los grandes elementos de nuestra reflexión política. Hemos aprendido que hoy no podemos hablar alegremente de crecimiento sostenido tal como se ha venido manteniendo en Europa desde la posguerra hasta 1970. Hoy muchos de los grandes problemas políticos y económicos ya tienen un carácter ecológico y se convertirán en determinantes en un futuro próximo: la pesca, la falta de agua, la capa de ozono, el efecto invernadero en la atmósfera, el desarme nuclear, las matanzas de Ruanda, el conflicto del Golan, etc., son fenómenos que apuntan a un mismo problema: la insostenibilidad de un sistema económico que además de ser injusto para los seres humanos, se dirige directamente hacia el colapso ecológico. Sin duda la convergencia entre el rojo que simboliza la lucha del movimiento obrero internacional con el verde símbolo de las nuevas luchas por la conservación y el respeto de la

Fruto de estas reflexiones ha quedado claro para todos los militantes comunistas que no se puede hacer la revolución o transformar la sociedad en profundidad si no se hace con la colaboración y participación activa de la misma sociedad

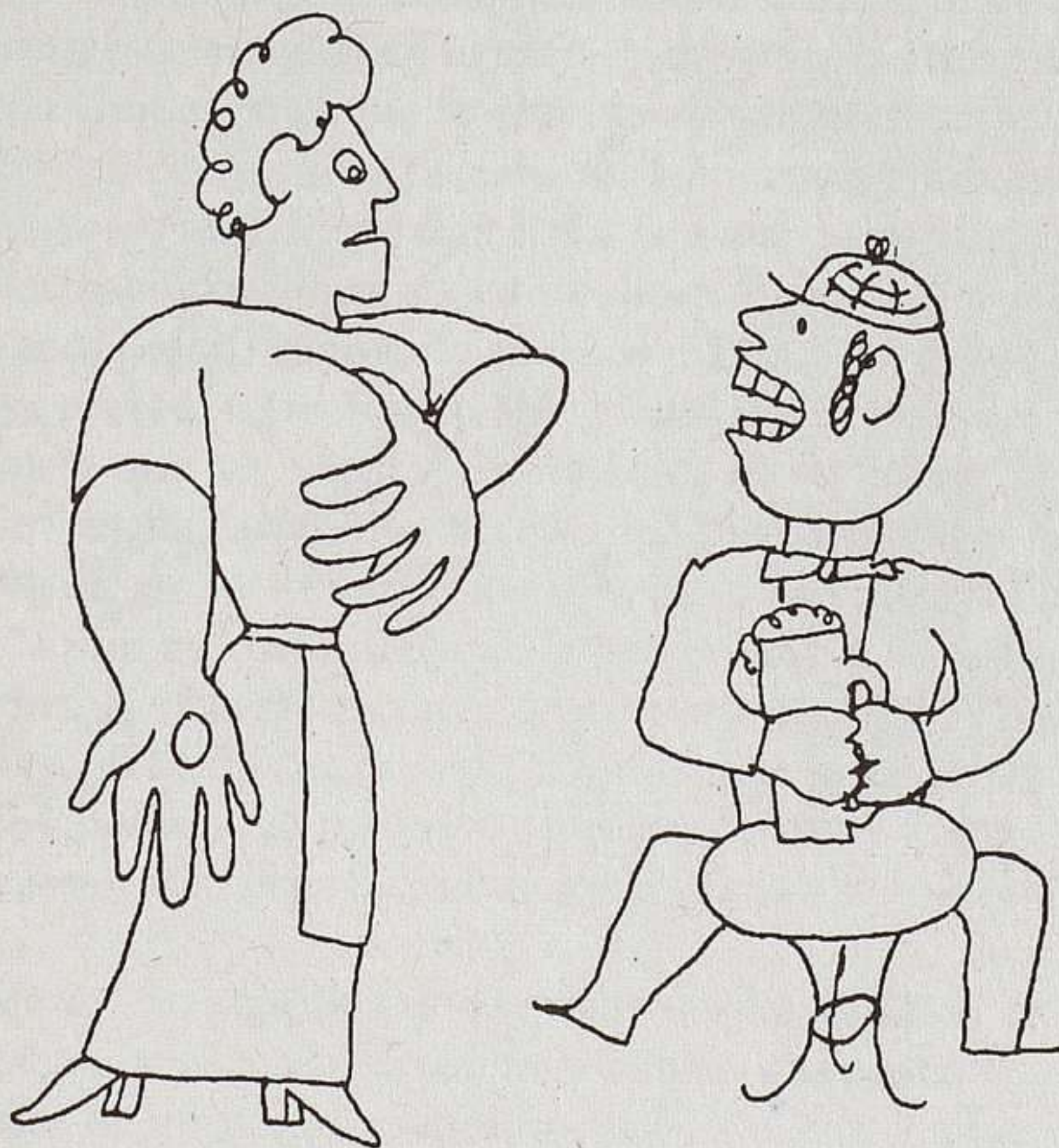
naturaleza, es una de las líneas de trabajo político más prometedor para los próximos años, que habrá de traducirse y concretarse a nivel político en alianzas de carácter roji-verde estables en nuestro país.

La tarea de los comunistas y de las comunistas, tanto en el Estado español como a nivel del País Valenciano, parece en estos momentos inmensa. Todas las esperanzas, ilusiones y energías morales y culturales de transformación de la sociedad que fueron acumuladas durante la lucha contra el franquismo y que posteriormente se visualizaron en los diez millones de votos de 1982 por el cambio, han sido malgastadas y devaluadas por un felipismo que se ha vestido de izquierda en los procesos electorales, destrozando y degradando los valores de la izquierda para después hacer exactamente lo contrario. Bajo la máscara de ser un partido socialista, autodenominado de izquierda, se han hecho políticas totalmente alejadas del pensamiento más social, se han protagonizado los peores escándalos de la democracia actual, se han socializado las pérdidas de los empresarios privados y privatizado los beneficios del sector público. Izquierda Unida, y dentro de ella el Partido Comunista, aparecen cada vez más nítidamente ante la sociedad española como la única fuerza capaz de ir elaborando una alternativa de izquierdas que transforme esta sociedad e ilusione a la misma.

Los comunistas venimos de lejos y por eso celebramos nuestro setenta y cinco aniversario. Pero queremos ir mucho más lejos y por eso conservamos la esperanza y la voluntad de transformación de esta sociedad que no nos gusta. Lo hacemos utilizando nuestro método, el marxista, que continuamos considerando como el mejor método tanto para conocer la realidad social y política como para establecer los caminos más adecuados de transformación de la misma. ■



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO



Mystères du Change
Jean Cocteau



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Permanencia del PCE y futuro de la izquierda

Francisco José Martínez

A Luis Althusser, pensador marxista y gran comunista, cuya altura teórica sólo ahora, con la publicación de sus escritos póstumos, adquiere su auténtica relevancia.

Debido a la escasez de espacio y en homenaje a Althusser, planteo mis opiniones en forma de tesis.

1. El PCE tiene que *permanecer* (por ahora).
2. El PCE no puede legitimarse ya en base a la tradición de la Tercera Internacional y la Revolución de Octubre.
3. La única legitimación actualmente posible del PCE es la de ser *un motor teórico y estratégico* esencial en el seno de un amplio movimiento político y social, Izquierda Unida, en el que se articulen y convivan según el *régimen de mayorías y minorías*: comunistas, socialistas, feministas, pacifistas, ecologistas y todos los colectivos o individuos que estén de acuerdo con los valores y el programa de transformación política, social y cultural propuesto por dicho movimiento.
4. En la actualidad, el partido político clásico, sea el socialdemócrata o sea el leninista, ya no es el instrumento apropiado para desarrollar una política emancipatoria, por lo que los intentos de convertir IU en un partido socialdemócrata tradicional imposibilitarían una política realmente transformadora.
5. La política emancipatoria hoy sólo puede ser desarrollada de forma *movimentista*, debido a: los cambios en la percepción de la militancia por parte de los ciudadanos; la necesaria conexión con una sociedad civil que desconfía de una institucionalización excesiva de la política; la imprescindible eliminación de la «profesión» política, al menos si se quiere instituir «otra forma de hacer política»; la necesaria incorporación de los jóvenes y la mujer a la actividad políticas, etc.
6. Lo anterior no significa que se deba desmantelar el PCE cuando aún las estructuras organizativas de IU son muy débiles o sencillamente inexistentes, debido a la caída de unos regímenes, los del Este, con los que los PC occidentales, y especialmente el PCE, habían roto, por lo menos desde el 68 de Praga, como se puede comprobar con los documentos congresuales desde aquella fecha. Precisamente, el fraude a la ciudadanía hubiera consistido en disolver el PCE no-



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

minalmente y con un simple cambio de nombre haberlo mantenido como un único partido: IU. Maniobra llevada a cabo con escaso éxito por la fracción mayoritaria del PCI, que se transformó en PDS, perdiendo elementos esenciales de su militancia y electorado, y escindiendo la izquierda, lo que compensó abriéndose al centro en un proceso tan aventurado como confuso.

7. IU no es la única izquierda, pero los que hablan de «unidad de la izquierda» para defender un sistema de pactos con el *actual* PSOE, proponen aliarse: ¿Con el populismo guerrista (R. Ibarra, Vázquez)? ¿Con el populismo renovador (Bono)? ¿Con Leguina? ¿Con Maragall? —que han sido muy amables con IU siempre que han necesitado su apoyo—, y con qué políticas concretas: la reforma del mercado laboral, la adhesión subalterna a la UE, por no hablar de la corrupción, el GAL, las escuchas, etc., etc.

8. Es verdad que hay reivindicaciones que no forman parte de la competencia municipal o autonómica, pero si lo que se trata es de llevar a cabo una política de izquierdas, se podrá pedir a aquellos con los que se pretende entrar en el gobierno o a los que se va a apoyar que se hayan opuesto a dichas políticas en la medida de sus posibilidades, defendiendo en sus ámbitos de acción específicos políticas de izquierda. Me temo que ese no ha sido el caso de aquéllos que ahora para mantener el poder hacen cantos de sirena a IU. ¿Qué apertura hacia IU ha llevado a cabo R. Ibarra durante su largo mandato con mayoría absoluta? ¿Qué tolerancia y participación ha dado Martín Toval cuando era la voz de su amo Guerra en el Congreso, para exigirla ahora con tanta energía?

9. ¿Qué concepción de la política tienen los que piensan que al entrar en un gobierno municipal o autonómico podrán llevar a cabo una política transformadora desde una posición subalterna y minoritaria, y con el programa del PSOE como horizonte? La crítica a «los sillones» no expresa un desprecio de las instituciones, sino una concepción de la política no como un fin en sí misma, estar en el poder para lo que sea, sino como un medio para realizar transformaciones y mejoras en la vida de los ciudadanos y eso no es posible bajo la hegemonía del PSOE.

10. Por otra parte, la repentina vocación «de izquierdas» del PSOE podría demostrarse ofreciendo un pacto global a IU y rompiendo con ese mercadeo continuo en todas direcciones: hacia CiU, hacia el PNV, hacia el BNG y, cuando es preciso, hacia el PP.

11. Desde la prepotencia socialista, la única misión que tiene IU es no existir nada más que como reserva de votos, para que cuando el PSOE pierda votos por la izquierda, esos votos le vuelvan gracias al apoyo de IU.

12. Los votantes de IU saben perfectamente cuál es el sentido de su voto: no apoyar al PSOE, porque si lo hubieran querido reforzar, podrían haberle votado directamente: no pensar que la única alternativa es el PP; y fortalecer la única opción actual de izquierdas con el objetivo de imponer en la medida de lo posible políticas de izquierdas y de organizar un control y una resistencia fuerte donde estas políticas no sean posibles.

13. Una política de izquierdas capaz de obtener una mayoría política es sólo posible con los votantes del PSOE, pero este partido ha ido demasiado en dirección a la derecha no sólo en políticas, sino también en actitudes y comporta-

mientos para que sea posible, sin que se someta a una seria y profunda catarsis, sin un big-bang regenerador, contar con él en el inmediato futuro.

14. Insistentemente se ha pedido al PCE que se disuelva por unos acontecimientos externos a él y que afectaban todo lo más a una tradición, la Tercera Internacional, rota desde los años cincuenta y a nadie se le ha ocurrido pedir si no la disolución, al menos la refundación de un partido, el PSOE, que ha roto no sólo con las ideas y las políticas de izquierdas, sino también con los valores más básicos de la tradición socialista.

15. Una posible unidad de la izquierda en el futuro requerirá, por supuesto, una profunda transformación de IU en el sentido de: aumentar la democracia interna, clarificar la estrategia, conectar con la sociedad, hacer política realmente de otra manera, discutir en las bases en lugar de repartirse el poder en las cúpulas, abandonar en lo posible la dependencia de los líderes carismáticos —y no me refiero sólo ni principalmente a Anguita, ya que está muy extendida una concepción «vedetista» de la política que hay que extirpar de la izquierda— y favorecer el trabajo en equipo, desarrollar las tendencias movimentistas en detrimento de los aparatos partidistas, las capillas y los grupos de presión, romper con una visión puramente electoralista y de ocupación de parcelas de poder de la política, poner las bases para una auténtica hegemonía política y moral en la sociedad, etc., pero no será tampoco posible sin una profunda transformación del PSOE que borre todo rastro del felipismo —y del guerrismo, que es su otra cara gemela e igual de siniestra—.

16. La principal aportación de IU a la unidad de la izquierda no estriba en dar balones de oxígeno al felipismo exangüe, sino en cooperar con los escasos elementos que dentro del PSOE conservan una idea de lo que es la izquierda y exigirles que lleven a cabo esa renovación interna tan necesaria en lugar de ple-garse, como hacen una y otra vez, a las exigencias partidistas.

17. Para acabar, el *sorpasso* no es un mero objetivo electoral, y mucho menos a corto plazo, consistente en sobrepasar al PSOE en número de votos, sino un objetivo estratégico dirigido a conseguir la hegemonía política y cultural de IU en la izquierda, que parte del presupuesto de que hoy por hoy la mayoría de los votos del PSOE no son de izquierda y que, por tanto, es posible agrupar a la izquierda de este país, que por ahora no es mayoritaria, en torno a IU, hasta que la imprescindible regeneración y transformación profunda del PSOE, que probablemente sólo pueda conseguirse en un largo período en la oposición, permita hablar ya de una forma concreta y realista, y no de forma abstracta, como se hace ahora, de unidad de la izquierda para conseguir de nuevo la hegemonía no sólo cultural y política, sino también electoral. Seguro que esta unidad *real* de la izquierda no sería tan jaleada por aquellos políticos y medios de comunicación que tanto proponen hoy la cooperación, desde la subordinación, de IU con el PSOE. ■



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Los ideales del socialismo permanecen

José María Laso Prieto*

Miembro del Comité Federal del PCE

En marzo de 1990 el Partido Comunista de España (PCE) celebró una conferencia a la que, para subrayar su importancia, se la calificó de «Conferencia política sobre el partido» y no de organización. Como documento básico, para su discusión en la citada conferencia, fue presentado al Comité Federal, el 2 de marzo, un informe titulado «El PCE ante las nuevas realidades», que fue aprobado casi por unanimidad. Las «nuevas realidades», a las que se refería el título del informe, estaban constituidas por los acontecimientos que se habían desarrollado en los países de Europa central y oriental que formaban parte del sistema socialista encabezado por la URSS. Respecto a tal tema, en el citado informe se decía: «En todas nuestras elaboraciones y actividades queremos transmitir un mensaje claro. Los comunistas no trabajamos en la provisionalidad esperando el mejor momento para nuestra disolución, sino que trabajamos convencidos de que los ideales que alumbraron nuestro nacimiento siguen plenamente vigentes en la última década del siglo XX, aunque hayan cambiado o se hayan mostrado falsos muchos de nuestros planteamientos sobre la realidad y sobre la forma de transformarla. Al hacer estas afirmaciones, no partimos del voluntarismo o del dogmatismo de la verdad revelada, sino de algo más concreto y simple: cuando se sustituye algo necesario, aunque insuficiente para los objetivos propuestos, por una hipótesis abstracta o indefinida, o por un instrumento no suficientemente desarrollado, se corre el riesgo de perder lo que se sustituye sin tener algo superior o cambio. Por ello, no es ocioso afirmar con claridad que la renovación política y organizativa en la que estamos empeñados desde hace mucho tiempo y que esta conferencia quiera impulsar, no parten del presupuesto de liquidación, sino del de la construcción. El PCE es un medio necesario, dentro de la pluralidad de la izquierda, porque aporta a ésta y no la empobrece, contribuye a articular un pensamiento, no a encorsetarlo, despliega iniciativas, no las cercena. El PCE no se afirma o reafirma en abstracto, sino como instrumento, como método de trabajo. Por ello, el debate que hay actualmente pendiente, en la

(*) Ponencia presentada por José María Laso Prieto, en nombre del Partido Comunista de España, en las «Jornadas de debate sobre las causas que determinaron el hundimiento del "socialismo real"», organizadas en Atenas, los días 17 y 18 de junio de 1995, por el Partido Comunista de Grecia.



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

sociedad y en la izquierda, no es un debate puramente organizativo y estructural para saber dónde se ubica cada uno, sino para entender la vigencia de determinados principios, para cambiar radicalmente, aunque se haga en un proceso, formas políticas y organizativas que no son adecuadas para la comprensión de la realidad que queremos cambiar y para mejorar el pensamiento y la acción en la defensa de lo que nos es sustancial: la libertad y la democracia y sus contenidos sociales y participativos; la paz como valor inalienable; la solidaridad y la igualdad dentro de un nuevo internacionalismo; el socialismo como un nuevo paso liberador en la historia de la Humanidad. Dos tareas políticas, pues, para cumplir en esta conferencia: reafirmar el PCE como medio para una política de transformación social y de liberación en el marco de un proyecto unitario de izquierda y la adecuación política y organizativa a esta realidad.»

En el bloque 2 de dicho informe, y bajo el epígrafe de «El comunismo como ideal emancipador», se decía: «La esperanza en el comunismo no ha muerto. Ha sufrido y sufre duros embates, de los cuales sólo se puede salir con la voluntad de erradicar de un pensamiento y de una práctica, basados en la idea de la emancipación humana integral, todos los comportamientos que conduzcan a la mentira, al dogmatismo y el sectarismo, a las ideas preconcebidas sobre la sociedad. El ideal del comunismo, como gran concepción del mundo, como teoría, como ideología emancipadora basada en la libertad y la democracia, en la solidaridad y en la igualdad, no sólo no ha muerto, sino que es más necesario que nunca para contribuir, junto a otros pensamientos liberadores, a una transformación radical de las condiciones de vida, de trabajo, culturales y humanas. Tampoco el marxismo como método de análisis ha sido barrido de la escena en donde se desarrollan en la época moderna las luchas sociales de todo tipo. Lo que hace tiempo había muerto, aunque no lo percibiéramos en su totalidad, es la concepción del comunismo y del socialismo como una doctrina totalizadora y totalizante, fundamentada en el idealismo y en el voluntarismo, en la falta de libertad y control democrático y que ha utilizado para su supervivencia los peores métodos y estilos del régimen que se pretendía transformar. Son muchas las causas que han conducido a esta situación. Unas objetivas y otras subjetivas. Unas que nacen de su intento de construcción en países atrasados en todos los órdenes, lo cual representó una dificultad que, al menos basándonos en la experiencia, ha sido temporalmente insuperable. Otras causas derivan de un desarrollo teórico y político débil de los partidos que debían encabezar el proceso. Otras causas, objetivas y subjetivas, parten de las concepciones que sacrifican desde el principio la participación popular, la pluralidad social, política e ideológica, por una hipotética lucha contra el enemigo interno y externo y por una pretendida eficacia política para el cumplimiento de los objetivos.

La historia siempre pasa factura cuando se vulneran las leyes en que se funda el ideal emancipador. Sin participación real, crítica, consciente, es imposible enriquecer constantemente el pensamiento y la acción y se cercenan los cauces por donde deben discurrir libremente las ideas y la acción política. Si esta actitud inicial no se corrige en algún momento del proceso, el resultado no puede ser otro que el estrangulamiento social, político, teórico, y lo que en un momento excepcional se consideró tolerable y necesario para la creación de una base que permitiera continuar el proceso en mejores condiciones, se convierte en el ani-

quilamiento de la economía, de la ciencia, de las artes, de la cultura, produciendo una parálisis de toda la sociedad. Si ello se da además en un momento histórico de grandes cambios en todos los aspectos de la vida, el envejecimiento, la obsolescencia, la rutina, el desfase entre lo necesario y posible y lo real se convierte en un abismo del cual sólo se puede salir reconstruyendo todo el discurso y toda la práctica. La Perestroika surge para hacer frente a esta situación. La realidad material y moral hace necesaria la Perestroika. Las convulsiones que se están produciendo en los países del «socialismo real» son fruto de los problemas. Problemas de tipo diverso, ya que son variadas las situaciones de cada uno de estos países. Unos empezaron una andadura propia a través de procesos revolucionarios basados en su realidad y otros implantaron un modelo foráneo como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y de los diferentes acuerdos que establecieron un *status* que aparentemente era inamovible. Países, muchos de ellos, con bases económicas y científica atrasadas. Países en los que pronto se sustituyó el impulso inicial de izquierda, por un catecismo en el cual el paraíso humano estaba al alcance de la mano en cómodas entregas temporales —el socialismo, según esto, debería sobrepasar al capitalismo el año 1980—. Qué lejos quedaba aquella clásica, y tan nueva idea, que partía de que la tarea fundamental del socialismo era construir el marco político, socioeconómico y cultural para hacer la vida mejor en un sentido material y espiritual. Nada más y nada menos. Qué lejos quedaba la concepción de que la construcción del socialismo debía iniciarse partiendo del hecho de realidades diferentes. De que el PCE, las fuerzas del socialismo, las fuerzas democráticas, aunque partan, o precisamente por ello, del internacionalismo, deben partir de su realidad concreta para poderla transformar. El policentrismo, que llegó tarde y mal, no es un capricho fundamentado en visiones nacionalistas o parciales, sino una necesidad que parte de los diversos grados de desarrollo histórico de cada pueblo. [...] Por tanto, quede claro que ésta —la capitalista— no es la solución, por más que nos intenten acorralar con la eficacia del sistema capitalista-democrático. Muchas veces esta eficacia está fundamentada en la rapiña internacional, otras esconde la falta de las más mínimas garantías democráticas para muchos de los países que continúan suministrando materias primas a bajo precio a los países capitalistas más desarrollados. Es decir, el fracaso histórico, hasta aquí, del “socialismo real” no puede ni esconder esta realidad de nuestro mundo ni puede diluir en el olvido el papel que durante un largo periodo jugaron los países del “socialismo real” para que se produjeran cambios sustanciales en el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo en sus países y en los países capitalistas en general, ni que contribuyeran con su presencia al impulso de liberación nacional de los países colonizados. Ni, obviamente, se puede recortar el papel fundamental que jugó la URSS y los comunistas de todo el mundo para derrotar al nazifascismo. Todo ello forma parte también del patrimonio del comunismo y de la Humanidad. Una vez aclarado esto, es necesario actuar sobre dos bases: recrear un nuevo internacionalismo, más complejo, más diverso, menos ideologizado, más programático, más humanista y, al mismo tiempo, insertar más el actuar político en la situación de cada plano nacional y supranacional, e incidir en ambos planos en una política más solidaria e interrelacionada en todo el mundo. [...] Nos sentimos partícipes de los éxitos y de los fracasos que han tenido los intentos de



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

concreción del ideal comunista y de todo ideal de izquierdas y democrático que, en períodos y lugares diferentes, han intervenido en la realidad para mejorarla o transformarla. No somos, por tanto, extraños a nadie que con diversas razones ha apostado y apuesta por cambiar la sociedad y hacerla más justa y más libre. Nos sentimos herederos de todos los procesos revolucionarios y de cambio, sea la Revolución de 1789, la de la Comuna de París, la de 1917, los grandes movimientos de la emancipación de la mujer, antirracistas o las revoluciones más recientes. Compartimos sus valores sociales y humanistas e intentamos entender sus dinámicas y convulsiones. Mantendremos nuestra relación con lo más vivo de cada una de ellas y desecharemos lo erróneo, caduco e inservible. Nos sentimos, también, hermanados y formando parte de todo lo que surge nuevo con un sentido liberador. En la historia y en el presente fundamentamos nuestros análisis y los proyectamos hacia el futuro.»

En diciembre de 1991, el Partido Comunista de España celebró su XIII Congreso —para diciembre de 1995 está convocado el XIV—, en el que tras un amplio y profundo debate fueron vencidas las posiciones que optaban por la liquidación del partido. En las tesis congresuales se incluyó un amplio análisis del proceso político que culminó en la desintegración de la URSS y la disolución de la organización del Pacto de Varsovia y del CAME. El texto fue sometido a diversas enmiendas, que dieron lugar a que en el texto predominase una interpretación centrista de tal proceso. Para precisar la posición mayoritaria del Congreso reproducimos un fragmento del Informe del Comité Central saliente y una resolución del pleno del Congreso. En el citado informe se decía: «Esta reestructuración capitalista y la aplicación a la producción de estas innovaciones tecnológicas ha incidido también en la economía del llamado “socialismo real”. Dicha economía se había demostrado enormemente eficaz, más allá de consideraciones de otro orden, en la formación y desarrollo de las industrias pesadas y de transformación y, en general, en el crecimiento extensivo de la producción. Diseñado para producir en términos extensivos y para incorporar el cambio tecnológico de manera ideal y acumulativa, el modelo económico del “socialismo real” se mostró estructuralmente incapaz de abordar con éxito el proceso de cambio intensivo y radical que implicaba la implantación del nuevo sistema tecnológico. Mientras las economías capitalistas comenzaban un proceso de intensa reducción de los costos unitarios de producción de las mercancías, las economías del “socialismo real” producían cada vez más caro en términos comparativos y, como consecuencia, el nivel de consumo tendía a retrasarse cada vez más con relación a lo alcanzado en las sociedades capitalistas desarrolladas. De esta manera, la “crisis de legitimación social” se ahondaba y profundizaba en la medida que la falta de libertades, el monopolio político por parte de un partido, la burocratización y el anquilosamiento impedían la necesaria democratización para llevar a cabo la tarea requerida por los tiempos. Por otra parte, y como consecuencia del sistema político, los valores del hombre nuevo habían sido abandonados y sustituidos por los valores propios de la sociedad capitalista. La construcción del socialismo no era sólo, ni es, un problema de igualdad, sino también y simultáneamente un problema de libertad y de nuevos valores. Se había olvidado que el capitalismo es el sistema que mejor puede satisfacer a una parte de la población de las necesidades que el mismo crea para la totalidad de la población.»

La Resolución n.º 7 del Congreso se titulaba «Sobre la situación de los países del Centro y el Este europeos», y decía: «El XIII Congreso del PCE, saludando los procesos democratizadores iniciados en los últimos años en el Centro y el Este europeos y en lo que fue la URSS: 1) manifiesta su preocupación por los fenómenos generalizados de retrocesos, cuando no agresiones directas, contra derechos humanos, como son la libre expresión de todas las ideas políticas, el respeto de las minorías nacionales y culturales, así como derechos básicos de los trabajadores; 2) expresa su solidaridad con todas las fuerzas de izquierda, que en ese contexto difícil defienden alternativas de paz, democracia integral y defensa de todos los derechos humanos, a veces incluso en medio de la abierta persecución o prohibición de las organizaciones o la expresión de los propios ideales.»

La transcripción que hemos realizado de algunos de los textos del Comité Federal del PCE o de sus resoluciones congresuales, era necesaria para que se conociese cuál es la posición oficial del Partido Comunista de España (PCE) sobre los temas objeto de este debate. No obstante, debemos reconocer que, en general, tales textos son más bien definitorios o descriptivos y que no analizan en profundidad las causas objetivas y subjetivas que mediante complejos procesos condujeron al derrocamiento del sistema del denominado «socialismo real». Un análisis riguroso de tales procesos, debería distinguir, al menos, dos etapas históricas: 1) la que se caracteriza por el hecho de que fracasada la revolución en el conjunto europeo —Alemania, Hungría, Austria, Francia, Gran Bretaña, etc.— triunfó en la URSS la tesis de la necesidad de «construir el socialismo en un sólo país». Y en un país que, según Lenin, estaba sumido en «el atraso y la barbarie semiasiática». De tal opción se derivó el desarrollo del estalinismo y, en consecuencia, la deformación del Estado soviético y del PCUS que tanto influyó en el desarrollo peculiar posterior tanto de la URSS como del conjunto del sistema socialista que surge a partir de 1945. En su raíz, de tal proceso deformador es también responsable la socialdemocracia europea que, por acción u omisión, tanto contribuyó al fracaso de los procesos revolucionarios que surgieron en Europa bajo el impulso de la Revolución Soviética. Para confirmarlo basta recordar la violación que de las resoluciones del Congreso de Basilea (1912) de la Internacional Socialista contra la inminente guerra imperialista (1914-1918) realizaron los partidos socialdemócratas, y la alianza de los *Noske, Ebert y Scheidemann* con los *junkers* prusianos para aplastar la Revolución Alemana y su complicidad en el asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht; 2) la que se inicia con la *perestroika* y culmina con la desintegración de la URSS en 1991.

Inicialmente, Gorbachov presentó la *perestroika* como un proyecto de reforma económica, política, social y cultural destinado a recuperar el proyecto leninista de democracia socialista. Su consigna fundamental fue «¡más socialismo, más justicia social!» Aun admitiendo lo tardío de la reforma y su complejidad, no es menos evidente que no pudo, o no quiso, alcanzar tales objetivos. ¿Qué



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

Sin participación real, crítica, consciente, es imposible enriquecer constantemente el pensamiento y la acción y se cercenan los cauces por donde deben discurrir libremente las ideas y la acción política.



PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

objetivo real pretendía Gorbachov? La década transcurrida desde el inicio de la política de *perestroika* permita eliminar algunas hipótesis y hacer otras más probables. Entre estas últimas es sugerente la que desarrolla el filósofo Iztván Mészáros en su trabajo «Ética y política en el marxismo: el caso de Gorbachov». Según Mészáros, «Gorbachov continuó proclamando que es esencial elevarse sobre las diferencias ideológicas, pero rechazó inquirir sobre las condiciones de realización —si hubiera algunas— de tal deseo. Su libro sobre la *perestroika* constituyó una larga lista de deseos, envueltos en su acostumbrada retórica. Al mismo tiempo, el libro no hizo el intento de demostrar cómo trasladar a la realidad los objetivos políticos deseados [...]. Así, sustituyendo con vacuos lemas de moral acerca del destino y la aceptabilidad del «enfoque universal humanístico» un serio análisis de lo que fue terriblemente equivocado bajo el estalinismo en las sociedades posrevolucionarias, extrajeron de ellos la absurda conclusión de que el mercado capitalista era la «garantía» de renovación del socialismo.» Así es como las palabras de Sartre acerca de la traición de la política emancipatoria en nombre de la moralidad viene a aparecer como un fantasma ante los propulsores de la *perestroika*. Cualesquiera que hubieran sido sus intenciones originales ayudaron a empedrar el camino de Dante al infierno y acabaron finalmente optando por el reino de la opresión capitalista, en vez de «traer el reino de lo humano».

Muchos análisis sobre el colapso de la URSS sostienen que urgía una reforma rápida de todas las estructuras soviéticas a causa de la grave crisis económica y social existente. Una década después se cuestiona seriamente tal tesis. Así, Serguei Kara-Murza, miembro de la Academia de Ciencias de Rusia —en su trabajo «¿Qué le ocurrió a la Unión Soviética?»— afirma: «[...] Diré tajantemente: *no hubo crisis económica en la URSS al inicio de la perestroika*. La URSS atravesaba la etapa de una inminente reestructuración de su industria y agricultura, a su ritmo y con sus métodos, y atravesaba esta etapa sin las sacudidas de la Gran Depresión Americana. Tardó en entrar en la etapa informática, pero estaba entrando. En eso no hay nada extraño, el desarrollo no es lineal. Más asombroso es el camino recorrido por la URSS en su desarrollo industrial y científico. En cuanto a la crisis, el indicador macroeconómico más seguro es el ritmo de inversión. En la URSS éste crecía establemente y en 1985 superó el nivel de 1980 en un 20 por 100 —en Francia y la RFA disminuyó en un 10 por 100—. En 1989 Gorbachov argumentó la necesidad de la «revolución» —«desmantelamiento por derribo»— del sistema económico de la URSS, porque el ritmo de crecimiento era tan sólo de un 3,5 por 100. Los informes de la CIA sobre la economía soviética, publicados recientemente, corroboran estos datos. Recordemos —argumenta Kara Murza— que en España el crecimiento de un 2 por 100 en 1994 fue llamado «fase de expansión». La tesis de Kara-Murza es compartida por el economista norteamericano Lester Thurow, en su obra «La guerra del siglo XXI». En ella sostiene: «En muchos aspectos la retirada del comunismo es tan misteriosa como el abandono que hizo Genghis Khan de la conquista de Europa 770 años antes. Aunque era evidente que la visión de la década de 1950, que mostraba a la URSS como una superpotencia económica, estaba equivocado, la URSS no era tampoco, si hemos de creer en las afirmaciones de la CIA, una cáscara vacía en el plano económico durante la década de los setenta y comienzos de la de

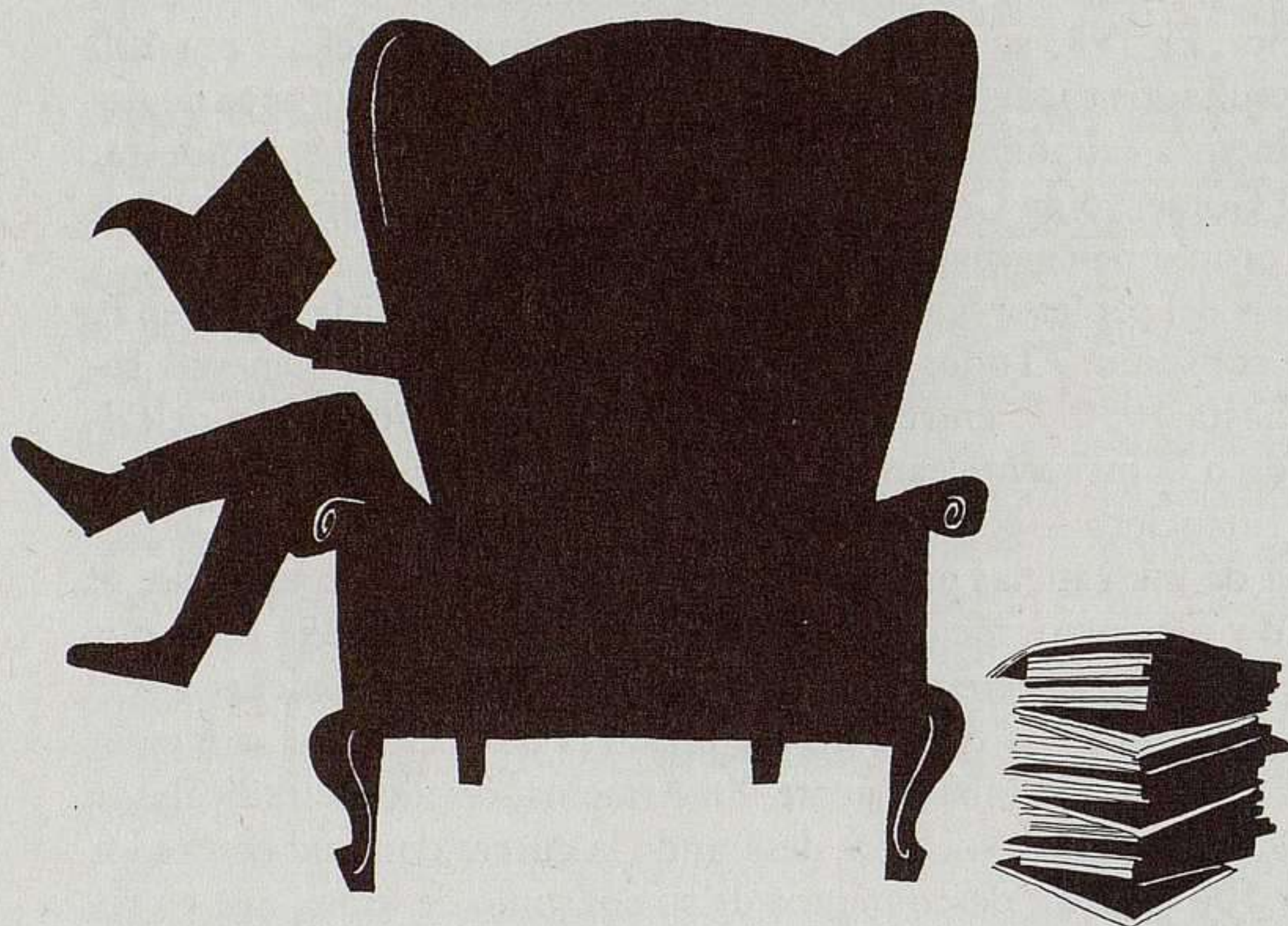
los ochenta. Cuando Gorbachov asumió el poder, el Directorio de Inteligencia de la CIA calculaba que la URSS había crecido a una tasa del 2,1 por 100 desde 1975 a 1985: una tasa levemente inferior al 2,9 por 100 de los EE. UU. en los años, pero en todo caso no había nada que impusiera la necesidad de promover reformas radicales. A mediados de la década de los ochenta la URSS se desenvolvía incluso mejor. En 1983 se registró una tasa de crecimiento del 3,3 por 100 y en 1986 tuvo resultados todavía mejores, 4,1 por 100. No había signos de derrumbe. Los problemas económicos, que ahora son muy visibles, se manifestaron todos bajo el Gobierno de Gorbachov y explican por qué es una figura tan impopular en su propio país», finaliza Thurow.

Según el análisis del profesor Kara-Murza, tampoco era insatisfactorio en la URSS el nivel de consumo: «Todos los indicadores corrientes del bienestar seguían creciendo hasta 1990. Si entre la población apareció la sensación de crisis, esto fue debido a la insistente campaña de prensa y televisión, y la destrucción del sistema financiero —con agudo desequilibrio entre ingresos de la población y la masa de mercancías en el mercado de consumo—. Un ejemplo: el consumo de lecho y productos lácteos en 1989 fue en la URSS de 341 kilos por persona —en EE. UU. 260—, pero un 44 por 100 respondieron a la encuesta que consumían, a su juicio, poco. Y donde más se prestó la población a la campaña antisoviética más amargada estaba la gente. En Armenia, donde los radicales le dieron el primer golpe militar a la URSS, desatando la guerra criminal contra los azeríes, el 62 por 100 estaban descontentos de su consumo de leche, que en realidad era de 480 kilos por persona (!). Recordemos que en España en aquel momento se consumían 145 kilos de leche y lácteos por persona.» Kara-Murza aporta muchos otros datos estadísticos que desmienten la tesis de la gravedad de la crisis soviética previa a la *perestroika*. De ser así, no tendría sentido —salvo que se persiguiesen otros objetivos políticos— el apresuramiento con que se desmontó la estructura de la economía soviética, primero, y las estatales y de partido después. Con ello se frustró la posibilidad de una renovación positiva —en el sentido de restaurar la democracia socialista inicial y la eficiencia de la economía planificada— del sistema soviético. Sin embargo, no por ello deben considerarse obsoletos los ideales del socialismo y el comunismo. La crisis mundial que caracteriza a nuestra época —a pesar de la capacidad de adaptación que ha demostrado el capitalismo— es la del sistema capitalista global. Son previsibles próximas graves convulsiones sociales del mismo que relanzarán con nueva fuerza los ideales del socialismo y el comunismo: el logro de una sociedad humana donde se erradique para siempre la opresión, la explotación y toda forma de alienación de los seres humanos. ■

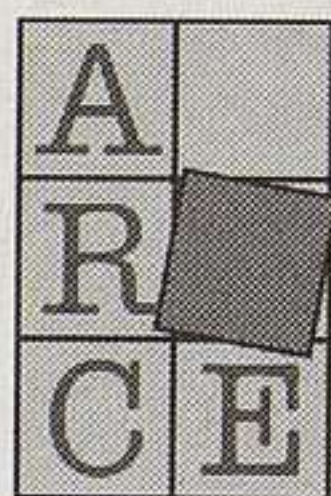


PCE:
UNA APUESTA
POR EL FUTURO

La cultura pasa por aquí



A&V	Bitzoc	Dirigido	Leer	Reseña
Abaco	La Caña	Documentos A	Letra	Revista de Occidente
Academia	CD Compact	Ecología Política	Internacional	Revista Atlántica
ADE-Teatro	El Ciervo	ER	Leviatán	Scherzo
Afers Internacionals	Cinevídeo 20	El Europeo	Lletra de Canvi	Síntesis
Africa América Latina	Claridad	Fotovídeo	Ni hablar	Sistema
Ajoblanco	Claves de Razón Práctica	Gaia	Nuestra Bandera	Suplementos Anthropos
Album	CLIJ	Grial	Nueva Revista	Temas para el Debate
Alfoz	Creación	Guadalimar	La Página	A Trabe de Ouro
Anthropos	El Croquis	El Guía	El Paseante	Turia
Archipiélago	Cuadernos de Jazz	Historia y Fuente Oral	Por la Danza	El Urogallo
Arquitectura Viva	Cuadernos del Lazarillo	Hora de Poesía	Primer Acto	El Viejo Topo
L'Avenç	Debats	Insula	Quaderns d'Arquitectura	Viridiana
La Balsa de la Medusa	Delibros	Jakin	Quimera	Zona Abierta
		Lápiz	Raíces	



Asociación de Revistas
Culturales de España

**Exposición, información,
venta y suscripciones:**

Hortaleza, 75
28004 Madrid
Teléf.: (91) 308 60 66
Fax: (91) 319 92 67

Comunicación-mundo, democracia y cooperación internacional

Francisco Sierra Caballero

Una relectura actualizada del Informe MacBride (1) en el contexto de la *pax americana*, una vez caído el muro de Berlín y lograda la hegemonía absoluta del neoliberalismo, plantea de nuevo viejas interrogantes sobre el papel de la cultura de la geopolítica internacional, así como la función económica a desempeñar por un sector que aceleradamente ha pasado de ser un campo de carácter artesanal a generar suculentas plusvalías en ciclos cortos de tiempo para su período de reproducción.

Al igual que la noción economía-mundo, el enfoque de la comunicación ilus-

tra de qué modo han sido instrumentalizados los modernos medios de masas, a través de los diferentes paradigmas dominantes en las ciencias sociales. En este sentido, Mattelard (2) vincula tres aspectos transversales al hecho comunicativo para ejemplificar su manipulación: la guerra —por ejemplo, el conflicto del Golfo Pérsico—, el progreso —transferencias tecnológicas y dependencia de los países del Sur— y la cultura —la nueva cruzada del puritanismo anglosajón contra el advenimiento de las masas en la sociedad de consumo (3).

(1) En la XIX Conferencia General de la UNESCO, en Nairobi, se constituyó la Comisión Internacional sobre los problemas de la comunicación, que marcaría toda una ruptura histórica con los planteamientos hegemónicos del libre flujo, defendido por EE. UU. La UNESCO fue entonces el epicentro de las pugnas políticas a nivel internacional, cuando por primera vez un organismo dependiente de las Naciones Unidas logró un relativo consenso de los países del denominado Tercer Mundo, en torno a la necesidad de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, cuya propuesta suscitó el rechazo estadounidense y sus socios del gobierno inglés, boicoteando toda estrategia política de reequilibrio, o regulación, del mercado comunicativo y cultural entre países del Norte y del Sur. Cfr. MACBRIDE, S. *Un solo mundo, voces múltiples*, UNESCO/FCE, Madrid, 1988; GIFREU, J. *El debate internacional de la comunicación*, Ariel, Barcelona, 1986.

(2) MATTELART, A. *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*, Fundesco, Madrid, 1994.

(3) Sobre la lógica posmoderna del fin de la historia y el papel «purificador» de la cultura en los nuevos sistemas de organización social basta leer al sociólogo norteamericano Daniel Bell («Las contradic-

Desde que se dieran por olvidadas las recomendaciones «tercermundistas» de la UNESCO y sus planes de desarrollo nacionales para los países económica y culturalmente dependientes de las antiguas metrópolis, el polémico debate sobre la transformación de los sistemas internacionales de información ha pasado a un segundo plano, pese a que continúan acentuándose las desigualdades, en cuanto al poder tecnológico, entre el Norte y el Sur.

La excesiva centralización de los monopolios occidentales sigue creando enormes dificultades a los países subdesarrollados, o en vías de desarrollo, socavando la soberanía y la identidad nacional, paralelamente al cuestionamiento del Estado ante las nuevas estrategias de integración regional, lo que configura el marco conceptual adecuado para el nuevo discurso de la reestructuración capitalista y la consiguiente división internacional del trabajo.

El poder del discurso

Al hablar de la comunicación y la democracia, hay que referirse ineludiblemente a las contradicciones capital-trabajo y, más específicamente, a las contradicciones cualitativas existentes entre las fuerzas productivas —energía— y las relaciones de producción —información—, que determinan los modernos sistemas de organización social, atravesados concretamente por múltiples contradicciones a nivel dialéctico, como por ejemplo las que tienen lugar entre la ciencia y la técnica aplicadas a la producción y el paro estructural, entre el crecimiento económico y los desequilibrios territoriales y sectoriales, entre el nivel

de vida y la calidad de la misma o entre la internacionalización y concentración de los poderes económicos y los estados nacionales.

Del intento de superación o conservación de las mismas distinguiremos una política comunicativa progresiva de una reaccionaria, entendiéndolo, por tanto, la democracia como un proceso y no como un modelo cerrado y ahistórico.

Evidentemente, la actual estructura internacional de la información refuerza las estructuras de dominación y control social al servicio del poder hegemónico. La creciente concentración vertical, la transnacionalización del sector y la simbiosis del poder informativo con el político-económico están íntimamente interrelacionados con la evolución general de la economía que, a lo largo de la pasada década, ha reorganizado sus mapas de configuración espacial, mediante la privatización o desreglamentación abusiva en la explotación comercial de los medios, allanando de paso el camino a la participación en el mercado de otras ramas de la industria de la información y de *holdings* o poderosas compañías comerciales, además de la banca.

Es por este motivo que las teorías críticas de la comunicación y la cultura se han centrado en las consecuencias orgánicas de la mercantilización neoliberalista implícitas en los dos proyectos de integración económica más importantes: el Tratado de Libre Comercio y la Comunidad Económica Europea.

Los presumibles efectos de desnacionalización, la pérdida del control ideológico, junto con la desestructuración social y el desmantelamiento de la cultura autóctona, liquidada cualquier forma de conciencia nacional, ha llevado a

ciones culturales del capitalismo», Alianza Universidad), que es bastante explícito a la hora de clarificar cuál es el objetivo social del discurso renovado por la derecha.

algunos autores a advertir sobre las interesadas posiciones ideológicas del nuevo discurso pseudomodernizador, cuyo próximo y fastuoso episodio vendrá precedido por las prometedoras autopistas de la información (4).

La actual ofensiva ideológica está teniendo, sin lugar a dudas, una influencia determinante en la perspectiva política aplicada por algunos gobiernos en sus relaciones internacionales, contrariamente a lo que deberían ser sus intereses concretos como países. Dos casos que resultan similares por su modelo de integración global y las desastrosas contradicciones que el mismo está generando en sus respectivas sociedades son el de España y México.

El reciente intento de compra de Telecinco por la cadena mexicana Televisa es ilustrativa de una cierta coherencia ideológica y de alianza de intereses implícita entre ambas élites oligárquicas. El proyecto de adquisición, en cuyas negociaciones tuvo un papel preponderante PRISA y el GRUPO Z, contaba desde un principio con el beneplácito del Gobierno español, interesado como estaba, y sigue estando, en asegurar el control del tercer canal privado sin dominio directo del Ejecutivo, pese a la declarada cercanía política demostrada por el propietario actual de la cadena, Silvio Berlusconi, cuyo macroimperio Fininvest se edificó al amparo y protección del Partido Socialista Italiano y, en el exterior, mediante sus contactos con dirigentes de la Internacional Socialista.

La entrada de Azcárraga, propietario de Televisa, en el canal español tenía previsto acordarse previa garantía del Gobierno de una mínimas condiciones por parte de los canales públicos en lo referente a su participación en el re-

parto de los ingresos publicitarios y a un buen entendimiento con su competidor directo, Antena 3 TV, con el que se pretende repartir el mercado de la televisión generalista en España. El director de esta última empresa, Antonio Asensio, junto con el presidente del poderoso grupo PRISA, Jesús de Polanco, actuaron de interlocutores en la negociación en favor de Televisa, con el objetivo de evitar la entrada del periódico ABC y el grupo *El Correo*, además de otras entidades financieras, situados en la órbita de la derecha española tradicional.

Así pues, ningún aliado mejor para el magnate de *El País* que sus homólogos mexicanos, cuya complicidad y alianza de intereses con el sistema de partido-estado comparte algunas similitudes con el modelo autoritario hegemónico en el sistema político español. Ahora bien, dicha similitud no resulta suficientemente explicativa en el marco de los procesos de concentración y reestructuración capitalista de los mercados, ya que se puede perder el fundamento subyacente en las estrategias de expansión que actualmente afrontan grandes grupos multimedia nacionales como PRISA y su socio correspondiente en México. Como señala Murdock y Golding, no es coherente enfocar los problemas de la comunicación al margen de las estructuras sociales y, en una perspectiva histórica, diríamos también, que fuera del movimiento real de las estructuras capitales, del capital transnacional. Así, la tendencia «natural» a la alianza de intereses entre determinados capitales, aplicado al caso que nos ocupa, encuentra su correlato en el plano de la geopolítica internacional, por ejemplo en los intentos de vinculación comercial de Mé-

(4) ESTINOU, J. *La comunicación y la cultura nacional en los tiempos del libre comercio*, Fundación Manuel Buendía, México, 1994.

xico con la CEE a raíz de la crisis, resultando España la intermediaria en las negociaciones para garantizar el flujo de exportaciones de productos europeos al mercado mexicano, progresivamente saturado por productos estadounidenses.

Pero también, en este mismo sentido, se debe tener en cuenta el proceso de reestructuración capitalista y transnacionalización en la que se ven inmersos ambos países, cuya integración notablemente dependiente, como decíamos antes, impele a legitimar, en el plano comunicativo, la concentración multimedia en un solo conglomerado nacional.

Letanías de la santa competitividad: la maldición malthusiana

Para España, el proceso de convergencia contemplado por el Tratado de Maastricht ha supuesto un grave desajuste y la profundización de los desequilibrios propios de una estructura económica débil y dependiente en exceso del capital exterior.

La cumbre holandesa de diciembre de 1991 presentó una CEE dispuesta a asumir un papel central en las primeras décadas del siglo XXI, construyendo un nuevo espacio supranacional en el intento de implementar estrategias con dimensiones transnacionales, tal y como demandaban las nuevas condiciones impuestas por el realismo económico. Sin embargo, vista a la luz del transcurso de los últimos años, los avances hacia una mayor claridad democrática eran algo más que dudosos. En un período marcado por la radicalización de la competencia en el mercado internacional, cuando aún no aparecen con suficiente fiabilidad cuáles serán los rasgos de la nueva división internacional del trabajo, el capital europeo se encuentra dividido y falto de un indispensable andamiaje insti-

tucional con el que erigirse en centro capitalista a escala planetaria.

En efecto, en un contexto donde siguen existiendo diferenciaciones estructurales en el valor de las monedas, donde la economía de deuda favorece las operaciones especulativas, donde las tensiones inflacionistas y las evoluciones de las tasas de interés marcan la situación, las políticas económicas de la CEE privilegian el movimiento de «financiarización» de la economía en perjuicio del capital productivo. En el informe Cecchini (1992) ya se vislumbraba la lógica de dinamización neoliberal que llevaba a la hegemonía del capital financiero. En el citado informe, la Comisión fijaba cuatro ejes clave para el desarrollo económico de la Comunidad: 1) la supresión total de los mecanismos proteccionistas en el espacio comunitario, permitiendo a las empresas ampliar su escala de producción para reducir costos en un mercado único; 2) lo cual cuestiona de manera decisiva las rentas de situación y las posiciones del monopolio; 3) libre competencia a todos los efectos dando prioridad a las nuevas estrategias y empresas que se adapten con mayor rentabilidad, y 4) los desequilibrios entre regiones que resulten de esta situación serían corregidos por ayudas de los fondos estructurales europeos. De esta forma se pretendía impulsar el proceso de transición del capitalismo nacional, fundamentalmente agroindustrial en el marco de una economía mixta, al capitalismo mundial con predominio del sector industrial-terciario y liberado de cualquier tipo de coerción —especialmente por lo que se refiere a las leyes *anti trust*— que limitaban las concentraciones financieras e industriales a la hora de favorecer la creación de potentes estructuras monopólicas u oligopólicas. Es decir, se trataba de lograr la «competitividad industrial» frente al

objetivo del «desarrollo» que había motivado las primeras políticas económicas de la Comunidad.

Ricardo Petrella destaca en su crítica al *Libro Blanco sobre el crecimiento, la competitividad y el empleo* cómo el establecimiento de la idea de competitividad como exigencia previa para la creación de puestos de trabajo y la recuperación económica significaba en la práctica la disminución de los costes de mano de obra, la desfiscalización de las rentas menores, reducción de los gastos públicos, prosecución de las privatizaciones y la desregulación de la economía limitando el papel del Estado a la financiación de la infraestructura y de las condiciones medioambientales más propicias para la mejora competitiva de las empresas privadas y, en definitiva, la liberalización de los mercados nacionales y el apoyo y subvención a la iniciativa privada:

«Al haber elegido dar prioridad a la competitividad global, las instancias europeas han legitimado la primacía de políticas nacionales en pro de la competitividad nacional. En este contexto, el *Libro Blanco* se ha visto naturalmente relegado al papel de marco de análisis y de referencia general para las políticas de cada uno de los Estados miembros. Con esto, la corriente «liberal», que supuestamente potenciará las energías creadoras de los europeos, salió reforzada. La cohesión, la cooperación y la solidaridad europeas, en cambio, pagarán la factura. En efecto, si recordamos que la competitividad de las empresas y de los países se mide, grosso modo, según su capacidad de exportación y que, por ejemplo, el 65 por 100 de las exportaciones

belgas están dirigidas a otros países de la UE —Francia, Países Bajos, Alemania— y el 75 por 100 de esas exportaciones a cinco países en total —los ya citados, más Italia y Reino Unido—, resulta que cuanto más competitiva es la economía belga, más competitiva lo será, en relación a las empresas de sus cinco países asociados» (5).

En resumen, finalmente los grandes grupos capitalistas serán quienes impongan una nueva regulación precaria, a partir de sus elementos estratégicos propios diseñados a tal fin.

«La diversidad y la complejidad de las situaciones originadas por la ausencia de reglamentación de la radiodifusión en Europa han hecho aparecer una serie de asociaciones específicas entre empresas de comunicaciones, incluida el fenómeno nuevo de alianzas entre organismos de servicio público y radiodifusores privados» (6). Lo que ha producido, de este modo, un reparto de influencias entre el sector público y privado, con una clara involución del primero, replegado sobre su base nacional en calidad de difusor y productor de audiovisuales, mientras que el sector privado se diversifica y amplifica su presencia internacional. Paralelamente, los repartos de mapas de influencia han prefigurado el dominio regional a escala europea —Berlusconi y Canal Plus, el sur; CLT y Leo Kirsch, Europa del Norte—, anticipando los grandes operadores que controlan el oligopolio comunicacional del Mercado Único sin la interferencia de una eficaz legislación antimonopolio que contemple la progresiva integración tecnológica, los procesos de concentración cruzada y la creciente penetración

(5) PETRELLA, R. «Letanías de la santa competitividad», en *Cuatrosemanas*, n.º 14, marzo 1994, pp. 12 y 13.

(6) LANG, A. y VAN LOON. «Concentración multimedia. La reglamentación actual en Europa», en *Telos*, n.º 25, p. 67.

del sector financiero en una industria tan sensible para la pluralidad de identidades que constituye Europa.

Por otra parte, la política cultural impulsada por el Gobierno español al calor de una amplia y variada panoplia de argumentaciones europeístas ha demostrado tener como único objetivo la creación de grandes grupos multimedia nacionales, pensando así en mantener protegido el mercado interior e, implícitamente, el espacio público —el poder político— al igual que sus homólogos comunitarios.

Con motivo de su aniversario, al cumplir los primeros cinco mil números, un editorial de *El País* resumía muy apropiadamente cuál era el camino obligado a seguir en materia de comunicación:

«La filosofía que sirve para otros capítulos de la economía española vale para los medios, con sus propias características: sería oportuno que los conglomerados españoles tomaran presencia en Europa e invirtiesen en el exterior» (7).

«La posición de fragilidad ante la internacionalización de los mercados», sobre la que líneas más abajo hacía hincapié el propio Augusto Delkader, justificaba así una política comunicativa privatizadora del bien público que es la información. Si el mercado único exigía una «reconversión» industrial y tecnológica de todos los sectores industriales y de servicios de los países de la Comunidad para adaptarse a un mercado mundial cada vez más competitivo, la industria nacional de la cultura y la comunicación debía superar la atomización de las empresas, evitando la creciente penetración del capital extranjero mediante las alianzas y la constitución de importantes conglomerados multimedia realmente competitivos en el interior del

mercado único. Y ello porque «puede ocurrir lo mismo que ha sucedido en la alimentación, seguros, finanzas, etc.: que la penetración del capital extranjero sea muy fuerte y deje a las empresas nacionales —que al fin y al cabo son empresas ideológicas— en una posición meramente subsidiaria frente a las multinacionales europeas y pierdan independencia».

La misma lógica neoliberal que hubo propiciado el ascenso y dominio de grupos como Bertelsman, Hachette, Fininvest, Havas, Springer, Maxwell Group o Pearson, se aplican ahora al entorno nacional para el *estrechamiento* de lazos y consiguiente concentración de las empresas españolas. El axioma económico con hegemonía en la sociedad considera la existencia de grandes grupos de comunicación como algo no negativo por sí mismo. Al contrario, en principio es bueno porque aprovecha el potencial económico para obtener productos más baratos y de mejor calidad, siendo necesario en Europa, por otra parte, el impulso de grandes empresas competitivas frente a las multinacionales estadounidenses y niponas.

De esta forma, los Zeta, PRISA, El Correo, Grupo 16 y Moll vislumbraban a las puertas de la presente década nuevas estrategias comerciales que ampliaran su presencia en otras fases y sectores del negocio.

El influjo *demiúrgico* de la Unión Europea y la apertura del Mercado Único imponían pues una reorganización del sector más idónea y adecuada a las estructuras del mercado. El objetivo: ampliar su presencia, tanto horizontal como verticalmente, y expandir el radio de sus actividades a otros espacios del mercado aún sin conquistar.

En este cambio de rumbo operado por los *amos de la información en Es-*

(7) «Los medios europeos», en *El País*, viernes 28 de diciembre de 1990, número extra, p. 57.

paña, los grupos de comunicación optaron por una doble estrategia:

«Una parte de ellos apostaron decididamente por la fórmula multimedios, como es el caso, sobre todo, del Grupo Prisa, del Grupo Godó y del Grupo El Correo. Otros, sin embargo, se han decantado por la especialización en el terreno editorial, como el Grupo Zeta, Expansión Editorial, Hachette Publicaciones o el Grupo Moll, aunque esto no implicara una renuncia a participar en el negocio audiovisual» (Asensio/Antena 3) (8).

En el caso paradigmático de Prisa, la estrategia del grupo se centró en la adquisición de participaciones en compañías de televisión privadas —Canal Plus—, cuyas concesiones fueron realizadas en el verano de 1989; en la participación en las subastas de licencias de FM realizadas por la Administración Central (1982-1989) y las diferentes comunidades autónomas; y en la participación o compra directa de cadenas de radio (Antena 3, de nuevo) como ya hiciera en 1982 con la Ser.

Por su parte, otras empresas como el Grupo Z prefirieron reforzar su implantación mediante procesos de concentración vertical, con el objetivo de copar mayores cotas del mercado (9).

Sin embargo, ante el creciente dominio oligopólico de la comunicación y la cultura, los efectos de la acelerada y no planificada integración del proceso de

convergencia han conllevado, asimismo, una quiebra del aparato burocrático del Estado, hasta ahora bajo control exclusivo del PSOE. Los estragos de la crisis económica que ha provocado una política dogmáticamente neoliberal, han terminado por resquebrajar las bases del poder sobre el que se han sustentado los grupos oligárquicos beneficiados por las reformas del felipismo (10). Aunque el declive de la hegemonía neoliberal del felipismo ha significado a su vez un reforzamiento del autoritarismo sobre la creciente oposición social.

En este sentido, las maniobras del grupo PRISA en calidad de mediador con motivo del intento de compra de Telecinco por parte del conglomerado Televisa se interpreta como una fórmula cuyo éxito garantizaría el control total sobre la información audiovisual, sobre todo a raíz de los últimos procesos de concentración (11). La reciente concesión por el gobierno de la telefonía móvil a un proyecto apadrinado por un socio capitalista distinto al propietario de este grupo podría, por otra parte, contribuir a un cierto optimismo frente a la tesis de concentración monopolista en el sector expuesta líneas más arriba. Ahora bien, si se tiene en cuenta que el beneficiario de dicha concesión en este sector central de las telecomunicaciones estaba encabezado por el Banco Santander, si se valora, por otro lado, que el sistema tecnológico (GSM) está en manos

(8) «Los grupos de comunicación españoles redefinen sus estrategias», en *Noticias de la comunicación*, 30 de marzo-5 de abril de 1992, n.º 43, p. 13.

(9) Para un estudio más detallado de la situación empresarial de los principales grupos españoles al iniciar la presente década. Cfr. TALLÓN, J. «Concentración informativa y empresarial en la industria de la comunicación».

(10) CAMACHO, M. «Poner fin a la corrupción. Acabar con la autocracia felipista-oligárquica», en *ABC*, domingo 8 de mayo de 1994, p. 50.

(11) BARDAJI, J. «Televisa, tras Telecinco. La cadena mexicana a punto de comprar el canal español», en *El Mundo*, viernes 7 de octubre de 1994.

«Jesús de Polanco y la cadena mexicana Televisa ultiman su alianza para entrar juntos en Tele 5», en *Diario 16*, sábado 8 de octubre de 1994, p. 83.

del poderoso monopolio alemán y que, por lo que se refiere al sistema informativo, la conformación de la opinión pública española está controlada por prácticamente una sola voz en el marco de un sistema relativamente oligopólico, la perspectiva obviamente queda ensombrecida por el pesimismo de la razón.

Por lo que se refiere a México, se trata sólo de un capítulo más en la escala de concentración iniciada hace años por la principal empresa multimedia de América Latina, ya que desde hace años cuenta con una importante presencia en la televisión por satélite estadounidense y también en el espacio audiovisual europeo.

No obstante, independientemente de la negativa influencia en el proceso de devaluación del peso, todavía es demasiado pronto para evaluar los efectos de la integración económica norteamericana, que perfilará un campo abierto al mercado de las nuevas tecnologías interactivas, como ya está sucediendo en EE. UU., donde la agudización de la competencia ha supuesto una notable inestabilidad del mercado por los rumores de compra y venta de todos los grandes grupos de comunicación, salvo la ABC.

Lo que de momento se perfila claramente en el panorama mexicano es que, en medio de un triángulo cuyos vértices son el poder burocrático, la corrupción y la autocracia, se asiste al fracaso generalizado del modelo de partido-estado, como prueban las nuevas formas del neoliberalismo en descomposición.

Esta crisis es generalizable, con matices, al resto de países inmersos en el discurso de la competitividad exigida por la reestructuración mundial del capital en bloques regionales. Discurso que, sin

lugar a dudas, remite a la necesidad de constitución de un bloque social de progreso en el que se movilicen los sectores más progresistas de la sociedad en torno a una política de reconstitución de lo público. «Sin la reconstrucción de lo público resulta prácticamente imposible la articulación de un nuevo pacto social, que la actual descomposición política y social del país impone como condición de posibilidad para la implantación de cualquier programa de cambio profundo que se pretende alterno al proyecto neoliberal» (12).

Ahora bien, toda alternativa de progreso ante la crisis de Estado y los procesos de segregación social que implica dicha reestructuración impuesta por los grandes capitales financieros debería tomar como punto de referencia el problema de la comunicación y la cultura, entendida esta última de una manera orgánica. Pues el intervencionismo constante del Estado neoliberal orientado al vaciamiento de lo público y al desmantelamiento de los espacios intermedios de participación tiene como eje estructurador el poder discursivo que otorga el manejo de la técnica y de los modernos medios electrónicos de comunicación (13).

La centralidad de la cultura subrayada por Williams, a partir de la recuperación de Gramsci en los setenta y antes señalada por la Escuela de Frankfurt, constituye todavía una tarea pendiente dentro de la izquierda transformadora, situándose ahora en un plano de radical necesidad, desde el punto de vista de la universalización del sistema toyotista de producción y de la nueva centralidad productiva de los recursos informativos como valor de cambio añadi-

(12) «Lo público como eje de un nuevo proyecto nacional», en *Coyuntura*, junio de 1994, p. 16.

(13) ZERMEÑO, S. «El Estado neoliberal y el vaciamiento de lo público», en *Coyuntura*, junio de 1994, p. 19.

do, tal y como han destacado numerosos autores en los análisis de la economía política de la comunicación.

Así pues, decir que urge encarar el problema de la cultura como eje de una estrategia emancipadora no resulta para nada banal o afirmación gratuita, ya que, de lo contrario, como se puede ver

y observamos espectantes en medio de inalcanzables procesos de concentración de las industrias culturales, comunicación, democracia y cooperación internacional vienen significando desigualdad económica, autocracia y oligarquía... O lo que es lo mismo, imperialismo de las multinacionales. ■

Nuestra Bandera

UNA REVISTA PARA EL DEBATE DE TODA LA IZQUIERDA

DATOS PARA LA SUSCRIPCION

Nombre:

Dirección:

Localidad:

C. P.: Tfno.:

ME SUSCRIBO A PARTIR DEL NUMERO DESEO RECIBIR LOS NUMEROS ATRASADOS

1995

TARIFAS (1 año - 4 números)

PENINSULA: 3.500 ptas.	ASIA/AUSTRALIA: 8.000 ptas.	AMERICA: 4.000 ptas.
EUROPA: 4.000 ptas.	ISLAS: 3.800 ptas.	AFRICA: 4.000 ptas.

FORMA DE PAGO

Giro Postal n.º
Adjuntar resguardo

Talón nominativo a nombre de PCE/Nuestra bandera.

Transferencia bancaria a la cuenta corriente 60000294-17 de Caja-madrid, sucursal 1860, c/ Conde de Vilches, 19, 28028 Madrid, a nombre de PCE Nuestra Bandera.

Domiciliación bancaria:

Banco Agencia n.º

Domicilio

Población D. P.

Número cuenta / libreta

Titular de la misma

Les agradeceríamos tomen nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre sean presentados para su cobro por PCE/Nuestra Bandera.

..... de de 1995

.....

FIRMA:

La ideología de la salud en el capitalismo tardío

Rafael Huertas

Cuando, a lo largo de estos últimos años hemos combatido, tanto desde el nivel teórico como desde la propia práctica política, las consecuencias que en el ámbito de la Salud está provocando la aplicación de las políticas neoliberales, no ha sido infrecuente que nuestro discurso se centrara en la crítica de las medidas de ajuste económico más agresivas, como el

recorte del gasto sanitario público —que imposibilita no sólo el desarrollo del modelo previsto en la Ley General de Sanidad, sino la superación de lo que hemos llamado «deuda sanitaria histórica» (1)— o las distintas estrategias tendentes a la privatización del sector (2).

Es lógico que en el marco de la discusión política cotidiana, la estrecha re-

(1) El término sirve para caracterizar el escaso nivel de dotación e infraestructuras de los servicios sanitarios públicos españoles en relación con otros países de semejante grado de desarrollo. Dicho concepto tiene, en mi opinión, un gran valor metodológico, pues contribuye a identificar parte de la verdadera naturaleza de los problemas de la sanidad pública española, así como a establecer algunas de las líneas fundamentales de la alternativa política de la izquierda en el sector salud. Sobre el particular, puede verse PÉREZ IGLESIAS, F. «La reforma sanitaria ¿un pretexto contra el sistema público?», en JOVÉ, S. y ORTEGA, E. (coords.). *Administraciones y servicios públicos: ¿reforma o privatización?*, IU, Madrid, 1993, pp. 383-387. También HUERTAS, R. «La categoría “experiencia histórica” y la sanidad española», en HUERTAS, R. y CAMPOS, R. (coords.). *Medicina Social y clase obrera en España (siglos XIX y XX)*, FIM, Madrid, 1992, t. I, pp. 13-20; PÉREZ IGLESIAS, F.; HUERTAS, R., y MAESTRO, A. «Política económica y políticas de salud», en *Papeles de la FIM*, 1992, 21: 7-41.

(2) La crítica al proceso privatizador y, en general, las relaciones entre política económica, política social y políticas de salud han constituido el eje de las elaboraciones que, a este respecto, hemos realizado en el seno de la Sección de Salud de la Fundación de Investigaciones Marxistas. Véanse, además de los trabajos citados en la nota anterior, HUERTAS, R. y MAESTRO, A. (coords.). *La ofensiva neoliberal y la sanidad pública*, FIM, Madrid, 1991; MAESTRO, A. y HUERTAS, R. *La Salud y el Estado. Los servicios sanitarios públicos entre el bienestar y la crisis*, FIM, Madrid, 1992; HUERTAS, R. «El neoliberalismo, la política social y el sector salud», en JOVÉ, S. y ORTEGA, E. (coords.). *Administraciones y servicios públicos: ¿reforma o privatización?*, IU, Madrid, 1993, pp. 321-338; HUERTAS, R. «El mito del “bienestar” y la política social», en *Utopías-Nuestra Bandera*, 1993, n.º 154, pp. 18-33.

lación entre política económica y políticas de salud haya constituido el núcleo de nuestro trabajo en este campo, hasta el punto de mantener que una alternativa progresista en materia de Salud sólo puede entenderse en el contexto de «una política económica y social “global” que, basada en la participación, la solidaridad y el reparto, pueda garantizar la satisfacción de las necesidades humanas, interviniendo sobre las causas sociales del enfermar y ubicando la salud en un renovado concepto de calidad de vida» (3).

Sin embargo, la ofensiva neoliberal ha tenido, y tiene, consecuencias de gran trascendencia que afectan a dos de los agentes sociales más directamente implicados en el engranaje del sistema de salud; me refiero, por un lado, a los profesionales sanitarios, ejecutores inmediatos de las reformas y/o de los cambios de modelo y, por otro, a los ciudadanos que, considerados individual o colectivamente, constituyen el objetivo último de los programas sanitarios o de los diseños asistenciales.

Así, junto a la necesaria consideración de la dimensión económica, es preciso tener en cuenta también una dimensión sanitaria que intente analizar desde qué presupuestos se practican —y se enseñan— las profesiones sanitarias, y una dimensión cultural o antropológica que aborde el papel de los ciudadanos en el modo de intervenir sobre el proceso salud-enfermedad (4). Es,

precisamente, en esta última donde la ideología liberal —individualista y burguesa— es capaz de propiciar con mayor claridad sutiles —y no tan sutiles— mecanismos de dominación y control encaminados a convertir a los ciudadanos en «consumidores de salud», autoresponsabilizándolos de sus propias dolencias. Unos ciudadanos cuya actitud y grado de participación puede ser manipulado por el poder político y por el poder sanitario, mediante estrategias «profilácticas» encaminadas a la conformación de una determinada imagen o representación, individual o colectiva, de la salud —y de la forma de protegerla— y de la enfermedad —y de la manera de prevenirla.

El objeto de las páginas que siguen es profundizar en la última de dimensión señalada: la antropológica o sociocultural, pero sin olvidar la estrecha vinculación entre el discurso ideológico —destinado en mayor o menor medida a influir en los comportamientos— y los objetivos políticos; única manera, en mi opinión, de comprender el verdadero alcance de las tendencias que en el ámbito de la Salud se van configurando en la, hasta ahora, última fase del sistema capitalista.

Es importante tener presente dichas vinculaciones para poder matizar suficientemente posibles discursos «anti-médicos» o «antimedicalizadores» que, aunque no exentos de razones, pueden caer en reduccionismos que impidan un

(3) HUERTAS, R. y MAESTRO, A. «Introducción», HUERTAS, R. y MAESTRO, A. (coords.). en *La ofensiva neoliberal y la sanidad pública*, FIM, Madrid, 1991, pp. 9-12, p. 12.

(4) Estas tres dimensiones de las políticas neoliberales en salud —la económica, la sanitaria y la cultural (o antropológica)— han sido apuntadas, entre otros, por MARSET, P. «Políticas neoliberales en Salud», en HUERTAS, R. y MAESTRO, A. (eds.). *La ofensiva neoliberal y la sanidad pública*, FIM, Madrid, 1991, pp. 89-98. A ellas habría que añadir una cuarta dimensión —más teórica y globalizadora de las anteriores—, consecuencia de la actualización de los principios de la Escuela Económica Clásica, convertida en soporte intelectual de economistas, sociólogos y políticos partidarios del nuevo liberalismo. Sobre la base doctrinal del neoliberalismo en relación con la política social y sanitaria, puede verse MAESTRO, A. y HUERTAS, R. 1992, pp. 44 y ss.

análisis global de los problemas. De hecho, como bien expresó Vicente Navarro hace ya tiempo, «si bien la clase médica tiene mucho que ver con el problema, no es ella el problema en sí» (5). No en vano, los profesionales de la sanidad vienen a ser los administradores, pero no los creadores, de las dependencias generadas por el modelo sanitario, determinadas en última instancia por el sistema político dominante.

Salud y poder político

El sistema sanitario público puede cubrir, en el capitalismo, objetivos diversos; la reproducción de la fuerza de trabajo y la legitimación del propio Estado capitalista se han venido señalando tradicionalmente como los dos más fundamentales. A ellos habría que añadir la reproducción de la ideología burguesa en la construcción de una sociedad «saludable», ideada y ejecutada por los mismos sectores sociales que han controlado el proceso de modernización industrial que coincidió con la instauración del modo de producción capitalista. Es evidente que el desarrollo de un objetivo social claro, como el de la salud, hubiera resultado imposible sin la aceptación y reproducción por parte de los individuos de una necesaria serie de cambios comportamentales, para lo que fue preciso una tarea persuasiva y prolongada de profesionales de la salud y otros agentes sociales. La medicina y el

sistema sanitario cumpliría, de este modo, un papel de «mediación» entre los individuos y las nuevas realidades y necesidades sociales que van surgiendo tras los distintos avatares del desarrollo capitalista (6).

Ahora bien, llegados a este punto, cabría preguntarse: ¿cuáles son los mecanismos específicos a través de los cuales se produce la intervención del Estado, en el ámbito de la Salud, en las sociedades capitalistas avanzadas? La cuestión, evidentemente, no es nueva, pero conviene replanteársela de vez en cuando porque el propio proceso histórico marca cambios, adaptaciones y/o rupturas que es preciso tener en cuenta para poder analizar la realidad y sus posibilidades de transformación en cada momento concreto.

A principios de los años setenta, C. Offe estableció una serie de categorías para analizar el intervencionismo estatal en el capitalismo (7); categorías que, aunque discutidas en su día, fueron aplicadas por V. Navarro en un estudio sobre «Clase social, poder político y el Estado: sus implicaciones para la medicina» (8). El análisis que en aquel momento realizó este autor tiene, a mi juicio, aciertos metodológicos que me animan a seguir parecido modelo interpretativo, modificándolo y adaptándolo en función de las nuevas problemáticas que han ido apareciendo en las dos últimas décadas.

Siguiendo, pues, a Offe/Navarro podemos aceptar la existencia de dos modelos básicos de intervención del Esta-

(5) NAVARRO, V. *La medicina bajo el capitalismo*, Crítica, Barcelona, 1978, p. 234.

(6) Véase LABISCH, A. «Doctors, Workers and Scientific Cosmology of the Industrial World: The Social Construction of "Health" and the "Homo Hygienicus"», en *Journal of Contemporary History*, 1985, 20: 599-615.

(7) Véase, por ejemplo, OFFE, C. «Political Authority and Class Structures: An Analysis of State Capitalist Societies», en *International Journal of Sociology*, 1972, 2:72-108. Puede resultar útil la edición en castellano que se hizo en diversos textos de Offe, O'Connor, Gold, Clarke, etc., en la obra colectiva publicada en 1985, *Capitalismo y Estado*, Ed. Revolución, Madrid, 1972.

(8) NAVARRO, V. 1978, pp. 221-284.

do capitalista en el sector Salud: uno de selección negativa y otro de selección positiva. El primero consistiría en un modo de actuación que «de forma sistemática y continua excluye a las estrategias que chocan con la naturaleza clasista de la sociedad capitalista (9); mientras que el segundo trataría de «generar, estimular y determinar una respuesta positiva favorable a la acumulación global del capital» (10). Dicho con otras palabras: exclusión de cualquier posibilidad anticapitalista y fomento a ultranza del proceso de acumulación, al que habrán de adaptarse políticas económicas y sociales.

Es evidente que los unos no pueden entenderse sin los otros, que ambos responden a una misma lógica interna y que si se analizan por separado no es por esquematismo, sino por el deseo de profundizar en realidades parciales, teniendo claro que éstas no constituyen, ni mucho menos, compartimentos estancos.

La exclusión de alternativas anticapitalistas

Dentro de este primer grupo de mecanismos, me interesa destacar aquí, básicamente,

tres: estructurales, represivos e ideológicos (11).

1) *Mecanismos estructurales: los impedimentos al desarrollo de los servicios públicos.* Entiendo por mecanismos estructurales aquellas medidas de política sanitaria —o su ausencia premeditada— que impiden el desarrollo de un sistema sanitario público y equitativo, al servicio de la mayoría. Ejemplos suficientemente significativos pueden encontrarse sin esfuerzo, desde la falta de legislación sobre Salud Laboral en nuestro país, hasta las dificultades políticas y los escollos «estructurales» puestos al desarrollo del llamado Servicio Nacional de Salud en todos los países capitalistas industrializados (12). No conviene olvidar que, incluso antes de que la crisis económica motivara propuestas privatizadoras, el modelo de Seguridad Social universalizada nace ya con una devaluación importante de objetivos. En otro lugar hemos analizado las peculiaridades y las contradicciones de dicho sistema sanitario, considerado máximo exponente del Estado del Bienestar (13), baste recordar aquí la cautela y las matizaciones con que en Gran Bretaña se encaró el proceso de «nacionalización»,

(9) IBÍDEM, p. 256.

(10) IBÍDEM, p. 263.

(11) V. Navarro contempla, además de los mencionados, los «mecanismos de decisión», que siempre tienden a beneficiar a ciertos grupos sociales en contra de otros. Como quiera que la presente reflexión no se centra en la relación desigualdad social/salud, ni en la organización corporativa del sistema sanitario, obviaré su análisis. No estará de más insistir en que el estudio de Vicente Navarro está basado en la realidad estadounidense de los años setenta, por lo que sus conclusiones y su discurso difieren, lógicamente, del aportado en el presente trabajo, que tan sólo toma del profesor de la Johns Hopkins, como ya he indicado, algunas claves metodológicas.

(12) De hecho, tales servicios han sido considerados como «formas intermedias», a medio camino entre el sistema de Seguridad Social y el de Servicio Nacional de Salud; véase TERRIS, M. «Three Worlds Systems of Medical Care: Trends and Prospects», en *American Journal of Public Health*, 1978, 68: 1125-1131. Existe una versión castellana en TERRIS, M. *La revolución epidemiológica y la medicina social*, Siglo XXI, México, 1980, pp. 177-196. Un estudio comparativo entre distintas formas de Servicio Nacional de Salud, tomando como referencia más genuina el modelo soviético, puede encontrarse en HYDE, G. *The Soviet Health Service, a Historical and Comparative Study*, Lawrence & Wishart, Londres, 1974.

(13) MAESTRO, A. y HUERTAS, R. 1992, pp. 14 y ss.

en el curioso empeño de no lesionar intereses ni privilegios ya existentes; sólo así puede explicarse la «autonomía» de ciertos hospitales o el hecho de que «el médico de cabecera, elemento central de cualquier sistema nacionalizado [conservara] su autonomía profesional, pero al precio de marginar la reorganización de los servicios locales y de prescindir del examen de vínculos entre la medicina general y la especializada» (14).

Otro tanto ocurrió, como es lógico, con las nacionalizaciones y el reajuste de la economía en la Europa de la segunda posguerra mundial. Nada, pues, ni siquiera en el marco de medidas y tendencias socializantes, que generara conflictos suficientemente graves entre el Estado y la propiedad. No en vano, en todas las sociedades capitalistas, las nacionalizaciones se han llevado a cabo atendiendo invariablemente a las relaciones de clase predominantes.

El proceso en España difiere ostensiblemente, pero no por ello se dejan de identificar con claridad los aludidos mecanismos «estructurales», con la devaluación sistemática de contenidos mínimamente progresistas. Es conocida la controversia que en su día se produjo a propósito del debate sobre la Ley General de Sanidad, en relación con la definición del modelo sanitario que dicha Ley introducía en el país. De hecho, la denominación de «Sistema» y no «Servicio» Nacional de Salud abría la puerta a la iniciativa privada en un área de la política social considerada tradicionalmente como un espacio desmercantilizado y redistributivo.

2. *Mecanismos represivos: los impedimentos a la participación.* Los mecanismos de represión directa, bien por

medio de la fuerza, bien anulando ayudas económicas o prohibiendo programas o iniciativas susceptibles de chocar con cualquiera de las parcelas de poder cobijadas bajo el Estado capitalista, han tenido su aplicación directa, en el sector Salud, en el intento de cercenar cualquier experiencia participativa. Como es sabido, la participación de la población en la gestión y planificación del Servicio Nacional de Salud es uno de los elementos centrales de un alternativa sanitaria de izquierda que pretenda evitar el paternalismo y la burocratización de lo público, además de constituir la garantía última de la adecuación del sistema sanitario a las necesidades reales de la población.

La identificación de objetivos del Plan de Salud, concebido como instrumento de intervención sobre el nivel de vida, las condiciones de vida y el medioambiente, no puede ser obra exclusiva de «especialistas» o de técnicos de la Administración, sino que, por el contrario, debe entenderse como función eminentemente política de establecimiento de prioridades y distribución del consenso democrático.

Ahora bien, es evidente que, como bien han indicado Elvira Ramos *et al.*, «la participación de la población en materia sanitaria lleva consigo, en última instancia, a cuestionar la globalidad del sistema social —por considerarlo cada fundamental del conjunto de enfermedades—, a la vez que proporciona unas experiencias y unas dinámicas organizativas que igualmente tienden a entrar en contradicción con el funcionamiento institucional. Todo ello motiva que se produzca una resistencia institucionalizada, administrativa —política—

(14) ASCHOFF, D. F. *La aparición de los Estados de Bienestar*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1989, p. 334. Es de interés todo el capítulo titulado «Un problema sin solución final: la sanidad británica».

y técnica —profesional— a que se desarrolle la participación ciudadana»(15).

Una resistencia traducida, unas veces en la caída violenta de un proyecto político transformador, como en el caso de la Unidad Popular chilena (16); y otras, como ya he indicado, en la retirada del apoyo económico necesario para llevar a cabo experiencias participativas concretas. Se suele citar, como ejemplo significativo a este respecto, la experiencia estadounidense de los años sesenta, producida a partir del programa del presidente Johnson de lucha contra la pobreza, que fue desembocando en un sistema organizativo y asistencial muy participativo, acabando por adoptar una orientación transformadora. El importante respaldo popular de las diversas iniciativas, muchas de ellas de carácter reivindicativo, motivó un desentendimiento de la Administración y un vaciamiento de contenidos de la participación comunitaria que se fue limitando a ciertas formas de voluntariado para enfermedades específicas, asistencia domiciliaria, etc (17). La trampa del voluntariado —reivindicado incluso desde ciertas posiciones de izquierda—, surge así como un débil paliativo, aparentemente solidario o caritativo según los casos, que enmascara la ausencia de participación ciudadana, a la vez que consti-

tuye una «mano de obra» barata, de indudable utilidad en tiempos de crisis.

3. *Mecanismos ideológicos: la negación de las causas sociales de la enfermedad.* Es evidente que lo que hemos llamado mecanismos estructurales y mecanismos represivos necesitan un soporte ideológico que lo sustente, que facilite un grado suficiente de desmovilización social que haga imposible la participación —entendida ésta como actividad crítica y emancipadora—, pero también que ignore y que hurte del debate los planteamientos que cuestionen el sistema social hegemónico.

Es aquí, sin duda alguna, donde el individualismo aparece como la base fundamental de toda una «ideología de la salud» que, traducida en discursos como el de los «estilos de vida», tienden a responsabilizar al sujeto de su propio estado de salud enmascarando las causas sociales de enfermar (18). Es obvio que si se admiten como únicos y fundamentales las causalidades individuales, no habrá nunca problema para aceptar acríticamente una intervención sobre el individuo —a base de prevención conductista y clínica curativa— que evite la necesidad de intervenir sobre el ambiente económico y político.

Por eso los mecanismos ideológicos van mucho más allá del puro despliegue

(15) RAMOS, E.; SÁNCHEZ MORENO, A. y MARSET, P. «Paradojas y posibilidades de la participación comunitaria en la Atención Primaria de Salud (I). Problemas históricos y conceptuales, y (II). Alternativas críticas y emancipatorias», en *Atención Primaria*, 1992, 9: 334-336 y 398-400. Véase también SÁNCHEZ MORENO, A.; RAMOS, E. y MARSET, P. «Actitud social ante la participación en Salud», en *Revista de Sanidad e Higiene Pública*, 1993, 67: 201-215.

(16) Sobre la experiencia chilena, véase NAVARRO, V. «What Does Chile Mean: An Analysis of Events in the Health Sector Before, During and After Allende's Administration», en *The Milbank Memorial Fund Quarterly, Health and Society*, 1974, 52 (2): 93-130. También VIEL, B. *La medicina socializada y su aplicación en Gran Bretaña, Unión Soviética y Chile*, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1964.

(17) Sobre esta experiencia, véase TRANCADA, R. F. «Participation of the Poverty Community in Health Care Planning», en *Soc. Sci. Med.*, 1973, 7: 719-728.

(18) Una crítica a este discurso dominante en la llamada «nueva Salud Pública», podrá encontrarse en DEL CURA, I. y HUERTAS, R. (e. p.). «Estilos de vida y Salud Pública: análisis de una estrategia sanitaria», en MONTIEL, L. y PORRAS, M. I. (eds.). *De la responsabilidad individual a la culpabilización de la víctima. El papel del paciente en la prevención de la enfermedad*, Ed. Complutense, Madrid.

propagandístico sobre la necesidad de llevar una «vida sana» o las incitaciones a «consumir salud». Los propios programas de investigación biomédica y de Salud Pública dan prioridad absoluta a las causas individuales y a los «factores de riesgo» individual de las enfermedades crónicas. Así, las investigaciones sobre la etiología de las enfermedades cardiovasculares se centran en la dieta, la vida sedentaria, los efectos del tabaco o la herencia genética, sin hacer, en general, alusión a otros factores derivados de la organización social y que resultan imprescindibles para explicar el aumento de mortalidad por coronariopatías.

Existen muy pocos trabajos que hayan profundizado en los factores socio-políticos de las enfermedades crónicas. Una de las aportaciones pioneras es, sin duda, la de Josph Eyer y Peter Sterling sobre «Stress-Related Mortality and Social Organization», publicado en 1977 en *Review of Radical Political Economy*. Se trata de un voluminoso artículo en el que se concluye que «la moderna organización social capitalista, mediante el trabajo intensificado, confrontado y la destrucción de formas cooperadoras y sostenedoras de la comunidad social, ocasiona un considerable exceso de mortalidad entre la población adulta de los países desarrollados» (19). Así, siguiendo con el ejemplo de la enfermedad coronaria en relación con los «estilos de vida», no deja de resultar esclarecedor el hecho comprobado de que «al controlar la dieta, la tensión, el tabaco, el ejercicio, determinado estilo de comportamiento se asocia con un aumento

de dos a seis veces el riesgo de afección coronaria», resultando ser esa «pauta de conducta propensa a la coronariopatía» la consistente en «la competitividad extrema, la rivalidad por el éxito, la agresividad —a veces rigurosamente reprimida—, la prisa, la impaciencia [...], el sentimiento de estar bajo presión del tiempo o del peso de la responsabilidad» (20).

Otras investigaciones han puesto de manifiesto que «la satisfacción en el trabajo» es un «fuerte vaticinador de longevidad» (21), argumento que resulta cuando menos subversivo si tenemos en cuenta que, en estricta coherencia, implicaría una actuación preventiva dirigida a intervenir sobre el proceso laboral que cuestionaría directamente el modo de producción capitalista. Es lógico, pues, que en tiempos como los actuales, en los que el neoliberalismo ha establecido unas relaciones de producción basadas en la flexibilización del salario real, el despido libre o el trabajo precario, este tipo de investigaciones tengan muchas dificultades para ser incorporadas al discurso salubrista predominante, cada vez más tecnocrático y respetuoso con el orden social establecido. Los trabajos existen, los especialistas los conocen, pero difícilmente se citan o se tienen en cuenta, entre otras cosas, porque obligaría a medidas políticas y de reestructuración del sistema productivo de corte anticapitalista.

En contraposición, sí tienen cierta repercusión trabajos que dan argumentos para negar o, al menos, para quitar importancia a las causas sociales del enfermar. Ni siquiera la patología de la

(19) EYER, J. y STERLING, P. «Stress-Related Mortality and Social Organization», en *Review of Radical Political Economy*, 1977, 1: 1-44, p. 1.

(20) JENKINS, C. D. «Psychologic and Social Precursors of Coronary Disease», en *New England Journal of Medicine*, 1971, 284: 244-255 y 307-317.

(21) VV. AA. *Work in America*, MIT Press, Cambridge, 1973.

mina, tradicionalmente considerada como uno de los grupos de enfermedades sociolaborales más paradigmáticos, se libra de un abordaje individualista, ya que, aunque se reconoce que las tasas de enfermedad pulmonar crónica obstructiva son seis veces más altas en los mineros que en los administrativos y directivos (22), determinados estudios sugieren que tal circunstancia no es sólo atribuible al ambiente laboral, al haberse demostrado que el 63 por 100 de los mineros son fumadores y que el consumo de tabaco es más alto entre este colectivo que en el resto de la población general masculina (23) (sic).

No voy a negar, evidentemente, que los cambios en los hábitos alimentarios o la disminución en el consumo de alcohol y tabaco juegan un papel real en el descenso de las enfermedades cardiovasculares o que el consumo de tabaco tiene una relación directa con diversas patologías pulmonares, pero en tanto que remiten a prácticas culturales y son expresión polimorfa tanto de riesgos psicológicos como de modelos de producción y consumo, el problema no puede reducirse a la simple «voluntad» del sujeto para practicar unos hábitos de vida saludables.

El proceso de acumulación capitalista y el victim blaming

A la hora de valorar el papel del Estado capitalista en el proceso de acumulación

es habitual tener en cuenta los mecanismos distributivos, a través de los cuales se regula y coordina la distribución de recursos, y los mecanismos productivos, relacionados directamente con la producción de bienes y servicios.

Tras la crisis de 1973, el modelo de acumulación propio del Estado de Bienestar hubo de sufrir una reestructuración en la que el neoliberalismo surgió como la respuesta del Capital a dicha crisis, articulada y coordinada desde centros de decisión intelectual y política del sistema como el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el Banco Mundial (24). Así, en un proceso de desmantelamiento relativo del Estado de Bienestar, junto al establecimiento de las ya referidas relaciones de producción de corte liberal, las políticas sociales y de «calidad de vida» se han visto muy duramente afectadas debido a recortes de prestaciones sociales y a privatización de servicios, que se han convertido en aspectos definitorios de un nuevo modelo de acumulación. No me interesa en este momento, como ya he adelantado, analizar o criticar las políticas privatizadoras o las líneas de actuación «económica» del neoliberalismo en el sector sanitario, sino insistir en que paralelamente a estas actuaciones, a las medidas de «ahorro» y «austeridad», se ha producido una ofensiva ideológica que tiene como base fundamental una «desmedicalización» social que acaba propugnando una simplificación o abaratamiento del sis-

(22) HIGGINS, I. T. «Epidemiology of chronic respiratory diseases: a literatura review», en *Journal of Industrial Medicine*, 1974, 30: 217-226.

(23) SALA, J.; GARCÍA MARTÍNEZ, J. L. y ORTEGA, M. «Tabaquismo en una empresa minera asturiana: hábitos y conocimientos», en *Revista de Sanidad e Higiene Pública*, 1992, 66: 139-142.

(24) Sobre las características del último «ciclo depresivo» del capitalismo, que implica simultáneamente un proceso de crisis y desestructuración del modelo anterior y la definición de un nuevo modelo que garantice la recuperación de la rentabilidad del capital y su expansión sostenida a largo plazo, véase MORAL SANTÍN, J. A. «Crisis, revolución tecnológica y reestructuración capitalista», en MONEREO, M. (ed.). *Las transformaciones en el Norte y en el Sur del mundo: entre la crisis y la reestructuración capitalista*, 2.º tomo, FIM, Madrid, 1991, pp. 29-53.

tema sanitario por mucho que, paradójicamente, se recurra a discursos medicalizadores tendentes a responsabilizar a cada individuo de su propia salud (25).

Es en este contexto en el que, al menos en muy buena medida, hay que entender la «censura a las víctimas», como último eslabón de una estrategia que tiene como fin último no sólo la reproducción del individualismo y de la cultura burguesa, sino el establecimiento de determinados criterios a la hora de establecer prioridades en las actividades sanitarias y en las prestaciones sociales.

Giovanni Berlinguer ha analizado recientemente, en mi opinión con notable acierto, el verdadero alcance de *victim blaming* como categoría sociológica. Por un lado, la «censura a la víctima» ocupa una posición de privilegio entre las causas complejas de las patologías sociales, de modo que un cierto componente de voluntariedad individual en la etiología de algunas enfermedades —alcoholismo y cirrosis, drogodependencia y sida, etc.— permite descartar factores sociales o económicos, evitando así «castigar a productores y traficantes o afrontar las causas del malestar juvenil» (26). Por otro lado, la insistencia en que la enfermedad se reduce a un problema individual de sujetos «desadaptados», de trabajadores «poco responsables» o de ciudadanos «que no se cuidan lo suficiente», viene a justificar, en aras de un mayor beneficio, la falta de inversión en seguridad e higiene en el trabajo, en saneamiento ambiental, etc.

Finalmente, el *victim blaming* responde, cada vez con mayor claridad a la alarma por los altos costos de la asistencia sanitaria y por el absentismo laboral debi-

do a enfermedad común. Numerosas empresas ofrecen premios e imponen castigos a sus trabajadores en función del cuidado que éstos pongan en conservar su propia salud; pero, sin duda, lo más llamativo es el establecimiento de prioridades terapéuticas que penalizan a los enfermos más «culpables», por ejemplo, en determinados hospitales de Estados Unidos, el trasplante de hígado a enfermos alcohólicos ocupa, en la lista de prioridades, uno de los últimos lugares por debajo de otras patologías hepáticas. Al margen del problema ético que este tipo de decisiones puede plantear, el establecimiento de prioridades asistenciales tiene que ver también con la exigencia de ahorro en el uso de los servicios sanitarios, en el intento de que profesionales y ciudadanos asuman el concepto de «escasez» y acepten criterios de reparto basados en el castigo y la exclusión. No cabe duda de que el envejecimiento de la población, el coste de la alta tecnología, la mayor demanda asistencial o las restricciones impuestas a los gobiernos nacionales por el FMI, hacen que la satisfacción de las necesidades de la población en su conjunto, como derecho democrático fundamental, como objetivo primordial de un sistema sanitario público, haya ido perdiendo contenido paulatinamente hasta llegar, como estamos viendo, a plantearse ciertas «prioridades en la salud», en vez de la «prioridad de la salud».

Salud y ¿utopía?

Diversas voces se han levantado ante estos planteamientos. «La escasez —es-

(25) Sobre esta línea de pensamiento, ILLICH, I. *Némesis médica. La expropiación de la salud*, Barral, Barcelona, 1975. Esta pequeña obra ha ejercido una innegable influencia entre los defensores del neoliberalismo, el individualismo y el neodarwinismo social. Para un análisis crítica de este autor, puede verse MAESTRO, A. y HUERTAS, R. 1992, pp. 65 y ss.

(26) BERLINGUER, G. «Salud y desigualdades», en HUERTAS, R. y MAESTRO, A. (eds.). *La ofensiva neoliberal y la sanidad pública*, FIM, Madrid, 1991, pp. 15-37, p. 19.

cribe G. Berlinguer— puede ser absoluta, pero también relativa, según la importancia que asuma la salud en el marco de todas las prioridades públicas y personales: cuando aquella no ocupa un lugar preminente es deber de los médicos actuar, junto con los ciudadanos, para que todos asuman el concepto de prioridad y no acepten, sin más, el de escasez» (27).

Pero no sólo se trata de argumentos morales de mayor o menor peso, cabría preguntarse si es posible una política económica que, negando el neoliberalismo, priorice la solidaridad y el reparto y tenga como finalidad irrenunciable la consecución del pleno empleo y la potenciación de políticas sociales en el marco de una concepción democrática y cualitativamente diferente de un desarrollo socioeconómico sostenido y equilibrado. Existen teorizaciones económicas que apuntan en esta dirección, la llamada «reestructuración selectiva del gasto público» permitiría, precisamente en función de criterios de prioridad diferentes, «llevar a cabo una política activa de lucha contra el desempleo, incrementar la cobertura a los parados, instaurar el salario social, igualar las pensiones mínimas con el salario mínimo interprofesional y elevar los gastos en Sanidad, Educación y demás servicios públicos [...]. Tales medidas, tanto las referentes a la creación de empleo como a protección social contribuyen de manera poderosa a la extensión de la democracia porque aseguran los derechos de los trabajadores y evitan, en la medida de lo posible, autoritarismos y desigualdades» (28).

Claro está que son planteamientos anticapitalistas y que, por tal motivo,

son tildados de utópicos, asimilados a minorías descontentas y excluidos sistemáticamente del debate público. La ofensiva ideológica es, ciertamente, muy dura; al margen de propuestas transformadoras más o menos ilusionadas, lo cierto es que el neoliberalismo no deja demasiado espacio a las utopías. En el ámbito de la Salud, las buenas intenciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS) se han visto devaluadas por las exigencias del FMI y del Banco Mundial a los gobiernos, de manera que las restricciones en gastos sociales son condición indispensable para negociar deudas externas y, en definitiva, para imponer un nuevo orden económico internacional.

En este contexto las «utopías» de la OMS han ido perdiendo, poco a poco, toda su influencia hasta el punto de que en la conferencia sobre promoción de la Salud, celebrada en Sundsvall (Suecia) los días 9-16 de junio de 1991, se llegó a tomar conciencia del fracaso el objetivo «Salud para todos en el año 2000». El documento final contiene afirmaciones tan categóricas como las siguientes: «La explotación del trabajo, la exportación de residuos y sustancias nocivas, el consumo de los recursos mundiales, ponen de manifiesto que el modelo actual de desarrollo se halla en crisis [...]. Los gastos militares tienden a crecer y la guerra, que causa invalidez y muerte, está introduciendo nuevas formas de vandalismo ecológico [...]. La deuda internacional está agotando las frágiles economías de los países subdesarrollados [...]. Millones de personas viven en extrema pobreza, millones de niños no tienen acceso a la educación y las muje-

(27) BERLINGER, G. «Para una ética de la salud» (texto dactilografiado facilitado por el autor).

(28) El texto pertenece al *Manifiesto electoral* con que Izquierda Unida concurrió a las elecciones generales del 29 de octubre de 1989; han pasado ya algunos años, pero los contenidos básicos de la alternativa, aun cuando se hayan ido actualizando, siguen siendo los mismos.

res están oprimidas, explotadas, discriminadas en el trabajo y en otros ámbitos [...]. Todo ello convierte el objetivo de la *salud para todos en el año 2000* en algo extraordinariamente difícil de conseguir.»

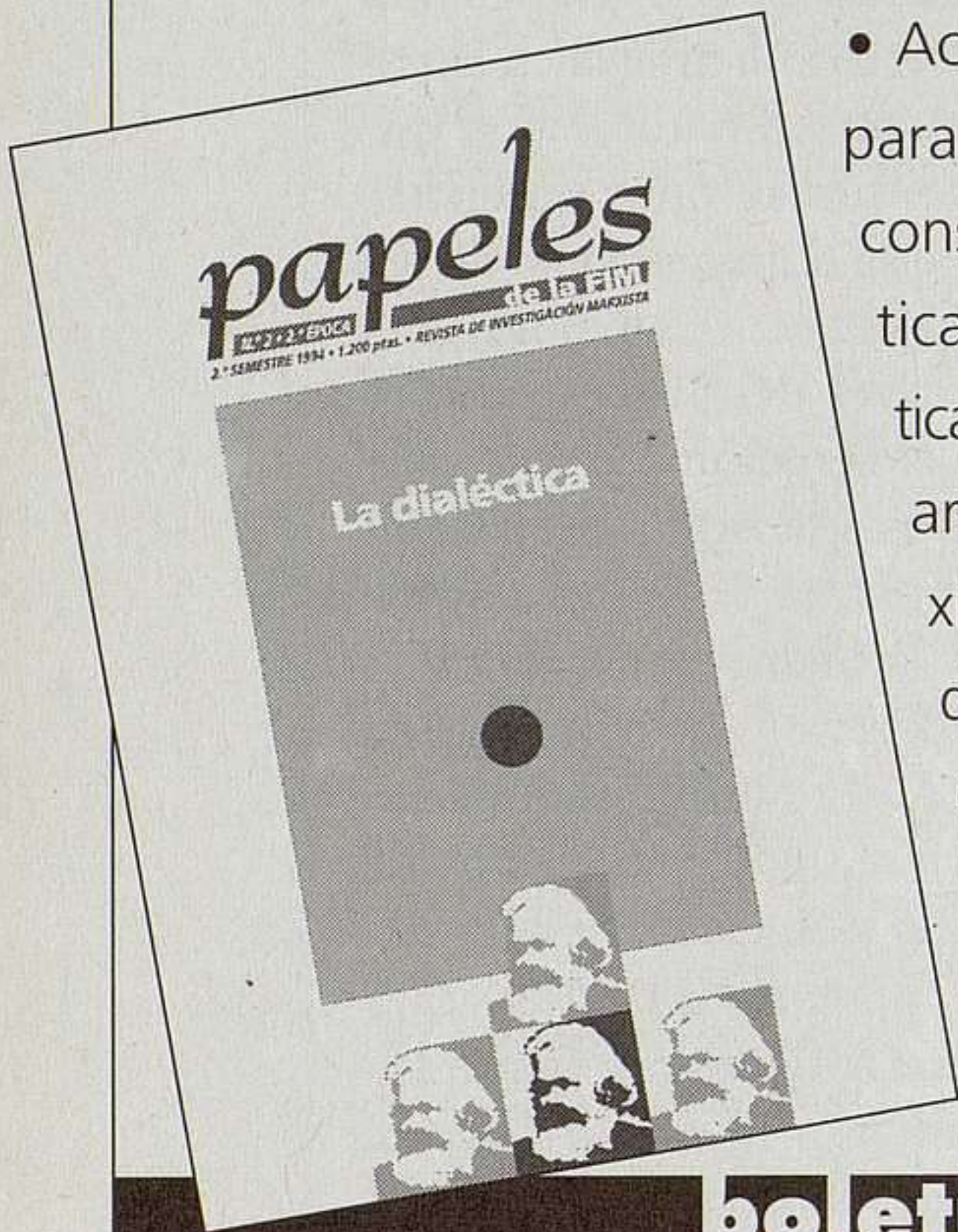
De lo anteriormente expuesto, creo que puede deducirse que una análisis en profundidad de la problemática sanitaria, y más si se realiza desde presupuestos progresistas, no puede limitarse —aunque ello sea fundamental— a la defensa del sistema público de salud y a propuestas de mejora y potenciación del mismo que garanticen la equidad en el acceso y, consecuentemente, el papel de justicia redistributiva que tradicionalmente han jugado los servicios públicos en los diferentes diseños del Estado providencia. De hecho, como hemos visto, la disponibilidad de los servicios terapéuticos —los curativos tradicionales— no es un índice adecuado del estado de salud de la población, existiendo otros factores determinantes del mismo que actúan de manera mucho más definitiva, a saber: el ya aludido «modo de vida», el medioambiente o la propia biología humana. Por eso es necesario incorporar a nuestro análisis y elaboraciones en materia de Salud no sólo la problemática referente a la organización y ad-

ministración sanitaria, sino también la relacionada con la estructura socioeconómica —las políticas económicas y laborales concretas—, las pautas culturales, el medioambiente, etc. Todo ello, desde el convencimiento de que la salud individual y colectiva se inserta en el sistema persona-sociedad-naturaleza y que el deterioro, conservación o potenciación de la vitalidad humana depende del modo como el hombre se apropie de la naturaleza a través del proceso de socialización y «civilización».

No cabe duda que son malos tiempos para la utopía, la OMS ha aceptado su fracaso y la ofensiva neoliberal se desarrolla con dureza y suma eficacia en frentes diversos, el político y económico, pero también, como acabamos de ver, el ideológico y cultural. Se hace necesario, pues, como tantas otras veces en la historia reciente, seguir elaborando, seguir poniendo al día discursos, análisis y propuestas con los que sostener una cultura de izquierda, alternativa, anticapitalista y obstinadamente utópica que se oponga a los enormemente conservadores ideales de la sociedad y de la cultura dominante en este fin del milenio. Tal vez, la conciencia de esa necesidad, como nos enseñara el viejo Engels, nos haga más libres. ■

papeles

de la FIM



- Actualidad de la dialéctica. Un horizonte ontológico para la práctica. **J. Barata-Moura** • G. Lukács y la reconstrucción de la ontología. **N. Tertulián** • La dialéctica en Marx. **Manuel Ballester** • Analítica y dialéctica. **M. Manzanera** • Nuevas tendencias en el marxismo analítico. **J. F. Alvarez** • Gramsci: filosofía de la praxis ideológica. **I. Jardón** • Y a todo esto, ¿qué ha sido del marxismo? **G. Armero** • Sobre la elaboración del concepto de marxismo-leninismo. **J. M. Laso Prieto** • Las tensiones de la teoría en la transición del socialismo inexistente al capitalismo real. **A. Maraver**

boletín de suscripción

Nombre

Dirección

Localidad

NIF

C. P. Tfno.

FORMA DE PAGO:

- Giro Postal n.º
(adjuntar hoja resguardo).
- Transferencia bancaria a la cuenta corriente 0600021247 del Banco Popular de España, sucursal 0446, c/ Marqués C. Riera, 4, 28014 Madrid, a nombre de Fundación de Investigaciones Marxistas.
- Domiciliación bancaria:
Banco
Agencia
Domicilio
..... C. P.
Población
N.º cuenta / libreta
Titular de la misma

TARIFAS:

- Península 2.400 ptas.
- Europa 2.700 ptas.
- Asia / Australia 6.000 ptas.
- Islas 2.400 ptas.
- America 2.700 ptas.
- Africa: 2.700 ptas.

Les agradeceríamos tomen nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre sean presentados para su cobro por Fundación de Investigaciones Marxistas.

ENVIAR A PAPELES DE LA FIM. C/ ALAMEDA, 5 - 2.º IZDA. 28014 MADRID

Izquierda Unida, un proyecto participativo

Antonio Hernández / Pascual Serrano

Son frecuentes las voces que, desde una perspectiva honesta e ideológicamente de izquierda, afirman que nuestra democracia adolece de una auténtica participación ciudadana, debido, principalmente, a dos factores: el carácter cerrado de las listas electorales tanto para la elección de cargos municipales como diputados nacionales y autonómicos, y lo calificado por ellos de partitocracia según la cual, son las cúpulas de los partidos quienes eligen las personas que forman parte de su candidatura electoral. Crítica ésta, que no le debería ser ajena a Izquierda Unida.

Por otro lado, viene siendo habitual en IU que la elaboración de las listas para cualquier proceso electoral se desarrolle en ambientes crispados, cargados de desconfianzas y descalificaciones que tienen una gran repercusión negativa en la opinión pública y que no suele satisfacer a casi nadie en IU.

La IV Asamblea Federal, lejos de dotarse de un mecanismo claro para desarrollar estos procesos, se ha anclado en

la ambigüedad, dejando abierto un debate que quizá corresponde comenzar a tratar con mucha mayor tranquilidad, analizando las posibilidades desde ópticas exclusivamente participativas y organizativas, dejando de lado las perspectivas e intereses concretos que prevalecen cuando estamos en cercanías electorales. Con esta intención es con la que se expresan las propuestas de este análisis.

Partimos de la apuesta clara por que sea obligatoria la celebración de elecciones primarias internas para la elección de nuestros candidatos a cualquier proceso electoral. Es esta una premisa que siempre encuentra importantes resistencias por parte de los órganos de dirección, grupos de influencia o aparatos para ser llevada a la práctica. Argumentaciones en su contra no faltan: falta de perspectiva global de las bases para valorar todos los matices, necesidad de garantizar diversos equilibrios en las listas, importancia de mantener una coherencia entre cargos públicos y

direcciones políticas, etc. Temas que son serios e importantes para ser tenidos en consideración, pero que cuando se ponen por encima de otros análisis llevan a una triste conclusión: la falta de confianza de las direcciones hacia la capacidad política de los afiliados. Es hora de romper esquemas y quien primero debe hacerlo son los dirigentes; si éstos consideran que una propuesta es la más adecuada y se tienen dudas sobre que las bases lo entiendan así —ejemplo últimas elecciones europeas—, habrá que mojarse para explicarlo, para convencer, habrá que argumentar seriamente y no limitarse a la postura cómoda de aprobarlo de tapadillo. Presumimos de tener en IU la gente más consciente, el apoyo de los sectores más activos de la sociedad y sin embargo actuamos como si fuéramos niños sin criterio. Apostamos por una nueva forma de hacer política, por nuevos conceptos, por la formación de nuevas personas y sin embargo ponemos trabas a la asunción de responsabilidades por las bases como elemento fundamental de la nueva mentalidad de izquierdas. Con estas formas de actuar, no nos puede resultar extraño que los hombres y mujeres que integran el principal capital de Izquierda Unida, sus bases, tengan la sensación de que su opinión no es tenida en cuenta en la decisión de elegir quienes van a ser sus representantes en las instituciones y en los propios órganos de IU.

Afortunadamente, cada vez están más asumidas estas necesidades en IU y el debate se va centrando en cual es el mejor mecanismo a adoptar. Es en este punto donde queremos situar nuestras argumentaciones que girarán en torno a las dos propuestas generales que están sobre la mesa: listas cerradas o listas abiertas con mecanismos de ponderación.

Adelantando que apoyamos la propuesta de que las primarias se realicen

mediante lista abierta ponderada —más adelante expondremos el mecanismo que consideramos más idóneo—, el debate parece centrarse en la necesidad de garantizar que la pluralidad interna de IU se vea reflejada en las listas electorales. Así, esto sólo se conseguiría permitiendo a las distintas sensibilidades de IU la posibilidad de presentar su propia lista y obtener los puestos que la votación le concediera.

Aceptando como un valor irrenunciable de IU la pluralidad, consideramos que las listas cerradas poseen insuficiencias y deficiencias importantes.

En primer lugar, entendemos que cuando hablamos de listas electorales a votar por la ciudadanía, estamos hablando de un único proyecto político, IU, que es asumido por todos y cada uno de los candidatos. Por tanto, los candidatos no lo son de una determinada tendencia o sensibilidad sino que expresan el compromiso común de IU ante los ciudadanos. Y este criterio fundamental, totalmente diferente al que existe a la hora de elegir los órganos de dirección internos en los que se pretenden articular las diferentes sensibilidades, debe llevarnos a valorar que los criterios de elección no tienen por qué ser los mismos. Es más, en la medida en que un candidato es elegido en base a su pertenencia a una tendencia o colectivo, se puede dar con mayor facilidad que sus criterios de actuación institucional respondan más a los de su grupo que a los que emanen de los órganos políticos pertinentes.

En segundo lugar, si la falta de primarias supone que un único grupo, la dirección, establece los candidatos, las listas cerradas simplemente amplían a varios grupos el reparto de los puestos, convirtiendo así a las corrientes de opinión política en grupos de presión cerrados y bloqueados. Y aunque esto puede ser considerado un elemento más en

la apuesta de IU por garantizar el funcionamiento de las corrientes internas que indudablemente enriquecen a la organización, creemos que en este caso supone privilegiar a los afiliados que participan en una determinada tendencia o grupo en la medida en que dichos adscritos tienen más capacidad de decisión a la hora de seleccionar a los candidatos con posibilidad de salir elegidos. Se quiebra, por tanto, el principio estatutario de la igualdad de todos los afiliados. Por otra parte, no se contempla el derecho de cualquier afiliado a presentarse o presentar candidatos a cualesquiera elecciones internas si no se encuentra formalmente encuadrado en las dinámicas de ninguna de las listas que se presentan.

En tercer lugar, el hecho de que alguien pueda sentirse más identificado con las ideas que expresa determinada lista, no impide que se reconozca, incluso en mayor medida, la valía de compañeros que van en otras listas y a los que, por ello, se desea mostrar su apoyo. A diferencia de una lista cerrada, en una abierta será posible decidir sobre todos los candidatos y no tener que optar entre diferentes colectivos cerrados. Por otra parte, nos parece un ejercicio muy saludable el que los candidatos se sometan a la valoración personal del conjunto de la organización, algo que se echa de menos en nuestra organización. Si se producen votos de castigo —mas bien sería ausencia de apoyo o falta de confianza— a alguna persona será por alguna razón. Los afiliados debemos poder ejercer el derecho de no apoyar a quien consideremos que no lo ha hecho bien o que no responde a las expectativas que esperamos de un cargo público de IU.

¿Significa todo esto que renunciamos a conciliar simultáneamente los derechos de los afiliados a la elección indi-

vidualizada y la pluralidad en IU?. Creemos que no si somos capaces de establecer un sistema adecuado de ponderación del voto. La ponderación significa establecer un mecanismo matemático que impida que una mayoría organizada pueda excluir o reducir considerablemente las opciones de las opiniones minoritarias. Dependiendo de la fórmula matemática que se adopte, la ponderación favorecerá a unos u otros, o podrá acercarse a criterios más equilibrados. En cualquier caso, supone para el afiliado no sólo decantarse por unas personas, sino también establecer el orden en el que considera que deben ir en la lista las personas elegidas. La ponderación valorará en mayor medida a los candidatos que se sitúen en los lugares más altos y disminuirá progresivamente hasta el último candidato señalado.

Después de analizar varios sistemas de ponderación del voto, creemos que la propuesta que por su sencillez y resultados, mejor garantizaría los diferentes derechos estatutarios de IU, es la que corresponde a la fórmula: $\text{Voto Ponderado} = 1 / \text{Puesto}$. Es decir, el candidato asignado como número 1 tendrá el voto ponderado $1(1/1)$, el candidato asignado en segundo lugar tendrá el voto ponderado $0'5 (1/2)$, el asignado en el puesto catorce tendrá el voto ponderado $0'071 (1/14)$ y así sucesivamente hasta el total de puestos asignados. Para ver los resultados de este procedimiento, supongamos que en una elección cualquiera IU tiene unas expectativas de conseguir 20 diputados o concejales. A cada afiliado se le dará una lista con todos los candidatos propuestos y éste marcará con el 1 hasta el 20 a los candidatos que desee según el orden de su preferencia.. Supongamos que existen diferentes grupos o sensibilidades que presentan candidatos, de tal manera que en un sistema de listas cerradas y bloqueadas co-

rresponderían a las listas A, B, C y D a las que les correspondería un determinado porcentaje de apoyo expresado en los últimos procesos internos de IU de, por ejemplo, 57, 30, 8 y 5 por 100 respectivamente. Y supongamos, finalmente que a la hora de votar, todos los afiliados lo hicieran manteniendo los nombres y el orden propuestos por el grupo

o corriente con el que se sienten más identificados. Se trataría de que, con el mecanismo empleado, se mantuviesen lo más fielmente posible los porcentajes anteriormente señalados lo que serviría para garantizar la presencia de las minorías.

Para 100 adscritos el voto ponderado resultante según el proceso propues-

Puesto	Porcentajes				Orden de candidatos
	Lista A	Lista B	Lista C	Lista D	
	57	30	8	5	
1	57,000	30,000	8,000	5,000	A1
2	28,500	15,000	4,000	2,500	B1
3	19,000	10,000	2,667	1,667	A2
4	14,250	7,500	2,000	1,250	A3
5	11,400	6,000	1,600	1,000	B2
6	9,500	5,000	1,333	0,833	A4
7	8,143	4,286	1,143	0,714	A5
8	7,125	3,750	1,000	0,625	B3
9	6,333	3,333	0,889	0,556	A6
10	5,700	3,000	0,800	0,500	A7
11	5,182	2,727	0,727	0,455	C1
12	4,750	2,500	0,667	0,417	B4
13	4,385	2,308	0,615	0,385	A8
14	4,071	2,143	0,571	0,357	A9
15	3,800	2,000	0,533	0,333	B5
16	3,563	1,875	0,500	0,313	A10
17	3,353	1,765	0,471	0,294	A11
18	3,167	1,667	0,444	0,278	D1
19	3,000	1,579	0,421	0,263	B6
20	2,850	1,500	0,400	0,250	A12

to sería el que se muestra en la tabla adjunta. En él se puede apreciar que entre los 20 primeros puestos, a la lista A le corresponderán 12; a la lista B, 6 puestos y a las listas C y D, 1 puesto cada una, ordenados según se puede apreciar en la columna de «Orden de Candidatos».

Se podrían analizar otros supuestos diferentes, pero en cualquiera de ellos obtendríamos unos resultados que garantizarían de forma bastante rigurosa la proporcionalidad entre las diferentes sensibilidades.

Evidentemente, un proceso así requiere la adopción de medidas que resuelvan posibles problemas políticos y organizativos. En primer lugar, y pensando que se debería contar con el periodo de tiempo suficiente, sería necesario garantizar a todos los afiliados información sobre los aspirantes a formar parte de las candidaturas, ofreciendo los medios adecuados para que la información de cada candidato o grupo pueda llegar al conjunto de la organización. Se trataría de garantizar, dentro de las posibilidades y recursos de IU, la igualdad

de oportunidades de todos frente a posibles agravios comparativos o privilegios desde la dirección, o bien para amortiguar la influencia excesiva de los medios de comunicación que promocionan a los candidatos conforme a sus propios intereses y criterios.

También se necesitará mucha mayor responsabilidad por parte de las organizaciones y afiliados a la hora de presentar propuestas de candidatos. Habría que evitar una cadena de propuestas interminable que provocasen listas gigantes difíciles de manejar para tomar una decisión meditada. Pensamos, no obstante, que esto podría ocurrir en los inicios, pero que la experiencia y la madurez política que proporcionaría el aprendizaje de nuevas formas y hábitos de participación, nos llevaría a situarnos en un nivel superior de responsabilidad democrática.

Puede parecer a primera vista que un proceso electoral de estas características es excesivamente complejo, y que a los afiliados y asambleas les costaría mucho familiarizarse con la mecánica de la elección y de los debates previos. Esto no puede ser nunca una razón que se imponga a la democracia, a la participación y a la corresponsabilidad de los hombres y mujeres de IU. Se pueden y se deberían establecer métodos mecanizados para el manejo y distribución de las papeletas de voto y su posterior recuento, así como establecer criterios sobre validez de papeletas y nulidad de votos. En definitiva, normas claras que regulen todo el proceso.

Hay otras cuestiones importantes que se deberían definir claramente y que nosotros las situamos para la reflexión. En relación a los candidatos para Presidente de Gobierno, de Comunidad Autónoma y Alcalde, quizá debiera plantearse una votación separada entre los candidatos a dicho puesto. Al tratarse de cargos con

una trascendencia especial, puede ser conveniente una votación individualizada que garantice un mayor consenso.

Otra cuestión importante es el de las cuotas por razones de sexo. Habría que decidir si en relación a los puestos de salida, en los casos en que el resultado de la votación no respete el porcentaje, se establece un mecanismo de corrección que favorezca al sexo minoritario en cuanto a voto ponderado en detrimento del mayoritariamente apoyado, hasta cumplir con el imperativo estatutario.

Con respecto a un proceso previo basado en un acuerdo entre las direcciones de los diferentes grupos o sensibilidades para hacer una propuesta consensuada a las bases para su ratificación o rechazo, nos parece que ese mecanismo termina convirtiéndose en acuerdos cupulares o pactos de familias, a veces, desgraciadamente, de mero reparto de puestos, que no están exentos de oscurantismo en la medida en que no se plantearía una votación personalizada en las bases. Son procesos de negociación que no suelen satisfacer a casi nadie y en los que las personas y órganos de dirección que participan salen cuestionados o descalificados por otras personas. Esto, sin tener en cuenta que siempre se pueden descolgar quienes no se sientan satisfechos con los resultados del acuerdo.

Como conclusión, queremos señalar que es muy importante que IU adquiera estabilidad a la hora de establecer sus candidaturas. No podemos continuar con mecanismos que provocan graves enfrentamientos y desprestigio de cara al exterior. Sólo en la medida en que demostremos que somos la fuerza política con mayor democracia y participación superaremos las contradicciones que muchas veces hay entre nuestro discurso y nuestra práctica. Tenemos que

quitar la oportunidad a todos los que están esperando nuestro mas mínimo error o diferencia para descalificarnos. La cuestión de la elección interna de nuestros cargos públicos es tan importante y nos ha producido ya tantos costes que de-

bemos dar un gran salto adelante con audacia. Aprovechemos los periodos de serenidad existentes entre las consultas electorales para debatir con la mirada puesta en el proyecto y no en los próximos cargos a repartir. ■

Paz y seguridad en el Mediterráneo*

Carlos Carnero González

La cooperación entre Europa y los países mediterráneos de la ribera sur, lo que en terminología de la Unión Europea se denomina PTM, no puede basarse única y exclusivamente en la percepción de un *interés económico y/o comercial* común. No estamos hablando de modelos econométricos en virtud de los cuales se demuestra que el mantenimiento del *status quo* o el avanzar hacia una nueva situación garantizará o deberá garantizar mayores cuotas de mercado para la Unión o, en su caso, mayores beneficios comerciales. Al contrario, la cooperación entre la Unión Europea y el Mediterráneo Sur debe fundamentarse esencialmente en la lógica de un *interés político común*. Es decir, no puede haber cooperación económica y comercial entre la Unión y los países terceros mediterráneos sin que se establezca cuál es el interés político común a partir del cual se pueden establecer otro tipo de coo-

peraciones. Ese interés político común debe ser claramente el de alcanzar una situación de paz y seguridad en el conjunto del Mediterráneo, sin la que sería imposible establecer otro tipo de cooperaciones, o incluso, a un nivel más bajo, diálogos.

Europa debe entender en su conjunto que su futuro es totalmente indisoluble de la paz y la seguridad en el Mediterráneo, porque Europa forma parte de ese entramado en términos geoestratégicos, políticos, económicos, ecológicos, culturales e históricos. Lamentablemente, hasta hoy no se había entendido de esa manera, de forma que, en gran medida, Europa cedía, ha cedido, la representación de sus intereses a potencias extrarregionales. Así fue durante el largo período de la «guerra fría», en el que los EE. UU. y la Unión Soviética definieron, las más de las veces a través de la lógica del enfrentamiento y

(*) Este artículo reproduce la transcripción de la ponencia que el autor presentó sobre «Paz y seguridad en el Mediterráneo» en la Jornada de Estudio organizada por el Grupo Izquierda Unitaria Europea (GUE/NGL) del Parlamento de Estrasburgo, el 29 de marzo, en París.

casi siempre de espaldas a Europa, la solución o no solución de los problemas regionales. Europa tiene que ser capaz de adoptar una percepción de ser actor en un escenario propio y no ajeno cuando se habla del Mediterráneo. Europa no puede decir «lo que ocurra en el Mediterráneo nos interesa porque nos va a afectar», sino que tiene que partir de la base de que ella misma es parte, en la práctica, de esa gran zona que denominamos Mediterráneo. Y no solamente la Europa constituida por los países ribereños. Esa percepción que Europa necesita tener de ser actor en un escenario propio, no ajeno, debe completarse con el término *seguridad* de una manera global y poliédrica.

Cuando hablamos de seguridad en el Mediterráneo debemos hacerlo de seguridad política, de seguridad militar, de seguridad económica, de seguridad ecológica, de seguridad alimentaria, de seguridad cultural, al fin y al cabo, de *seguridad humana*, en términos integrales.

La potenciación de un diálogo político entre las dos riberas del Mediterráneo en aras, obviamente, de la paz y de la seguridad, debe estar encaminada a conseguir dos grandes objetivos: el establecimiento de marcos de seguridad autónomos y comunes a las dos riberas y la solución justa y negociada de los conflictos regionales entendidos estos en toda su amplitud. Para ello, lógicamente, como en casi todos los demás, sería inexcusable la existencia de una verdadera política exterior y de seguridad común de la Unión Europea que se marque como prioridad la actuación a nivel Mediterráneo. Nos encontramos en una mala situación de partida. No existe una política exterior y de seguridad común, tal y como la deseamos nosotros, y la que tenemos no tiene fijada dentro de sus prioridades la actuación en el Me-

diterráneo. De ahí, lógicamente, que sea entendible, aunque no compartible, que el Consejo Europeo haya aprobado antes un documento de cooperación económica y comercial que una directiva de preparación de una conferencia eminentemente política como debe tener lugar en Barcelona.

La lógica del Consejo sigue siendo, en ese sentido, aplastante: antes el interés económico, antes el interés comercial y, en su caso, como complemento, la acción política. Por el contrario, IU ha de proponer exactamente el esquema inverso. Se trata de procesos paralelos. Lo que ocurre en estos ámbitos de la paz y la seguridad en suelo Europeo, estrictamente hablando, y lo que sucede o puede ocurrir en el futuro en el ámbito Mediterráneo están directamente relacionados.

La instauración de un verdadero *diálogo político euromediterráneo*, en los ámbitos de la paz y la seguridad, debe desarrollarse y culminar, y en lo que en su día se denominó «diálogo euroárabe». El diálogo euroárabe que dominó la visión europea cara al Mediterráneo durante la década de los setenta y los ochenta se agotó. No podía ser de otra manera. Ese diálogo no tenía fines claros; no buscaba una autonomía con respecto a potencias extrarregionales, e incluso se subordinaba a los intereses de ciertos países mediterráneos a la hora de enfocar la relación de Europa con el mundo árabe como en ese sentido al estado de Israel.

El nuevo diálogo político euromediterráneo debería tener un primer objetivo: que se desarrolle más allá de la herencia de la guerra fría, porque los parámetros que ésta impuso para actuar en la cuenca mediterránea han desaparecido, ya no tienen virtualidad, ni siquiera utilidad.

Cuando la UE lanza la idea de la Conferencia de Barcelona, no nos olvidemos

que, curiosamente, la OTAN lanza la «tímida iniciativa Claes», e incluso en el marco de la UEO se empiezan a mover algunas fichas. Recordemos: se propone la Conferencia de Barcelona e inmediatamente las instancias que provienen de la guerra fría, la OTAN y, en cierta medida, la UEO, empiezan a moverse para impedir que su espacio de maniobra desaparezca en el ámbito mediterráneo.

Segundo objetivo de ese nuevo diálogo político euromediterráneo: que sea multilateral, compartido, no impuesto, asumido por todas las partes a raíz de la constatación de la existencia de un interés común, en términos poliédricos. No se puede aceptar *de facto* la «teoría Huntington», en virtud de la cual Europa debe prepararse para un enfrentamiento de civilizaciones y, por lo tanto, poner en función de ese supuesto enfrentamiento una cooperación comercial, económica e incluso política con el ámbito mediterráneo.

Tercer objetivo del diálogo política euromediterráneo: que se base al menos en los siguientes puntos centrales:

a) Ser un diálogo global; no ser excluyente; aunar el conjunto de la problemática mediterránea.

Mal se empieza cuando a la hora de convocar conferencias se incluye a casi todos y se deja fuera a alguno, como es el caso de la Conferencia de Barcelona. Más allá de las opiniones que se tengan sobre los países, es evidente que la ausencia de uno solo del Mediterráneo en cualquier diálogo política es ya en sí mismo un factor de inseguridad, porque ese país tenderá a reaccionar negativa y a intentar ampliar su exclusión a otros países. Todos sabemos, por ejemplo, que a la Conferencia de Barcelona han sido invitados los países mediterráneos de la ribera sur excepto uno, Libia, por razones que seguramente a casi nadie se le escapan.

b) Segunda característica de ese tercer objetivo: ser omnicomprendivo, es decir, no limitarse a determinados aspectos parciales de la cooperación o de la situación.

c) Tercera característica: basarse, y esto creo que es importantísimo, en la *desmilitarización de la seguridad*.

No podemos aceptar que el concepto seguridad esté basado en los parámetros de la «guerra fría».

Al contrario, una desmilitarización de la seguridad —del concepto seguridad— debe proponer e impulsar sobre todo la generación de medidas de confianza mutua.

d) Y cuarto aspecto de ese tercer objetivo: poner en primer lugar la prevención de conflictos y la gestión de las crisis.

Es decir, no intentar actuar sobre los problemas una vez que éstos se han generado, o hacerlo sobre la base de la actuación ya conocida en muchos momentos anteriores.

Un cuarto objetivo de ese diálogo euromediterráneo es tener vocación de permanencia, de continuidad, de institucionalización, a través de los mecanismos que sean posibles y se consideren más adecuados.

¿Qué pasos a dar? ¿Se puede llegar al objetivo último de una sola vez o es preciso apostar por una estrategia progresiva que no genere desconfianzas, pasos en falso o fugas hacia adelante? La correlación de fuerzas y las necesidades que actualmente existen en el área mediterránea deberían propiciar una sopeada manera de actuar.

Del diálogo 4 + 5 se llega finalmente a la Conferencia de Barcelona, en la que debe existir un fuerte capítulo político. El desarrollo de ese capítulo político no puede quedar como un adorno, debiendo abocar a la convocatoria e institucionalización de una *Conferencia de*

Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM).

En otras palabras, ¿para qué va a servir la Conferencia de Barcelona?, ¿cuáles son los objetivos que se van a fijar en esa conferencia?, ¿es aceptable una declaración que lo que persiga es que la Conferencia de Barcelona se constituya únicamente como paraguas, como cesta, de todos los acuerdos de cooperación bilateral existentes en estos momentos? Porque se corre ese peligro y hay que ser conscientes de lo que está ocurriendo en estos momentos. ¿Qué está ocurriendo en estos momentos?

Las últimas comparecencias de los comisarios Marín y Van den Broek, y las noticias sobre la actitud de otros comisarios, son claras: existe una fuerte resistencia en el seno de la Comisión Europea, y previsiblemente del Consejo, a que la convocatoria de la Conferencia de Barcelona permita alcanzar *objetivos políticos de profundidad* y estratégicos. Lo señala el diputado comunista portugués Novo, del Grupo de Izquierda Unitaria al Parlamento europeo: «Estamos ahora mismo trabajando sobre la suposición de que el plan MEDA va a contar prácticamente con más de 10.000 ecus de financiación para un quinquenio, bien sea a través de la presupuestación hecha ya en su día, bien sea a través de los créditos del Banco Europeo de Inversiones. Pero sabemos perfectamente que la ampliación hacia el Este va a colocar en una difícilísima situación la posibilidad incluso de que existan esos créditos y, desde luego, de que se hagan sobre la base de un criterio político.»

El capítulo político de la Conferencia de Barcelona debería abocar al establecimiento de una Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM), puesta bajo el paraguas de ser conceptuada como una organización regional de las Naciones Unidas,

que debería guardar una estrecha relación con instancias como la Organización para la Seguridad y Cooperación de Europa y la Organización para la Unidad Africana, y basarse en una especie de *Carta Mediterránea*, pudiendo mantener ciertas similitudes incluso con lo que se ha venido a llamar «Pacto por la estabilidad en Europa». Y sería imposible establecer un objetivo político común si no se establece, al menos, una escala de valores políticos y existenciales comunes.

Sobre la base de identificar esos intereses y valores comunes, la Conferencia de Seguridad y de Cooperación en el Mediterráneo debería ser el marco desde el que promover las soluciones a los problemas mediterráneos, particularmente a los siguientes: 1) el diálogo político; 2) el desarme y la reducción del comercio de armamentos, tanto convencionales como atómicos y, en este caso, la extensión —sin excepciones— del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP), sabiendo que en el Mediterráneo existen potencias nucleares declaradas con bastantes megatonnes en sus manos; 3) la salida de las flotas y el desmantelamiento de las bases extranjeras todavía presentes en el Mediterráneo; 4) la prevención de conflictos, la gestión de la crisis, la solución de los problemas bilaterales Sur/Sur —no nos olvidemos que en el Mediterráneo los problemas Sur/Sur son los que actualmente existen abiertos; 5) los desafíos ecológicos impresionantes; y, 6) desde luego, los flujos migratorios que se agravan como una amenaza con la entrada en vigor de los Acuerdos de Schengen (ahora mismo en Europa hay 4,5 millones de emigrantes de la Ribera Sur del Mediterráneo).

En el Mediterráneo no estamos en una guerra de culturas, sino ante problemas directamente relacionados con la brecha Norte/Sur. Hay que tener en

cuenta el colonial y neocolonial fracaso de Europa, en gran medida, a la hora de gestionar esa herencia.

La Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo y, desde ahora, la cooperación política que se establezca en Barcelona —que no son lo mismo ni conceptual ni realmente— deben establecer mecanismos propios para dos de sus regiones específicas: el Magreb y el Machrek. Favorecer la integración regional, como por el ejemplo en el Magreb con la existencia y el desarrollo de una verdadera Unión del Magreb Árabe, con mecanismos claros de toma de decisiones, con contenidos, y el diálogo multilateral, al fin y al cabo, entre todos los países de esas subregiones, son fines a alcanzar en este apartado.

La Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo debería institucionalizar sus estructuras a través de: a) una secretaría permanente, ya prevista para la Conferencia de Barcelona, aunque sin haber encontrado todavía claros mecanismos de funcionamiento e incluso sde; b) mecanismos de consulta permanente y, ante todo, c) un observatorio de riesgos y conflictos, de prevención de conflictos, de prevención de riesgos y catástrofes humanas.

Es obvio que hablar de Seguridad en el Mediterráneo significa el establecimiento de sistemas democráticos respetuosos de los derechos humanos integralmente considerados.

La paz y la seguridad en el Mediterráneo también significan la solución justa de los conflictos presentes en la región, cuatro de ellos fundamentales:

a) El del Próximo Oriente, en el que a pesar de los acuerdos alcanzados tras la Declaración de Washington y los Acuerdos de Oslo, se ve con verdadera preocupación cómo es presa de un estancamiento, debido, sobre todo, a que una de las partes, Israel, no quiere aplicar

dichos acuerdos de manera consecuen- te: con su negativa a la retirada del ejército, a la libertad de los presos, negativa a la celebración de elecciones y a la ampliación de la autonomía a todos los territorios ocupados.

b) El conflicto de Chipre, que debe ingresar en la UE sin que su actual división o a la presolución del conflicto impida ese ingreso.

c) El conflicto del Sáhara Occidental, que amenaza la estabilidad en el Magreb al igual que los problemas que vive Argelia, ni más ni menos; este año debería celebrarse el referéndum, aunque los acontecimientos nos indican que no se camina en la dirección correcta.

d) Y, por supuesto, la guerra en la antigua Yugoslavia, que es un país Mediterráneo y que, por lo tanto, como conflicto, ha de tener la misma importancia que los que se producen en el Sur.

Es decir, las soluciones de seguridad del Mediterráneo deben contar con la participación de los países interesados, aunque no sean estrictamente regionales.

No se puede estar de acuerdo con el criterio del Consejo de excluir a países que han manifestado su interés en particular en la Conferencia de Barcelona. ¿O es que países como Bulgaria, ribereño del mar Negro, de Mauritania, parte indisoluble del Magreb, no tienen interés en la solución de los conflictos?

Existe una relación evidente entre seguridad mediterránea y la de otras zonas colindantes; ahí están los temas de los Balcanes y del Medio Oriente.

La contribución de la sociedad civil en este proceso es fundamental; las medidas de confianza deben generarse también a partir de los partidos, los sindicatos, las ONG's, los institutos de estudios.

Anunciando Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya que va a hacer su contribución a esa generación de medidas de confianza, de diálogo político en-

tre la ribera Norte y la ribera Sur del Mediterráneo, desde la izquierda, organizando en nuestro país, concretamente en la misma ciudad y sede de la Conferencia de Barcelona, los días 24 y 25 de noviembre de este año 1995, una reunión de la izquierda euromediterránea. Se pretende con la colaboración de nuestro grupo, y de los componentes del Grupo de Izquierda Unitaria e Izquierda Verde nórdica organizar una iniciativa en la que los partidos de izquierda, las for-

maciones de izquierda de Europa y no solamente las mediterráneas, y de todos los países de la ribera Sur, participen en pie de igualdad para dar su contribución a lo que debería ser un nuevo diálogo político euromediterráneo. Sin exclusiones, con una agenda que abarque los temas que a todos nos preocupan, desde los conflictos abiertos hasta la cooperación económica, pasando por la seguridad ecológica o el problema de las migraciones. ■

Los cambios económicos en Cuba: problemas y desafíos

Julio Carranza Valdés

Este trabajo no contiene un examen exhaustivo de todo el problema y el debate implicado en los cambios actuales de la economía cubana. Mucho menos, una proposición más de cómo abordar el futuro de este proceso, pues ambos propósitos exigirían un espacio mucho más amplio. Ese intento lo hemos realizado en un trabajo reciente de mayor alcance (1).

Nuestra intención es reflexionar sobre algunos de los problemas y alternativas presentes en las esferas fundamentales donde se vienen operando y habrán de operar los cambios que deben dar lugar a la necesaria reestructuración de la economía cubana.

Se trata de una cuestión extraordinariamente compleja para la que no existen fórmulas de probada validez; primero, porque las experiencias socialistas más avanzadas de Europa concluyeron con la restauración capitalista en esos países, en medio del caos y del retroceso de conquistas sociales que parecían

irreversibles; segundo, porque las condiciones específicas de Cuba —derivadas de su geografía, nivel de desarrollo, posición geopolítica e historia reciente— la colocan en una situación muy peculiar, difícil de encontrar en otra experiencia histórica.

Por ello, la reestructuración de la economía, como del conjunto de la sociedad cubana, debe ser un acto autóctono de creación, que no significa ignorar la experiencia histórica y teórica internacional, que debe ser tenida en cuenta en la medida en que pueda contribuir a responder nuestros desafíos.

Claro que no se trata de cualquier reestructuración económica, sino de aquella que, junto a la recuperación de la eficiencia y la rentabilidad, permita preservar y desarrollar las conquistas sociales y la independencia nacional alcanzadas por la Revolución.

Ni las fórmulas del «socialismo real», fracasado en Europa, ni la vuelta al ca-

(1) CARRANZA, J.; GUTIÉRREZ, L. y MONREAL, P. «Cuba: la reestructuración de la economía (una propuesta para el debate)», Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana (en prensa).

pitalismo dependiente y neoliberal imperante hoy en América Latina, podrían responder los desafíos presentes para recuperar la viabilidad del proyecto nacional y asegurar un futuro independiente en función de los intereses de las mayorías de la nación.

En nuestra opinión, se impone la necesidad de una reestructuración económica que produzca cambios fundamentales en las estructuras básicas del actual sistema económico sin enajenar su esencia socialista.

El país está obligado a un acto de creación y ello sólo puede ser un resultado colectivo al que únicamente se puede llegar mediante el debate responsable y profundo, en el cual las nuevas generaciones deben ocupar un lugar relevante, pues son, en última instancia, el sujeto social y político del futuro de la Revolución Cubana.

Las siguientes reflexiones tratan de colocarse en la lógica de ese debate.

Sin lugar a dudas, el Gobierno cubano ha logrado manejar una profunda crisis económica que se extiende ya por más de cinco años (2), agudizada por el reforzamiento del bloqueo norteamericano. A nivel económico, ha sido necesario atender tres problemas íntimamente relacionados:

- 1) Ajustar el país a una decreciente disposición de recursos.
- 2) Modificar su inserción económica internacional.
- 3) Adelantar cambios fundamentales en la organización de la economía interna.

Esto ha dado lugar a un proceso muy complejo y contradictorio que ha cambiado de manera notable la dinámica

económica y social del país, principalmente: a) se ha diversificado la propiedad económica, en lo fundamental por la presencia de empresas extranjeras, la generalización de formas cooperativas en la agricultura y la ampliación del trabajo por cuenta propia; b) se ha modificado la relación Estado-economía. El primero es ahora más regulador y menos empresario que antes, aunque retiene una posición dominante como propietario de medios de producción; c) se legalizó la tenencia y circulación de divisas, lo que ha dado lugar a una fractura del mercado interno de bienes de consumo con todas sus consecuencias; d) se han abierto nuevos espacios de libre mercado para los productos agropecuarios, ciertos servicios y producciones menores.

Han sido modificados rasgos que caracterizaron al sistema cubano durante todo el período revolucionario; se asiste a la articulación de un sistema menos igualitario, aunque con un nivel de equidad social muy superior al de cualquier país latinoamericano y caribeño.

El agravamiento de la crisis durante los últimos años, expresado en fuertes desequilibrios de las finanzas internas y en la caída de la producción de azúcar desde 1993, ha conducido a un mayor consenso sobre la necesidad de nuevos y más profundos cambios en la organización de la economía interna.

El conjunto de transformaciones que de modo progresivo se han venido asumiendo adelantan los perfiles de la nueva economía, pero este es un proceso aún poco articulado y contradictorio.

Hasta el momento, los aciertos fundamentales de la estrategia con que el

(2) Desde 1990 la economía cubana ha sufrido una crisis sostenida, para 1993 la caída acumulada del producto interno bruto era de un 48 por 100 —*Revista Bohemia*, 28 de octubre de 1994—. En 1994 se logró una pequeña recuperación del 0,7 por 100 —Declaración de Carlos Lage, vicepresidente del Consejo de Estado en Davos, Suiza, enero de 1995, en periódico *Granma*, 28 de enero de 1995—, sin embargo sectores fundamentales, como el azucarero, continuaron su tendencia decreciente.

gobierno ha enfrentado la crisis han sido: 1) sostener un nivel importante de estabilidad política a pesar de la caída de la economía; 2) repartir de manera relativamente equitativa los costos de la crisis; 3) favorecer una dinámica de cambios, primero en el sector externo y luego en el conjunto de la economía; 4) adelantar la reinserción económica internacional del país.

Su principal limitación ha sido la existencia en la práctica de un proyecto suficientemente integral, articulado y explícito de reestructuración económica.

Esto último se explica, como hemos apuntado, por las tremendas complejidades implicadas no sólo en su concepción, sino además en su aplicación y conducción efectiva. Es esta la tarea más importante que se debe continuar afrontando en los tiempos inmediatos; y es aquí donde la reflexión y el debate tienen un lugar insustituible.

En esa discusión están implicadas cuestiones que van desde los objetivos de los cambios a corto, mediano y largo plazo, la cantidad y los contenidos de cada una de las medidas necesarias, hasta el ritmo, la secuencia y la simultaneidad con que deben ser implementadas.

El equilibrio financiero

Cuando en 1990 comenzó la crisis económica, el gobierno cubano la enfrentó con un conjunto de medidas cuyo principal objetivo político era lograr un reparto equitativo de sus costos. Se trataba de impedir los efectos clásicos de inflación y desempleo que, como regla, han generado las políticas de ajuste ampliamente aplicadas en América Latina durante la década de los ochenta. Como se conoce, estas descargaron el peso de la crisis sobre los sectores ma-

yoritarios y más vulnerables de esas sociedades.

El impacto inflacionario que podía haber tenido la abrupta reducción del fondo mercantil fue impedido con la generalización de la política de racionamiento, mediante la cual se pudo controlar los precios y repartir equitativamente los productos disponibles.

El desempleo —que pudo haber crecido de modo considerable con la paralización de una parte importante de la industria por falta de energía, materias primas y piezas de repuesto— se impidió con una amplia política de reubicaciones y subsidios que evitó el cierre de las empresas afectadas por la crisis.

El sostenimiento por varios años de esta política, junto a una crisis que continuaba agudizándose, generó un fuerte desequilibrio de las finanzas internas, expresado en exceso de circulante monetario y déficit presupuestario. Hacia finales de 1993 estos indicadores alcanzaron niveles claramente incompatibles con cualquier política de recuperación global de la economía.

Los efectos más evidentes de los desequilibrios financieros han sido: a) indisciplina laboral creciente con una caída de la intensidad del trabajo; b) crecimiento del mercado negro o economía sumergida en condiciones muy inflacionarias; c) pérdida del valor de la moneda nacional, lo que ha provocado no sólo efectos negativos en el terreno económico, sino también en el político e ideológico.

La recuperación del equilibrio financiero se convirtió en el más inmediato objetivo de la política económica a adoptar. Sobre esta cuestión había ya desde 1993-1994 un punto de consenso no sólo en la dirección del gobierno y el Parlamento, sino también entre la mayoría de los economistas del país. Sin embargo, cómo lograr ese objetivo y su

conexión con otros cambios necesarios en la economía nacional fue y es aún motivo de polémica.

El primer punto en discusión se relaciona con el lugar del ajuste financiero en lo que debe ser la reestructuración económica.

Si se tiene claro que los desequilibrios financieros son la expresión en la circulación de problemas en el ordenamiento estructural de la esfera productiva, agravados por el nuevo contexto internacional en el que habrá de funcionar la economía cubana, entonces es obvio que el restablecimiento de los equilibrios financieros debe acompañarse de un programa de cambios más profundos, a fin de modificar la dinámica de funcionamiento de la economía nacional y con ella las causas de nuevos desequilibrios. Sólo un proceso con este alcance logrará crear las condiciones para la recuperación del crecimiento sostenido y el desarrollo económico y social.

El segundo punto tiene que ver con las vías para producir el ajuste financiero. Existen al menos dos formas posibles de abordarlo. La primera supone un proceso más lento y gradual, que ha sido adoptado a partir del segundo semestre de 1994. Sus principales contenidos son: a) incremento de los precios de diferentes productos y servicios, fundamentalmente aquellos que no satisfacen necesidades básicas de la población; b) eliminar diferentes tipos de gratuidades sin afectar aquellas que forman parte de las conquistas más importantes de la Revolución; c) nueva ley de impuestos; d) modificaciones en la política de subsidios; e) mayor exigencia y control para restituir la disciplina financiera en el sector estatal y en la población en general; f) liberalización de precios de un conjunto de productos.

A finales de 1994 esta política arrojaba algunos resultados positivos, expresados en reducciones relativamente considerables del circulante monetario y, sobre todo, del déficit presupuestario. Sin embargo, todavía se está lejos de los niveles adecuados y se advierten algunos problemas. Una parte importante del excedente recuperado por el Estado —el 81,2 por 100— se debe al incremento de los precios de venta de productos como tabacos y bebidas alcohólicas (3), la posibilidad de hacer crecer más la recuperación por esta vía es ya muy limitada. De otra parte —y esto es probablemente el problema más complicado—, en la medida en que el exceso de circulante no están equitativamente repartido, sino que tiene un importante nivel de concentración, las medidas en curso golpean más a la mayoría de la población que depende de su salario, mientras el sector minoritario que concentra el excedente tiene una mayor capacidad de asimilación. Además, este sector está entrando con más fuerza en los espacios de mercado recientemente abiertos (agropecuario y de productos artesanales e industriales—, lo que favorece una mayor concentración del excedente.

En este escenario se dificulta la posibilidad de un canje de moneda que acelere y rectifique el proceso, pues una vez establecidos importantes espacios de mercado —agropecuarios y de productos industriales— sería contraproducente afectar las ganancias obtenidas allí, con las que la política estatal ya tiene un nivel de compromiso. Esto no significa la imposibilidad de adoptar una decisión de este tipo, pero obligaría a buscar fórmulas complicadas a fin de compatibilizar el canje con las medidas ya implementadas.

(3) Ver intervención de RODRÍGUEZ, J. L., ministro de Finanzas y Precios, en la Asamblea Nacional del Poder Popular, 20 de diciembre de 1994, en periódico *Granma*, 21 de diciembre de 1994.

Otra manera de haber restituido los equilibrios financieros suponía una vía más rápida; su núcleo era el canje de moneda como *primera medida* (4). Probablemente habría sido más traumática en el corto plazo; sin embargo, las condiciones políticas del país a finales del primer semestre de 1994 permitían, a nuestro juicio, su aplicación con un considerable nivel de consenso.

El contenido de esta política alternativa incluiría las principales medidas de la otra: incremento de ciertos precios, eliminación de gratuidades, ley de impuestos y disciplina financiera. Su diferencia fundamental es que coloca el canje de moneda antes que todas las demás medidas. En este caso, el resto de las medidas tendrían el objetivo de contribuir a evitar la reproducción de los desequilibrios y no a establecerlos, como ha ocurrido. En síntesis, esta alternativa habría permitido producir una contradicción inicial de la demanda efectiva y luego mantenerla en un nivel compatible con la oferta existente. En nuestra opinión, las principales ventajas de esta alternativa consisten en que es más rápida y habría afectado fundamentalmente al sector que ha acumulado excedentes favorecidos por actuar en un mercado altamente distorsionado en la mayoría de los casos mediante actividades especulativas y en gran medida ilegales, pues el canje afectaría solamente el ahorro a partir de determinado nivel de acumulación, donde se ubica, según las informaciones bancarias disponibles, un sector minoritario de la población.

La apertura de los nuevos espacios de mercado —agropecuario y productos industriales—, después del canje, habría permitido el inicio de la relación entre la población y esta nueva economía

en condiciones de mayor equidad, y seguramente con un nivel de precios de oferta y demanda más bajo que el actual.

Otro de los problemas planteados por la apertura de los mercados antes de lograr un mayor equilibrio financiero interno son las señales equivocadas que se emiten debido a las presiones de la demanda efectiva acumulada, que no ha sido cancelada. Esto hace que muchas veces se concentren importantes recursos productivos en actividades de menor prioridad.

Dado que el proceso de liberación de precios tiene que ser necesariamente parcial y progresivo, es importante considerar que se genera una tensión inevitable por la coexistencia de un conjunto de productos y servicios con precios libres y otros con precios regulados. Los niveles de rentabilidad son más altos cuando las actividades productivas se asocian al sector liberado. Este hecho causa en los productores tendencias a priorizar y concentrar más recursos en la producción de bienes para ese mercado, muchas veces en detrimento de la mayor atención a producciones importantes para la economía nacional, como es el caso de diversos bienes exportables en la agricultura. La desmonetización rápida o reducción abrupta del circulante a través del canje habría disminuido las diferencias de precios entre los dos sectores y creado mejores condiciones para una estructuración general de precios que, a su vez, constituiría otra medida necesaria en la lógica de un programa articulado de reestructuración económica.

En ese contexto se hacen más manejables con métodos económicos las contradicciones inherentes a la nueva economía que se va conformando en el país.

(4) Claro, que una medida de este tipo supone una organización precisa y ejecución rápida, para producir la posibilidad de maniobras de dispersión artificial del dinero concentrado.

Además de los elementos anteriores, esta otra alternativa de desmonetización rápida permite concentrar su impacto recesivo en un plazo de tiempo breve.

De haberse aplicado el canje, las desventajas más importantes hubieran sido, quizá, la realización de un proceso más abrupto y el costo de imprimir una nueva moneda.

Sin embargo, la búsqueda del equilibrio financiero por esta vía tenía que estar directamente conectada a un programa más profundo de reestructuración económica que comenzara a modificar de manera inmediata sus causas estructurales; de lo contrario, estos se reproducirían en un momento en que ya no tendría sentido ni posibilidad objetiva repetir un canje de moneda. Probablemente esta cuestión tuvo mucho peso en la decisión adoptada. El diseño global de una reestructuración fundamental de la economía nacional es un proceso complejo e inédito que parece no estar a punto aún.

La circulación monetaria

En reordenamiento de la circulación monetaria es otro de los ejes centrales de la reestructuración económica del país. La necesidad de buscar nuevas fuentes de ingresos de divisas desde 1990 determinó la conjugación de un conjunto de factores que impusieron de manera progresiva la circulación generalizada de moneda extranjeras debido: a) el crecimiento de la inversión extranjera y su relación con fuerza de trabajo nacional; b) el incremento del turismo internacional; y c) las remesas familiares. En agosto de 1993 se reconoce esta realidad y se legaliza la tenencia y circulación de divisas en todo el territorio nacional, con el objetivo, además, de que el Estado pudiera recuperar la mayor

cantidad posible de estos recursos en manos de un sector de la población para ponerlos en función de las necesidades prioritarias de la economía y la sociedad.

Como es obvio, una medida de esta naturaleza responde a una necesidad coyuntural y debe asumirse como algo temporal por las fuertes distorsiones que causa en el funcionamiento general de la economía nacional.

La doble circulación monetaria expresa, y a la vez refuerza, el carácter de la economía cubana en la primera mitad de los años noventa; esto es, la coexistencia de dos sectores con lógicas diferentes: el emergente y el tradicional.

Si la rearticulación de la economía nacional es una dinámica única, constituye una necesidad inobjetable para el futuro desarrollo del país, la restitución de la circulación de una moneda nacional única es un componente esencial para lograrla.

La doble circulación monetaria ha expandido y acentuado la fractura de los mercados internos. Se ha visto crecer la infraestructura de tiendas y servicios donde sólo se reconoce una moneda —el dólar— diferente a la moneda en la que se remunera el trabajo de la inmensa mayoría de la población trabajadora —el peso cubano—. Además de su impacto social e ideológica, esta situación afecta la economía, al disminuir el interés por el trabajo socialmente útil en favor de otras actividades, en ocasiones ilegales, que generan ingresos en la moneda admitida en los mercados con un mayor nivel de oferta.

En estas condiciones, la posibilidad de recuperar y elevar la intensidad del trabajo es muy limitada. De otra parte, la existencia de dos monedas en circulación distorsiona fuertemente el sistema de referencia de costos y precios en el naciente mercado que se ha venido

articulando. Esta es causa permanente de distorsiones en la asignación de recursos.

De modo que la búsqueda de la restitución de la circulación de una moneda nacional única a mediano plazo parece ser un punto de consenso en el debate actual sobre estos asuntos. Sin embargo, la forma, los tiempos y el ordenamiento de cómo llegar a este propósito son también objeto de discusión.

No se trataría de volver a penalizar la tenencia de divisas, sino de eliminar su circulación en el territorio nacional. El problema fundamental está en que el establecimiento de la circulación de una moneda nacional única produciría una fuerte presión sobre el tipo de servicios y productos ofertados hoy en la red *dolarizada*, lo que obligaría a un incremento de las importaciones, insostenible para el país en este momento.

Muchos economistas se pronuncian —y la política del país parece inclinarse a ello— por un proceso gradual que, en un primer momento, establezca la circulación de una segunda moneda nacional sustitutiva de las divisas en la circulación interna. La creación del *peso convertible*, en enero de 1995, sería un paso en esa dirección, aunque de inicio no ha reemplazado la circulación de la moneda extranjera, sino sólo los diferentes tipos de certificados de divisas que circulaban desde hace algunos años.

La creación de esta segunda moneda nacional, sin duda un paso de avance respecto a la situación actual, no resolvería aún el problema esencial de la doble circulación monetaria, pues continuarían vigentes dos monedas: una fuerte, con equivalencia frente a la moneda extranjera, y otra débil, la moneda principal recibida como salario por la inmensa mayoría de la población, con lo

cual no se unificarían los mercados internos y, por consiguiente, no se incentivaría en la medida necesaria el incremento de la intensidad del trabajo, ni se lograría una mejor asignación de recursos.

En nuestra opinión, existe al menos otra forma de enfrentar este complicado problema y de lograr más rápido el paso a la circulación de una moneda nacional única sin una significativa presión adicional sobre las importaciones. Naturalmente, esta no podría asumirse de manera aislada: tendría que ser parte de un proyecto de reestructuración económica global (5).

Esta forma alternativa supone como medidas previas para bajar la presión de la demanda acumulada: a) canje de moneda que reduzca el circulante de moneda nacional; b) ajuste de precios; c) establecimiento de una tasa de cambio económicamente fundamentada; d) nueva política de precios en los mercados paralelos (constituidos en lo fundamental, a partir de entonces, por los actuales tiendas y establecimientos en divisas); e) fortalecimiento y ampliación de los mercados agropecuarios y de productos industriales.

Esta alternativa no eliminaría (en su primera etapa) el mercado racionado, que continuaría como garantía de la canasta básica, pero conectaría inmediatamente al conjunto de la población con un mercado interno único donde podría encontrar —mediante su trabajo y en la medida de sus ingresos— la oferta complementaria para elevar su nivel de consumo. El cobro directo en divisas se eliminaría. Cualquier persona, cubana o extranjera, poseedora de divisas tendría que cambiarla en las redes bancarias creadas al efecto, según la tasa de cambio establecida. La base de los precios en el mercado paralelo sería el precio internacional del

(5) Ver CARRANZA, GUTIÉRREZ y MONREAL, *op. cit.*

producto, expresado en moneda nacional, de acuerdo con la tasa de cambio que se establezca, más un *plus* para financiar las importaciones de la demanda adicional que se le presentaría a este mercado. De este sobreprecio quedarían excluidos aquellos productos o servicios que constituyen elementos fundamentales de la demanda turística —paquetes y pasajes de avión—, con el objetivo de no afectar la competitividad internacional de este importante sector de la economía.

De esta manera, la circulación de moneda extranjera en el territorio nacional se restringiría desde un primer momento a determinadas operaciones en las relaciones recíprocas entre empresas nacionales y extranjeras, que serían eliminadas a un mayor plazo.

La convertibilidad de la nueva moneda nacional sería un objetivo a más largo plazo que se alcanzaría de manera gradual, directamente relacionado con la evolución de la economía y de las diferentes etapas del proceso de reestructuración. En un inicio sólo sería convertible en operaciones específicas como la repatriación de ganancias de empresas extranjeras u otras que casuísticamente se decidan.

Lo complicado de este problema hace que cada una de las alternativas teóricamente posibles para abordarlo tenga cuestionamientos válidos; sin embargo, es indudable que este es un punto medular respecto a lo que se debe ser la reestructuración de la economía nacional.

La reforma empresarial

La reforma empresarial debe constituir un componente central del proceso de reestructuración económica. A los años de la participación cubana en el CAME

correspondió un Sistema de Dirección y Planificación de la Economía (SDPE) que tenía como uno de sus propósitos compatibilizar la organización de la economía interna con su principal espacio de inserción internacional.

El SPDE definió, entre otros aspectos, el ordenamiento empresarial del país en el contexto de una economía centralmente planificada. Las empresas debían moverse en un marco de autogestión relativa, más claro y definido en la concepción teórica del sistema que en su aplicación práctica durante los años setenta y ochenta.

La permanencia de un régimen financiero demasiado blando y la excesiva intervención de los organismos centrales de gobierno obstaculizaron el desarrollo de una gestión empresarial más eficiente.

Durante la segunda mitad de los años ochenta, como parte del proceso de rectificación, se produjeron discusiones y algunas readecuaciones al sistema empresarial que significaron una mayor restricción de las relaciones monetario-mercantiles en las que este debía funcionar. Sin embargo, no se produjo entonces una redefinición integral del sistema. Sólo en el experimento conocido con el nombre de «perfeccionamiento empresarial», desarrollado durante esos años en empresas de las Fuerzas Armadas, se ensayaron con resultados positivos modificaciones en el sistema de gestión. Estos tenían como componentes fundamentales la descentralización, la ampliación de las relaciones monetario-mercantiles y un incremento del papel de los indicadores financieros (6). Aquí hay una experiencia potencialmente muy útil para el futuro de la reforma empresarial del país. El límite fundamental de este

(6) Cfr. PÉREZ, A. y GONZÁLEZ, B. «El perfeccionamiento empresarial en el MINFAR», en *Cuba Socialista*, n° 36, Ciudad de la Habana, noviembre-diciembre de 1988.

ensayo es haber estado básicamente referido al orden intraempresarial y menos al interempresarial y al contexto económico global en el que las empresas deben operar.

La crisis económica, comenzada en 1990 con el abrupto cambio en el escenario internacional, impuso una nueva dinámica que impactó también la esfera empresarial; sin embargo, desde entonces tampoco se ha dado una redefinición integral de la estructura empresarial del país.

La entrada creciente de inversión extranjera y la necesidad de sectores de la economía de relacionarse con estos nuevos agentes económicos obligó a producir modificaciones más o menos parciales en la estructura organizativa, de una parte, de las empresas existentes y en la forma en que estas se relacionan con el conjunto de la economía.

La estructura empresarial a que dio lugar la Revolución desde principios de los sesenta —incluidas las modificaciones fundamentales emprendidas después de 1975— hizo desaparecer virtualmente, por ejemplo, a las sociedades anónimas como forma de organización para las empresas. En la década de los setenta existían solamente trece sociedades anónimas cubanas ubicadas en el extranjero para facilitar operaciones de comercio exterior. Estaban reguladas por el artículo 66 de la Ley 1323 de 1976. En 1979 se creó CIMEX, primera sociedad anónima cubana en el territorio nacional durante el período revolucionario.

Desde finales de la década de los ochenta y sobre todo después de 1990, como consecuencia de la entrada de inversiones conjuntas con capital extranjero, se fue incrementando la presencia de sociedades anónimas en la economía

cubana. Para 1994 existían aproximadamente doscientas, la mayoría en territorio nacional. Estas empresas corresponden en parte a empresas mixtas de capital cubano y extranjero. También existen sociedades anónimas de capital estatal cubano que han adoptado esta forma de organización para facilitar sus operaciones económicas con el exterior (7).

La emergencia y creciente presencia de este tipo de empresas ha coexistido con el resto del sistema empresarial, todavía regido por las normas establecidas en el anterior Sistema de Dirección y Planificación de la Economía.

Ambos sectores se han movido con formas de funcionamiento, mecanismos de estimulación, niveles de aseguramiento material, subordinaciones y normas legales diferentes, lo que se ha convertido en otra de las expresiones fundamentales de la actual dualidad económica.

Por otra parte, en el sector agropecuario se ha dado lo que constituye probablemente la transformación estructural de mayor alcance realizada hasta ahora en la economía cubana: la creación de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC), que deben convertirse en la forma fundamental de propiedad y organización de la producción en este sector.

La nueva cooperativa, si bien no recibe la propiedad jurídica de la tierra —que sigue en manos del Estado—, pasa a ser dueña del resto de los medios de producción y del producto. Tiene como fuerza de trabajo principal, aunque no única, la de sus propios miembros. La posibilidad del ejercicio de una actividad económica más autónoma se ha complementado con la constitución de los mercados agropecuarios a partir del

(7) Declaraciones de CABRISAS, R., ministro de Comercio Exterior de Cuba, en *Opciones*, Ciudad de La Habana, 30 de octubre-5 de noviembre de 1994, pp. 8-9.

primero de octubre de 1994, donde pueden vender sus producciones luego de cumplidos sus compromisos de entrega al estado.

Como forma de empresa agropecuaria más extendida en el país, las UBPC responden mejor a las condiciones en que habrá de desarrollarse la economía cubana durante los próximos años. Sus principales problemas y limitaciones provienen de ser una experiencia muy reciente, y sobre todo de las contradicciones presentes en la economía nacional, referidas en otras partes de este trabajo (8).

Finalmente, está el sector de trabajadores por cuenta propia, ampliado desde mediados de 1993, pero todavía con una presencia muy por debajo del lugar que con seguridad tendrá en la futura economía cubana.

Una nueva estructura empresarial que articule mejor todos estos sectores de la economía y dé lugar a una mayor eficiencia, es una necesidad ampliamente reconocida. De hecho, debe ser uno de los campos donde se exprese de manera más marcada la continuidad de los cambios económicos en el presente año 1995.

La mayor complejidad de este asunto radica en que no están implicadas decisiones que afectan simplemente la coyuntura económica. Se trata de producir modificaciones de fondo en la estructura económica del país, en las formas de la producción y de la propiedad.

Cualquier alternativa que pretenda reestructurar la economía cubana sobre bases socialistas y preservar los más importantes logros sociales del período revolucionario, debe defender la preeminencia de la propiedad social sobre los medios fundamentales de producción;

sin embargo, las condiciones actuales, en las cuales vive y habrá de vivir Cuba, exigen incorporar otras formas de propiedad sobre los medios no fundamentales de producción cuando estos garanticen niveles más altos de eficiencia y empleo.

En nuestra opinión, sería necesario clasificar de nuevo las empresas del país teniendo en cuenta su tecnología, importancia e impacto de su actividad en el resto de las relaciones económicas y su capacidad de generar excedentes. En las actuales circunstancias, el Estado tiene la ventaja de poder establecer la dimensión óptima de cada empresa en correspondencia con la evaluación de cada uno de los factores señalados. Una vez constituidas, y ya funcionando en el contexto de la nueva economía, el Estado retendría la capacidad de fusionar o dividir a través de intervenciones muy discrecionales, las empresas que queden bajo su propiedad en función de las condiciones impuestas por el mercado interno e internacional.

A cada tipo de empresa deben corresponder formas específicas de gestión y grados diferentes de subordinación. Una estructura que de manera muy sintética nos parece válida sería:

- Las grandes y medianas empresas, cuya actividad tiene un gran impacto en el conjunto de las relaciones económicas, debe ser de propiedad estatal (o mixta con capital extranjero en casos imprescindibles), estar centralizadas y directamente subordinada al Gobierno central a través de los ministerios (con estas condiciones debe clasificar una parte relativamente reducida de las empresas existentes). No obstante su carácter centralizado deberían tener un rango de

(8) Para un tratamiento más amplio del desarrollo y problemas actuales de las UBPC, CARRIAZO, G. «Cambios estructurales en la agricultura cubana: la cooperativización», en *Boletín Informativo de Economía Cubana*, n° 18, CIEM, Ciudad de la Habana, noviembre de 1994.

autonomía superior al que han tenido hasta este momento.

- La mayor parte de las empresas medianas, cuya actividad no tiene un impacto de primera magnitud en el conjunto de las relaciones económicas, deben retener también su condición de estatal o mixtas, pero con un nivel mucho más alto de autonomía y descentralización, sin subordinarse al Gobierno central. Rendirían cuenta de sus resultados económicos a las estructuras del Poder Popular en las instancias correspondientes. Deben ser rentables y su orientación respondería en gran medida a las señales del mercado.

- Finalmente, se ubicaría un importante número de medianas y pequeñas empresas, en las que la gran concentración de la propiedad y la administración las haría ineficientes o poco competitivas. Aquí se ubican determinadas producciones industriales, producciones artesanales, diversos servicios y la parte más importantes de la producción agropecuaria. Estas deben funcionar de manera descentralizada y le podrían corresponder diferentes tipos de propiedad: estatal, cooperativa, privada, individual o mixta. Su objetivo básico sería funcionar con ganancia y rentabilidad. Se orientarían fundamentalmente por las señales del mercado, aunque discrecionalmente el gobierno podría imponer topes a algunos precios y presentarle pedidos.

Sin embargo, la principal función del gobierno frente a estas empresas sería crear las condiciones para que operen eficientemente a través de los mercados.

En el caso de las empresas privadas, su crecimiento debe estar sujeto a límites extraeconómicos y regulaciones económicas que impidan el desarrollo de

fuertes procesos de acumulación el contradicción con la esencia socialista del sistema.

Las empresas deben operar bajo la presión de un régimen financiero fuerte que las compulse a sostener su rentabilidad, a la vez un factor fundamental en el nivel de ingresos de sus dirigentes y trabajadores (9). Esto supone un nuevo papel y estructura de la banca en el financiamiento empresarial, y una relación diferente de la empresa con el presupuesto.

La existencia de un régimen financiero fuerte a nivel microeconómico es una condición necesaria para sostener los equilibrios macroeconómicos. A su vez, el sostenimiento de los equilibrios macroeconómicos es condición necesaria para la estabilidad de la gestión empresarial y el logro de objetivos globales de la economía como: crecimiento del producto y del empleo, bajas tasas de inflación y equilibrio externo.

El ingreso de cada trabajador debe tener una relación directa con los resultados económicos de su trabajo y de la gestión de su empresa.

La articulación del sector no estatal haría una contribución importante, aunque no suficiente, al problema del empleo. Respondiendo al principio de protección universal a los ciudadanos, el Estado debe apoyar a todo trabajador temporalmente excedente, pero con una modificación en la política de subsidios. No sería recibido como trabajador a través de la empresa —lo cual arrastra otros gastos y afecta la rentabilidad empresarial—, sino como ciudadano sin ubicación laboral. Este subsidio debería ser sólo una cantidad mínima para cubrir las necesidades básicas, lo que sumado a los principios de salud y educación gra-

(9) Ver GONZÁLEZ, A. «Modelos económicos socialistas: escenarios para Cuba en los años 90», Instituto Nacional de Investigaciones Económicas, Ciudad de la Habana, mayo de 1993.

tuitas, impediría a toda persona caer en situación de marginalidad social, fenómeno corriente y creciente en toda América Latina. Sin embargo, como norma general, los ingresos por subsidios deben ser inferiores a los asociados al trabajo en cualquiera de los sectores de la economía.

La ampliación y desarrollo del sector no estatal parece ser una necesidad impostergable de la economía. Crea el espacio necesario para que se realicen importantes reservas productivas latentes en la población que no pueden colocarse hoy en el sector estatal, sujeto a un proceso de redimensionamiento y recuperación de mayor eficiencia y rentabilidad. Esta es una de las formas que debe contribuir de modo notable a resolver uno de los problemas más delicados con el que ha de coexistir la economía cubana en el futuro: el excedente de la fuerza laboral en el sector estatal. El nuevo sector cooperativo, individual y privado no debe añadirse como un factor coyuntural desarticulado del resto de los sectores económicos, sino que debe estar estructuralmente integrado como parte de una dinámica económica única cuyo eje central debe ser la empresa estatal.

Es obvio que, como hemos señalado, el Estado debe regular su funcionamiento para impedir deformaciones nocivas a los objetivos sociales del sistema.

Otro problema importante es la articulación de la inversión extranjera con lo que debe ser la nueva organización empresarial del país, pues en el momento actual y en las proyecciones futuras, esta constituye un factor relevante que no puede ni excluirse ni minimizarse en cualquier consideración sobre la economía nacional. De acuerdo con el grado de

participación del capital extranjero en la formación de empresas, estas pueden ser mixtas o, de modo excepcional, de propiedad extranjera total.

Debería adoptarse una nueva ley para la inversión extranjera que además de actualizar la legislación vigente, estableciera, junto con el resto de las disposiciones legales en esa materia, un contexto jurídico más transparente y preciso. En nuestra opinión, estas empresas con presencia de capital extranjero en cualquiera de sus variantes, deben cumplir, como generalidad, las mismas disposiciones que se establezcan finalmente para las empresas nacionales.

Un punto central en toda esta problemática es el lugar del mercado y su relación con la planificación como mecanismo de asignación de recursos, regulación y conducción democrática de la economía (10).

La planificación es un instrumento esencial en una estrategia que persiga el desarrollo económico y social del país en el mediano y largo plazos. Debe velar por el sostenimiento de los principales equilibrios macroeconómicos y regionales, y por fortalecer los sectores estratégicos de la economía, así como por los equilibrios sociales consustanciales a la naturaleza del sistema. El mercado, regulado por el Estado, debe compulsar mayores niveles de eficiencia económica sobre la base de un mayor dinamismo y competencia entre los diversos sujetos económicos que coexisten y habrán de coexistir. Pero, obviamente, planificación y mercado no deben relacionarse de *cualquier forma*. Alcanzar la complementariedad necesaria entre planificación y mercado constituye otro de los principales retos a que debe responder

(10) Este punto ha constituido y constituye uno de los componentes esenciales de todo el debate teórico sobre el socialismo desde Marx hasta nuestros días. Una evaluación muy interesante de la polémica histórica y actual sobre este asunto puede encontrarse en SAMARY, K. *Planificación, Mercado y democracia: la experiencia de los países socialistas*, Cuadernos de Estudios e Investigación, n° 7/8, Holanda, 1989.

la reestructuración de la economía cubana. Ello supone, al menos dos cosas: reconocerle a las relaciones monetario-mercantiles un mayor espacio y un papel mucho más activo que el que han tenido en la economía cubana de las últimas décadas y cambiar las formas clásicas de la planificación centralizada practicada en la experiencia histórica del socialismo, incluido el cubano.

A diferencia de lo que con frecuencia ha afirmado la teoría, el socialismo no es la primera de las sociedades no mercantiles sino, en el mejor de los casos, la última de las sociedades mercantiles, su rasgo distintivo no es la eliminación ni la disminución del espacio que objetivamente debe ocupar el mercado. Lo que lo distingue es la supresión de la hegemonía del capital.

El nuevo papel del Estado

La nueva economía a que debe dar lugar la reestructuración supone readecuar las funciones del Estado. Su papel continuaría siendo esencial en la conducción de las variables fundamentales del desarrollo, como garantía del gasto social necesario para sostener los logros alcanzados por la Revolución en esta esfera y como defensor de los intereses nacionales y de la soberanía del país. Sin embargo, las formas en que se ejercerían las funciones necesarias para lograr estos objetivos tienen necesariamente que modificarse al actual sobre una economía y una sociedad más diversas, cuando debe haber ocurrido un proceso de descentralización de la gestión de las empresas estatales, se han articulado formas de propiedad no estatales en determinadas producciones y servicios y donde el mercado ocupa un papel activo en la asignación de recursos en el ámbito microeconómico.

En las nuevas condiciones, el papel hegemónico del Estado deberá ejercerse de una forma mucho más compleja y descentralizada, con mayor énfasis en la utilización de los instrumentos económicos. El gobierno central y los gobiernos locales cumplirían funciones complementarias, estos últimos tendrían un mayor papel en el manejo de los recursos que se generen en su territorio.

Esta es una síntesis de lo que, a nuestro modo de ver, deberán ser las funciones del Estado:

- *Planificador*: conjugaría métodos administrativos e indirectos de planificación. El resto de las funciones estarían supeditadas a ésta. El Gobierno central, con la activa participación de los gobiernos locales, elaboraría los planes a corto y largos plazos. Las grandes empresas que permanezcan centralizadas son un instrumento directo en la ejecución de los planes. Mediante mecanismos económicos y pedidos estatales de determinados surtidos, influye en el resto de los agentes económicos para lograr los objetivos que se proyecten. Planifica las principales proporciones de la economía.

- *Promotor*: fomentaría el desarrollo de ramas o empresas que se prioricen mediante inversiones, política crediticia, aranceles protectores, política impositiva. Así también promoverá el desarrollo de regiones específicas.

- *Regulador*: establece las reglas del mercado: regulaciones antimonopolio, régimen de contrataciones, topes de precios, estándares de calidad, protección al consumidor, regulaciones a la inversión extranjera, régimen de propiedad, sobre la protección del medio ambiente, sobre el salario mínimo y el régimen laboral, sistema de arbitraje. En particular, la regulación estatal del régimen laboral y las condiciones laborales son esenciales en el contexto de un programa

ma económico que trate de evitar o minimizar los efectos negativos de la acción del mercado sobre los trabajadores.

- *Inversionista*: realiza las inversiones en las empresas directamente rectoradas por el Gobierno central. No obstante, en el resto de los sectores productivos podrían realizar también inversiones directas, aún cuando existan empresas descentralizadas y no estatales. Puede también invertir acompañando en el riesgo a las empresas descentralizadas ante un panorama de incertidumbre. Ejecuta las inversiones en infraestructura productiva y social. La licitación de obras puede convertirse en un mecanismo para seleccionar a los ejecutores de las inversiones centrales.

- *Empresario*: actúa directamente como empresario en las empresas estatales centralizadas y descentralizadas. También podrán convertirse en socio de empresas no estatales. Su papel como administrador directo es esencial en las actividades estratégicas.

- *Banquero*: mediante la nueva Banca Comercial y de Desarrollo, manejaría discrecionalmente la política crediticia en el fomento de actividades específicas.

- *Estabilizador*: funcional como estabilizador mediante el manejo de la política monetaria a través de la Banca Central, la política fiscal mediante los impuestos y gastos, la política de controles de precios y salarios, y la política económica exterior mediante las licencias de importación, los aranceles, el tipo de cambio. Todo esto con el objetivo de lograr altos ritmos de crecimiento de la producción y del empleo, evitar alta inflación y mantener la balanza de pagos equilibrada.

- *Redistribuidor*: lleva a cabo la política de redistribución del ingreso mediante impuestos progresivos y subsidios a determinados sectores de la población.

Brinda los servicios de salud y educación, por lo que determina directamente la porción de la renta que se destina al consumo social.

La asunción de estas funciones, algunas completamente nuevas por su contenido, requieren de un Gobierno central y de gobiernos locales de alta calificación.

Como es obvio, lo apuntado hasta aquí está muy lejos de ser un tratamiento completo de los problemas y desafíos presentes en el actual proceso de cambios económicos en Cuba. En esta ocasión, sólo hemos discutido algunas de las cuestiones que consideramos relevantes por el papel central que deben jugar en la restructuración.

Su examen demuestra las complejidades y contradicciones inherentes a las políticas necesarias para superar la actual crisis económica. También es evidente que el problema no se agota con la construcción de un acuerdo más o menos amplio acerca de los perfiles que han de caracterizar la economía cubana en el futuro. Para avanzar en esa dirección existe más de una proposición alternativa posible. El país no debe prescindir de confrontarlas, evaluarlas y asumir las más efectivas. Es aquí donde el debate juega un papel central, como parte del método necesario para articular las mejores decisiones, además de que permite hacerlo con mayor consenso.

En nuestra opinión, hay tres cuestiones que deben estar presentes en el actual proceso de cambios económicos.

- 1) Trascender los cambios parciales y sectoriales y producir modificaciones fundamentales en los mecanismos económicos con que opera el sistema. Se trata, en esencia, de pasar de un modelo de socialismo a otro nuevo.

2) El proceso debe ser integral, dar lugar a un cambio sistémico que articule cada una de sus partes. Esto va más allá de la identificación del total de medidas necesarias implicadas en cada una de las etapas de la restructuración, tiene que ver también con el ordenamiento, el ritmo de ejecución, la simultaneidad y la secuencia que debe existir entre ellas.

3) El debate y la evaluación de todas las alternativas posibles es fundamental en la construcción y ejecución de la restructuración y en las necesarias rectificaciones que, atendiendo a sus resultados, impondrá sobre la marcha un proceso de tal naturaleza (11).

Durante cinco años el gobierno y el pueblo cubanos han realizado un extraordinario esfuerzo por resistir los efectos de la crisis y del bloqueo. Se ha avanzado de manera creativa en la búsqueda de nuevos espacios internacionales y de las nuevas estructuras que deben devolver la viabilidad económica al país. Ese proceso se encuentra en una de sus fases más complejas y decisivas: la inteligencia y la audacia política, que nunca faltaron en la historia de Cuba, deben imponerse una vez más para construir la alternativa necesaria. ■

La Habana, enero de 1995

(11) El alcance de esta afirmación queda explícito en el contenido del Libro Carranza, Gutiérrez y Monreal, *op. cit.*

**COLABORA
CON LA FUNDACION.
HAZTE SOCIO**

Boletín de inscripción en la FIM

Nombre

Apellidos

Domicilio

Localidad

NIF

D. P. Tel.

Se inscribe como socio en la FIM. Forma de pago: cuota de 1.000 ptas. mensuales, que se cobrarán trimestralmente mediante domiciliación bancaria.

Madrid, de de 199...

Firma

Boletín de domiciliación bancaria

Banco/Caja

Agencia

Domicilio

Localidad

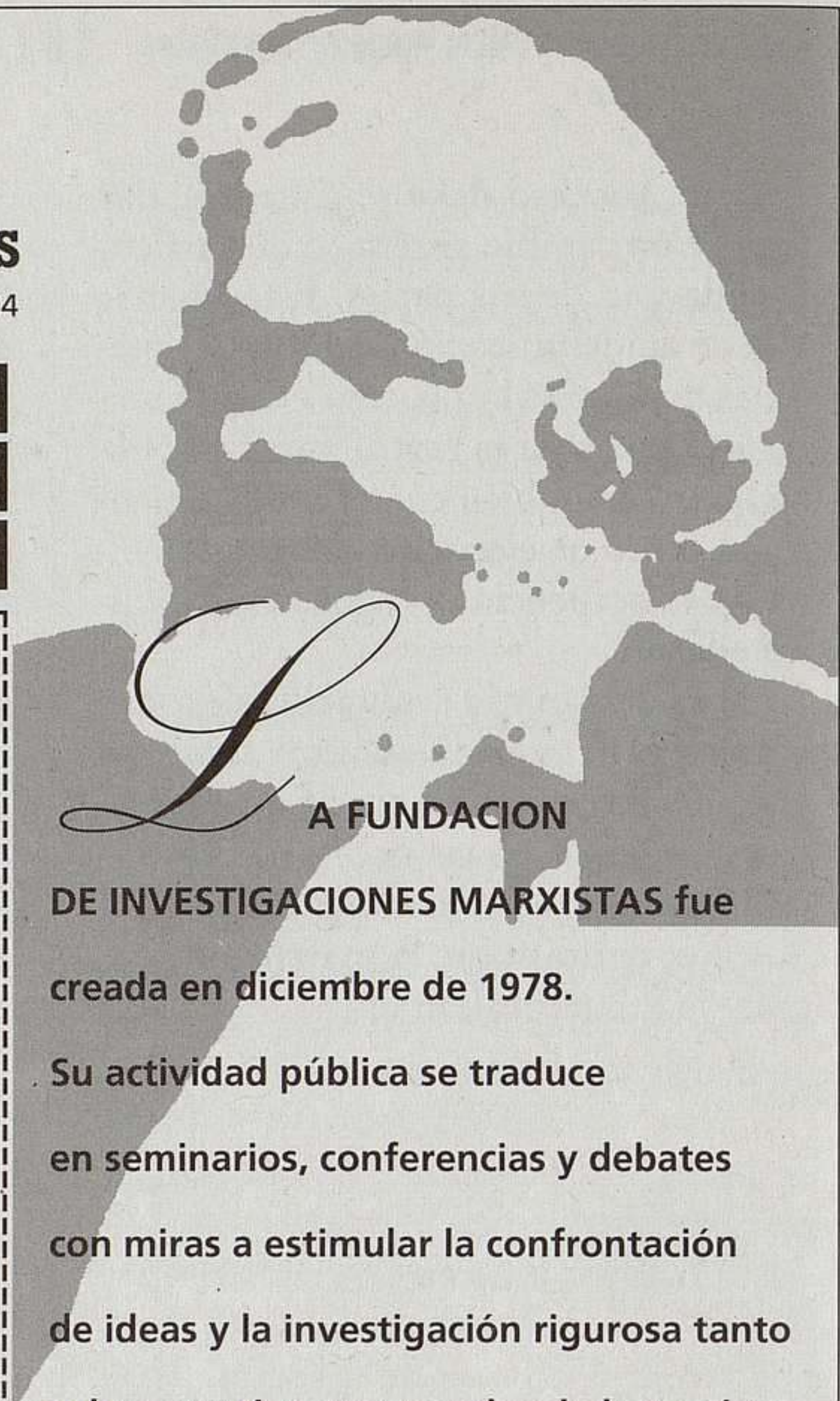
D. P.

Núm. Cta.:

Señor director: les agradecería tomen nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre sean presentados para su cobro por la FIM.

Madrid, de de 199...

Firma



**LA FUNDACION
DE INVESTIGACIONES MARXISTAS** fue creada en diciembre de 1978.

Su actividad pública se traduce en seminarios, conferencias y debates con miras a estimular la confrontación de ideas y la investigación rigurosa tanto sobre cuestiones generales de la teoría, como en lo que se refiere a problemas actuales de orden social, económico, filosófico, político, etcétera.

En su centro de documentación se conservan todos los textos de las conferencias y debates realizados.

La Fundación de Investigaciones Marxistas dispone de una estimable biblioteca marxista y está estrechamente vinculada al archivo histórico del PCE.

Edita la publicación periódica «Papeles de la FIM» y también los resultados más importantes de sus debates.

Mercado y propiedad individual repensados desde la economía política marxista⁽¹⁾

Andrés Varela G.

Una verdad de perogrullo: el socialismo es una sociedad mercantil, basada en la producción de mercancías.

La llamada *Economía Política del Socialismo* plantea que este último se rige por una ley económica fundamental: «La ampliación y el perfeccionamiento ininterumpidos de la producción sobre la base de la técnica avanzada y con el fin de la máxima satisfacción de las necesidades sin cesar crecientes y al desarrollo completo de todos los miembros de la sociedad» (2). Tal afirmación se apoya en que, en toda formación económico-social, es la propiedad sobre los medios de producción la que define el fin de la producción. De ese modo, la propiedad social aseguraría, en esta visión, el propósito enunciado más arriba: «El producto

social, tanto necesario como excedente, pertenece a los trabajadores y se utiliza en interés suyo» (3).

El cambio de la propiedad aseguraría también «acabar con la contradicción fundamental del capitalismo, con la contradicción entre el carácter social de la producción y la forma privada, capitalista, de la apropiación. Por eso el Socialismo no conoce la contradicción inherente al capitalismo entre producción y consumo», eliminándose la posibilidad de la crisis (4). Esto es, se prescinde de la circulación (y del mercado) y la producción pasa a ser directamente, sin conflictos, consumo. La propiedad social lleva consigo, además, «la posibilidad y la necesidad de un desarrollo planificado de la economía nacional [...]. Así como el capitalismo sería inconcebible sin la competencia y la anarquía de la producción

(1) Una primera versión de este artículo fue publicado en la revista *Pluma y pincel* n° 153, noviembre de 1992.

(2) Academia de Ciencias de la URSS, *Manual de Economía Política*, ed. Grijalbo, México 1969, págs. 455-456.

(3) IBÍDEM, pág. 456

(4) IBÍDEM, pág. 457

que acarrear el despilfarro del trabajo social, el socialismo es inconcebible sin un desarrollo plantificado de la economía nacional». Y la conclusión: «El desarrollo planificado, proporcional, de la economía nacional es una ley económica del socialismo» (5).

En suma, citas algo extensas, pero que nos señalan que la *Planificación* es concebida como ley económica de funcionamiento socialista, en contraposición al mercado y sus leyes, como propias del capitalismo (6).

Esto —a mi entender— hay que repensarlo. Y el punto de partido puede ser retomar la visión de Marx respecto de lo que es una producción *mercantil* (7). Su concepción y sus definiciones las encontramos en múltiples partes, pero podemos recordar para los efectos de estas notas, como lo plantea *El Capital*. Su síntesis es la siguiente: «Como unidad de proceso de trabajo y proceso de creación de valor, el proceso de producción es un proceso de producción de mercancías. Y a continuación agrega la diferenciación con la producción capitalista: como unidad de proceso de trabajo y proceso de valorización, el proceso de producción es un proceso de producción capitalista, la forma capitalista de la producción de mercancías» (8).

Marx formula la definición anterior luego de exponer, en los primeros capítulos lo que es la mercancía, cómo circula y cómo el dinero se convierte en capital. Nos muestra que la existencia de la

mercancía es muy anterior al capitalismo: surge del momento en que el hombre vive en comunidad y se establece una división del trabajo. Una parte de la comunidad se dedica, por ejemplo, a la caza, en tanto que otra parte, digamos, al cultivo. Entre ambos grupos se produce un intercambio, inicialmente por la vía del trueque: se establece una proporción entre cierta cantidad de granos o frutas y de pieles o carne. En ese momento circula una mercancía, es decir un producto que se destina, por quien lo produce, no al consumo propio, sino al intercambio. Así el agricultor consigue carne o pieles. Y el cazador, granos y frutas. El producto, cuando pasa a ser mercancía, tiene *valor* en un doble sentido: es un *valor de uso* (porque es útil a las necesidades humanas) y a la vez *un valor de cambio*, por cuanto el productor puede intercambiarlo, en lugar de consumirlo. De allí Marx retoma la teoría del valor de los clásicos de la economía: no es posible intercambiar cosas diferentes (carnes, granos, pieles, frutas) si no tienen algo en común: la mercancía tiene un valor, y argumenta en torno a que éste valor, el contenido común, es el trabajo.

Son nociones muy básicas de la obra de Marx, que probablemente sean familiares al lector. Sin embargo, ¿cómo las aplicamos al Socialismo? ¿Es posible pretender que allí no se organiza la sociedad sobre la base de la producción mercantil? Parece bastante obvio que no es así: seguiremos produciendo sobre la base de

(5) IBÍDEM, pág. 467

(6) «Marx y Engels previeron que en la sociedad socialista, la finalidad de la producción no sería el obtener ganancias, sino el satisfacer las necesidades de la sociedad en su conjunto y de cada uno de sus miembros; que la anarquía de la producción sería desplazada por el desarrollo planificado de la economía social y que en ella regiría el principio de la distribución con arreglo al trabajo.» IBÍDEM, pág. 701.

(7) Podría recurrirse para esta conceptualización a los fundadores de la Economía como ciencia (Fisiócratas, Smith, Ricardo), ya que ellos abordan el tema con rigurosidad. No obstante, hemos preferido aquí, y a lo largo del artículo, recurrir a Marx para intentar enfatizar que es posible, e incluso necesario, repensar nuestras ideas sobre el socialismo al interior del marxismo.

(8) MARX, K. *El Capital*, Tomo I, cap. V.

la división del trabajo, dedicando nuestra jornada laboral a una fábrica, o centro especializado, y generando allí bienes que irán a la circulación de mercancías y serán luego consumidos por otros. A la vez, procuraremos satisfacer nuestras necesidades materiales consumiendo bienes que fueron producidos por otros trabajadores. Dicho en términos de Marx, el socialismo, en cuanto mantiene la unidad del proceso de trabajo y proceso de creación de valor, se basa en la producción mercantil.

La diferenciación con el capitalismo no está en cuanto a que el socialismo produce *mercancías*, sino en cuanto no explota: no hace equivalentes la creación de valor a la valorización del capital. El término de la explotación es el término de la plusvalía, pero no del valor. La primera, la *plusvalía*, es propia del capitalismo, pero la segunda, *el valor*, es una categoría más general, asociada a la mercancía como tal, que surge antes del capitalismo, adquiere formas específicas en él, y seguirá vigente en el Socialismo por cuanto éste es ciertamente un sistema *mercantil*.

La consecuencia de lo anterior es que en el socialismo continuará funcionando la ley del valor, formulada por los clásicos y desarrollada por Marx. Y con ella categorías asociadas como mercado, dinero, etc. El intercambio se producirá a partir del *valor-trabajo*, o *tiempo socialmente necesario* para producir un bien. No basta trabajar y producir, es necesario un reconocimiento social de ese trabajo. «Las mercancías no pueden acudir ellas solas al mercado, no cambiarse por sí mismas. Debemos pues volver la vista a sus guardianes, a los poseedores de las mercancías... es necesario que estas personas se relacionen entre sí como personas, cuyas voluntades moran en aquellos objetos [...]. Es necesario, por consi-

guiente, que ambas personas se reconozcan como propietarios privados (9). La mercancía es vista como una relación social, que enfrenta a compradores y vendedores. En este proceso las mercancías *realizan* su valor. Es un acto que ocurre en la esfera de la circulación, una vez que se ha cumplido la etapa de la producción.

La planificación, apoyada en la propiedad estatal de los medios de producción, puede hacerse (suponiendo que no hay deformaciones burocráticas) calculando y asignando lo más racionalmente posible los recursos disponibles para optimizar los propósitos de satisfacción de las necesidades del pueblo. Puede estimarse muy precisamente el trabajo incorporado de cada producto y acordar formas de intercambio en torno a ese contenido de trabajo. Pero eso no es el valor. Es trabajo incorporado, pero no trabajo *socialmente* incorporado: falta de realización de la mercancía, esto es, el reconocimiento social del trabajo, que se hace, una vez teniendo el producto, por los compradores (consumidores) y no por los vendedores (productores). La planificación, cuando no tiene errores ni deformaciones es, a lo más, un *ex antes*, un suponer y estimar cuál será la demanda. El mercado, el enfrentar a compradores y vendedores, aporta el *ex post*, el reconocimiento de que lo ejecutado responde a valores de uso (calidades, oportunidades, localizaciones, etc.) y valores de cambio (comparable a productos similares y/o sustitutos). Es el reconocimiento social del trabajo, la realización del valor.

Cuando los tiempos eran más o menos dramáticos, como al momento de reconstruir el país, o durante e inmediatamente después de la segunda guerra mundial, el *ex antes* y el *ex post* se acercaban mucho, al punto de ser obvio: si se tiene hambre o frío o se requiere un techo, a

(9) *IBÍDEM*, capítulo II.

nadie le importa comer todos los días repollo, ni el color o el corte del abrigo, o el tamaño y la distribución de las piezas del departamento que habita. En el período de escasez extrema, esas son cuestiones que pasan a segundo plano, y es bastante más claro que el trabajo incorporado calculado por la Planificación, coincida con el reconocimiento que de él hace el consumidor. Otra es la situación cuando la complejidad de la economía aumenta, cuando la diversidad de calidades y sustitutos aumenta, cuando no se trata de satisfacer necesidades básicas solamente y cuando, por añadidura, hay una vitrina expuesta al mundo con una enorme oferta (es decir cuando empieza a operar además del valor local, el valor a nivel internacional). En tales circunstancias, al imponer administrativamente la Planificación, se producen distorsiones cada vez más graves en los precios, desproporciones en los stocks, deterioro generalizado de la calidad y en definitiva de la eficiencia económica.

Observemos que la diferenciación *ex-antes* y *ex-post* ocurre independientemente del supuesto que hemos adoptado de una Planificación sin errores y sin distorsiones burocráticas. Se basa en el hecho simple de que la mercancía es una relación social en la que los intereses objetivos de quien produce (y vende) y de quien consume (y compra) son diferentes. En economía ello da origen incluso a dos teorías diferentes (la de la firma y la del consumidor). Si adoptamos, sin embargo, un criterio que ciertamente resulta más realista, en el sentido que no sólo son posibles, sino frecuentes grandes distorsiones en la Planificación, es claro que el distanciamiento entre el productor y el consumidor, el reconocimiento social del trabajo, y finalmente la realización de la mercancía, pueden originar una anarquía incluso mayor que la generada en el mercado capitalista.

Lo que ha pasado es que la ley del valor es un funcionamiento objetivo, que deriva del carácter mercantil del sistema, en tanto que la Planificación es un mecanismo impuesto subjetivamente, por el poder. Al tratar de suprimir el mercado, éste surge bajo diversas formas, como mercados parciales, como mercados ilegales o paralelos, o como simple y vulgar corrupción o deformaciones burocráticas. La ley del valor, sigue actuando, como en física la ley de la gravedad, más allá de la voluntad del poder político que prohíbe sus manifestaciones. Ocultar una ley objetiva, es como pretender tapar el sol con una mano. La pretensión de suprimir el mercado, y con ello suponer que en el Socialismo no habría crisis, porque se habría suprimido la contradicción entre producción y consumo (como indica la cita señalada más arriba), es una ilusión; más que un error teórico, es puro subjetivismo, no científico. En efecto, la identidad de producto y consumidor expresada en la propiedad estatal de los medios de producción introduce de hecho un supuesto muy poco sensible: un estado y el poder a él asociado, al margen de las clases.

Más allá de los innegables aportes y méritos diversos que ha tenido la llamada «Economía Política del Socialismo», en este aspecto, por cierto nada secundario, hay que repensarla y reformularla.

La propiedad individual no se agota en el capitalismo. Al contrario: es la base del funcionamiento socialista

Aunque el discurso teórico, como hemos anotado, pretendió oponer el Mercado a la Planificación, en la mayor experiencia histórica de Socialismo (la URSS y Europa oriental), hubo de hacerse intentos de incorporarlo, respondiendo al funcionamiento objetivo de la ley del valor. De he-

cho, a partir de fines de los años cincuenta se abren una serie de debates sobre el carácter mercantil del sistema y las categorías a él asociadas (10). Y que la discusión no se ha terminado lo muestra por ejemplo el XIV Congreso del Partido Comunista de China, que debatió el balance de las reformas iniciadas en 1978 por Deng Xiao Ping, y aplicadas especialmente desde 1987. Según la versión de prensa, Jiang Zemin propuso en su informe «abandonar la planificación económica del sistema socialista, que después de haber jugado su papel en la historia de China no satisface ya las demandas de la modernización y el desarrollo... Es indispensable, —añadió—, seguir ampliando el papel de los mecanismos de mercado para poder optimizar la estructura de nuestra economía, elevar su rentabilidad, acelerar el crecimiento y participar en la competencia internacional» (11). No es posible en una nota como ésta resumir el conjunto de planteamientos expuestos en éstas discusiones y experiencias concretas. Quisiéramos detenernos, sin embargo, en un aspecto que parece sustancial, en cuanto substrato del propio mercado: el problema de la propiedad.

Retomemos nuevamente el planteamiento original de Marx. Quizás una de las citas más socorridas es aquella que nos indica que con el Socialismo «ha lle-

gado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores serán expropiados». Menos conocido resulta sin embargo el contexto general en que se hace esta afirmación. En efecto, en el párrafo siguiente Marx explicita: «La propiedad privada capitalista es la primera negación de la propiedad privada individual, basada en el trabajo propio. Pero la producción capitalista engendra, con la fuerza inexorable de un proceso natural, su propia negación. Es la negación de la negación. Esta no restaura la propiedad privada, sino la propiedad individual basada en lo alcanzado en la era capitalista: la cooperación y la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción producidos a través del trabajo mismo» (12).

Sucede con la propiedad privada algo análogo a lo que analizábamos respecto de la mercancía: existió antes del capitalismo (asociada al surgimiento del excedente social), adquirió características especiales en el capitalismo, negando a la *propiedad privada individual*, y en el sistema Socialista, que reemplazara al capitalismo, nuevamente resurge de un proceso de negación, pero esta vez para restaurarla no como antes, pero sí como propiedad individual. Observemos que Marx hace el contraste entre lo privado y lo social, y separadamente entre lo in-

(10) Baste recordar la NEP de Lenin, la autogestión yugoslava, especialmente después de la *privredna reforma* de 1965, la escuela polaca encabezada por O. Lange y M. Kalecki, la polémica en Cuba entre el Che (apoyado a su vez por Bethelheim), los diversos intentos de reformas económicas de fines de los sesenta y comienzo de los setenta, en especial en Hungría (Csikós Nagy), y por último el mayor esfuerzo, aunque tardío, implementado en la URSS con la Perestroika.

(11) *La Epoca*, 13 de octubre de 1992, página 4.

(12) MARX, K. *Das Kapital*, Erster Band, 24. Kapiel, VII Abschnitt, Dietz Verlag, Berlín, pág. 791. Traducción del autor. Hemos preferido tomar directamente el texto en alemán, debido al tratamiento confuso que se hace en la traducción española de W. Roces (ed. Fondo de Cultura Económica) de conceptos y distinciones relevantes para los efectos de éste artículo. Nos referimos en especial a la expresión alemana de *privateigentum*, *propiedad privada*, que en el original es una sola palabra y en nuestro idioma son dos. De ese modo al adjetivarla como *individuelle privateigentum*, en español sería literalmente *propiedad privada individual*: lo que en alemán es un sustantivo con un adjetivo, resulta en español un sustantivo con dos adjetivos que al traductor parecieron redundantes, identificando *privado* con *individual*. Es posible que por esa razón haya preferido utilizar uno y otro según el párrafo. La distinción, sin embargo, es relevante para lo que se expone en estas notas.

dividual y lo capitalista. En este último opone la posesión individual de medios de producción y de las demás condiciones de trabajo a la posesión de ellos de manera capitalista. Textualmente: «Según sean esa gente privada trabajadores o no-trabajadores, tiene la propiedad privada otro carácter» (13). Se refiere a la propiedad privada individual de artesanos, pequeña empresa, etc, en que los trabajadores son propietarios de sus medios de producción vs. la *propiedad privada capitalista*, producto de la manufactura y luego del desarrollo de la gran industria en el capitalismo.

El otro contraste es entre lo *privado* y lo *social*: el desarrollo del capitalismo aporta una acelerada socialización de las fuerzas productivas, a la que va aparejada una centralización del capital. De ese modo la socialización del trabajo termina por hacer explotar el carácter privado, pero no el carácter individual, de la propiedad. La negación de la negación que ocurre con el desarrollo capitalista es justamente la restauración de la *propiedad individual*, pero no ya *privada*, sin *social* o *colectiva*; una restauración de lo individual, que ahora tiene características diferentes: se basa en la cooperación y la posesión colectiva de la tierra, propias de la socialización de las fuerzas productivas.

Vale la pena entonces que reflexionemos sobre la propiedad individual que subsiste no como una rémora capitalista, como algo que desaparecerá con el tiempo, sino como la base misma de la propiedad en el socialismo. Una negación de la propiedad privada que afirma al individuo, a la persona, pero en cuanto solidaria, en cooperación con el resto

de la sociedad. Subrayemos: no es la *propiedad social*, sino la *propiedad individual cooperativa*, la base del sistema alternativo.

Al respecto permítasenos algo de exégesis. Marx se refiere a este proceso de negación de la propiedad privada con la expresión alemana de *aufhebung*, lo que literalmente significa *alzamiento* o *levantamiento*. Traducido más en concordancia con el contexto, esta expresión tiene dos significados en español: sería la *supresión* de la propiedad privada y/o la *superación* de ella. La distinción se hace en la versión inglesa de *El Capital*, redactada por Marx, donde se utilizan los dos términos diferenciadamente: *set aside* por suprimir o anular y *put by* en el sentido de superar, de pasar a otra etapa.

Esta misma diferenciación es explícita en Hegel (14), quien se queja de la ambigüedad del idioma alemán al respecto, impidiéndole diferenciar cuando esa negación se hace destruyendo lo viejo pero para construir algo superior, es decir cuando la negación es positiva (*superar*). Si se analizan los *Manuscritos* (15), el texto en que más largamente Marx analiza este doble sentido de una negación en las contradicciones, es evidente que sigue la tradición hegeliana. En efecto, Marx se refiere a una visión de *comunismo grosero* como aquel que utiliza la negación sólo para reemplazar lo *privado* por lo *universal*: «Al negar la personalidad del hombre en todas las facetas, este tipo de comunismo no es en realidad otra cosa que la consecuencia lógica de la propiedad privada así negada [...]. El comunismo grosero sólo es la consumación de esta envidia y de la nivelación por parte de un mínimo preconcebido». Nada más

(13) IBÍDEM, pág. 189 (traducción del autor).

(14) Hegel, *Encyclopedia*, traducida por WALLACE, W. *The Logic of Hegel*, ed. Oxford University Press, Oxford, 1968. Cap. VII, párrafo 96.

(15) MARX, K. *Manuscritos Económico-filosóficos de 1844*, ed. Cultura Popular, México 1976. Cfr. especialmente el tercer manuscrito.

lejos de la visión de Marx que el comunismo como un igualitarismo y la supresión de la persona. Por el contrario, el planteamiento es de que «el comunismo es la superación positiva de la propiedad privada como autoenajenación humana [...] como retorno completo del hombre hacia el hombre como ser social (es decir, humano)». Marx se referirá en múltiples textos (16) a la superación de la propiedad privada como base del término de la explotación y la instauración de una sociedad socialista, pero no siempre la traducción en español se ajusta al sentido indicado.

¿Cómo fue visto el problema por la Economía Política del Socialismo? En términos teóricos, pero también prácticos, esta concepción llevó a una liquidación de la propiedad privada de los medios de producción y a una estatización de la propiedad en nombre de la sociedad, identificándose, en la práctica, la anarquía y el mercado con lo privado y la planificación y lo racional con lo estatal. Si se toleraban algunas empresas pequeñas o cooperativas campesinas, era como una situación provisoria, intermedia, una especie de residuo histórico que debía paulatinamente desaparecer. Siguiendo la argumentación de Marx en los *Manuscritos*, podría argüirse que además, en este error teórico se funda incluso toda una concepción errónea de la relación del individuo con la sociedad, y por ende de la relación de la persona con el Estado.

A estas alturas parece ya bastante evidente que propiedad social, en los términos que fue planteada, no necesariamente es propiedad estatal. Mas bien esta última corresponde a una de las formas más extremas de la propiedad donde justamente tiende a minimizarse al individuo, y donde la crítica de Marx al igua-

litarismo de un comunismo grosero parece más fácilmente aplicable. En tal sentido, al repensar el proyecto socialista tendremos que analizar formas alternativas a la propiedad estatal que, aunque no se elimine del todo, no sería en ningún caso la forma generalizada del sentido de lo colectivo o cooperativo en la propiedad. Hay ciertamente una variedad de formas intermedias de socialización de la propiedad en comunidades y grupos sociales menores que la nación, más cercanos a lo que nos interesa: una relación directa entre la propiedad individual y la cooperación, como base del socialismo.

No podemos perder de vista que lo central, en la propuesta de Marx, es la restauración de la propiedad *individual* es decir el que el hombre, el trabajador, no pierda la *posesión del propio trabajo*, de lo que produce como *individuo*. Cobra así pleno sentido la expresión *a cada quien según su trabajo*: es el término de la enajenación, la restauración del rol del individuo y por tanto de la persona. En otros términos, el hombre socialista es un hombre profundamente mercantilizado, que no acepta perder la posesión del trabajo propio. La superación de la propiedad privada se dará, en consecuencia, de modo de poder apropiarse directamente del trabajo necesario (recibiendo un salario justo), pero sin perder la posesión del trabajo excedente, aunque éste se destine a la cooperación, en conjunto con el resto de la sociedad.

Parece clave esta visión respecto de la propiedad: la restauración de la propiedad individual que Marx identifica con el fruto del trabajo propio, abarca también al producto excedente, destinado a medios de producción. En este aspecto hay diferencias importantes respecto de quienes, al interior del debate socialista,

(16) En el *Manifiesto*, en los *Grundrisse*, en la *Crítica al Programa de Gotha*, en la *Crítica al programa de Erfurt*, etc. además de los dos textos citados más arriba, en los que desarrolla el concepto más ampliamente.

planteaban incluso la afirmación de las categorías mercantiles, pero respecto de la propiedad, se aceptaba sólo como un elemento histórico o relacionado con el atraso de las fuerzas productivas, en todo caso transitorio (17). Es más: el individuo no sólo es concebido como propietario del trabajo excedente, sino además de la tierra, que podemos interpretar como de la renta en general. Es decir, aquellos medios de trabajo y materias primas que no tienen valor, o trabajo humano incorporados, pero que el capitalismo ha asignado en propiedad a un puñado de propietarios el socialismo los dejaría bajo la propiedad individual, con un sentido de la cooperación.

Tal visión del problema, coloca de modo muy diferente la relación de plan y mercado que nos ocupa: en cuanto el primero expresa cooperación y posesión colectiva, negando el capitalismo, y el segundo expresa propiedad individual, superando el capitalismo en cuanto alcanza a todo aquel que trabaja. Socialismo implica, por tanto, ambos elementos: no la liquidación, o minimización de uno —anatemizando de anárquico— en función del reemplazo por otro, imaginado como ley fundamental del desarrollo. Hay que trabajar en la idea de que tanto el mercado como el plan son procesos contradictorios: en el primero se va desarrollando la contradicción valor de uso vs valor de cambio: el reconocimiento social del valor del trabajo individual. Caben allí, por tanto, un conjunto de categorías que se desarrollaron en el capitalismo y que en su momento fueron expresión de progreso de la humanidad.

Pero, al mismo tiempo, surge en el nuevo sistema una nueva contradicción entre el empleo individual o social del exceden-

te, o entre la forma de la ganancia individual (*propiedad privada capitalista*), y la forma de la cooperación (*propiedad individual cooperativa*): es el reconocimiento individual de la necesidad social. En efecto: la negación de la propiedad privada capitalista se da para recuperar la propiedad individual, pero con este nuevo sentido de cooperación, no de lucro. Enfatizamos: no es privada en el sentido de ganancia, sino que es individual pero para ser vertido a la posesión colectiva. Es, dicho sucintamente, la contradicción entre el empleo individual y colectivo del trabajo excedente. Ello se da justamente en la planificación, como un desarrollo contradictorio.

En resumen, la base del nuevo desarrollo es ese cambio de la propiedad, porque el individuo será ahora poseedor individual y social a la vez y, en consecuencia, toma, libremente, decisiones en ambos planos. Así, repensar el socialismo nos lleva, en un sentido profundo y esencial, a la ampliación de la democracia. Por otra parte, estas decisiones, obviamente no tienen porqué conducir a un equilibrio, más aún, son contradictorias. Plan y mercado son por tanto, procesos de ajustes continuos y, en tal sentido, nudos básicos de la regulación. Debemos abandonar la idea de una economía como la que imaginó la neoclásica y el liberalismo respecto al equilibrio económico automático por el mercado, así como la ilusión de la economía política del socialismo, que soñó con la eliminación de las crisis en base a la racionalidad de una planificación. Pero sobre ello —democracia socialista y sus bases económicas a partir de la regulación socialista— tendremos que volver en otra ocasión. ■

(17) Los procesos de transformaciones en Cuba, Vietnam y China —por lo que conocemos de ellos— no acompañan a la implantación masiva de los mecanismos de mercado, una reflexión teórica sobre los problemas de la propiedad. Se opera de hecho con la incorporación a la economía de importantes propiedades transnacionales (propiedad privada capitalista) en el turismo y en la producción misma, pero no se buscan formas de desarrollo de la propiedad individual. De ese modo los mecanismos de mercado introducidos, riesgan más bien de ser una regresión al capitalismo que propiamente la instauración de un *socialismo de mercado*, como lo proclaman los comunistas chinos.

UTOPIÁS

A VUELTAS CON LOS CLASICOS

José Díaz, un gran revolucionario

Luis Balaguer Securún

Si tenéis la ocasión alguna vez de visitar la ciudad de Tbilisi, capital de la República de Georgia, que se extiende en la vertiente meridional del Caúcaso, antiguo reino de Iberia, el cual alcanzó un gran esplendor ya en los siglos que precedieron a la era cristiana, podréis contemplar en el cementerio municipal una tumba en mármol negro, en la que destaca en primer plano, en proporciones mayores a las naturales, la figura de un luchador enarbolando una bandera con la mano derecha y cerrando el puño con la izquierda, en cuyo epitafio puede leerse en georgiano, en ruso y en castellano lo siguiente: «Jose Díaz –Dirigente del Partido Comunista de España y del Movimiento Obrero Internacional.»

José Díaz Ramos, Secretario General del Partido Comunista de España, se suicidó en vísperas de cumplir los 48 años, el 20 de marzo de 1942, después de sufrir tres intervenciones quirúrgicas que no pudieron atajar el cáncer de estómago que venía sufriendo desde hacía años.

José Díaz parecía mayor de lo que en realidad era por el cansancio y su esta-

do de salud, con un rostro alargado, moreno y pensativo; abandonó el mundo ligero de equipaje, como su santa madre le alumbró, con la cabeza erguida, convencido de haber cumplido con su deber de revolucionario, pero angustiado por dolores físicos y lleno de dolor por las terribles desgracias que se habían cernido sobre su pueblo bajo el imperio de una sangrienta dictadura que no había conocido la historia de España, con su entrañable partido troceado por todo el planeta y en medio de la gran batalla que se librara en aquel terrible invierno de 1941-1942, entre las tropas hitlerianas, que dominaban a la sazón casi toda Europa, y los pueblos de la antigua Unión Soviética, que tan heroicamente luchaban cerrándoles el camino a las puertas de Moscú y asestándoles más tarde una histórica derrota en los accesos de la célebre ciudad de Stalingrado, precursora de la capitulación del fascismo en 1945 y que José Díaz tuvo la desgracia de no poder contemplar.

José Díaz se había visto obligado a trasladarse a la hoy extinta URSS a principios de 1939, para sufrir una tercera

intervención quirúrgica. Cuando finalizada la guerra en España llegamos a ese país los primeros grupos de emigrados españoles y extranjeros que habíamos combatido en las filas republicanas, allá a finales de abril y en el transcurso del mes de mayo de 1939, José Díaz había mejorado mucho y se encontraba reponiéndose en un sanatorio de los alrededores de Moscú (Barbija), pero su estado continuaba siendo delicado e inquietante.

Como es sabido, en el transcurso de la contienda española y procedentes de distintos puntos de España, especialmente del Norte, habían llegado a Rusia cerca de 5.000 niños y adolescentes de distintas procedencias.

Los adultos, cerca de un millar, mandos del Ejército Popular, dirigentes del partido y de otras organizaciones, intelectuales y sus familias, llegaron a la hoy extinta URSS a finales de abril y en el transcurso del mes de mayo, pese a que los alemanes habían empezado a poner obstáculos al acceso de barcos soviéticos al Mar Báltico, obligando a numerosos destacados comunistas a seguir vías distintas para poder llegar a Rusia.

Así pues, la emigración española adulta fue limitada debido a las graves circunstancias internacionales, siendo concertada entre parte de la dirección del PCE, situada en Francia, y el Gobierno de la URSS y seleccionada por una comisión creada al efecto. Decimos limitada si la comparamos con las cifras dadas por aquel entonces: de 453.000 españoles, de ellos 270.000 combatientes, por la Universidad de Oxford en 1939 o las que proporcionó a la sazón el presidente vasco José Antonio Aguirre, de 150.000 expatriados por la campaña del Norte sólo entre mayo y octubre de 1937. Tales cifras dan una idea, aunque sea sólo numérica, de la tragedia española.

Antes de que se iniciara la emigración adulta a Rusia habían llegado a Moscú varios altos dirigentes del PCE; otros habían quedado en Francia y en el Norte de África, y un buen número en la propia España. Entre los llegados a la URSS se encontraba Dolores Ibárruri y representantes de la Internacional Comunista en España, no faltaban quienes discrepaban acerca del trágico fin de la guerra española, sobre todo en torno a la sublevación del coronel Casado en la zona Centro y a las posibilidades de haber proseguido la resistencia en la republicana al desaparecer el frente de Cataluña, caer éste en manos de Franco e impedir el gobierno francés el traslado a dicha zona de las unidades republicanas, que fueron encerradas en campos de concentración, custodiadas por tropas coloniales senegalesas.

Es conocido que en torno al fin de la guerra española el Secretariado de la Internacional Comunista convocó en Moscú una reunión de dirigentes del PCE y de la IC, a la que asistieron por lo visto Dimitrov, Manuilski, Togliatti, Guere, Stepanov, Dolores Ibárruri, Pedro Checa, José Antonio Uribe, Jesús Hernández y otros. A esas reuniones no pudo asistir José Díaz debido a su delicado estado de salud, siendo informado regularmente de ellas.

Las reuniones transcurrieron, pues, durante cerca de un mes y se puso punto final a las mismas —según parece— sin que se llegara a un acuerdo. El tema en el que surgieron mayores discrepancias entre los participantes a las mismas fue el punto sobre el final trágico de la contienda española, decidiendo poner término al debate sin ninguna conclusión concreta.

Como hemos hecho referencia, rota la unidad del Ejército Popular a causa de la sublevación en la zona Centro de la España republicana, mandada por el coronel Casado y divididas las fuer-

zas políticas por la secesión de los socialistas Julián Besteiro y Wenceslao Carrillo, en unión de los anarcosindicalistas y algunos republicanos, las posibilidades de resistencia durante algunos meses en espera de un cambio de política de las llamadas potencias occidentales o el estallido de la Segunda Guerra Mundial, se habían esfumado, según algunos mandos militares y dirigentes comunistas, opinando que no se podía contraer la responsabilidad de una nueva y postrera carnicería que recayera sobre las espaldas del Partido Comunista.

Estas diferencias en cuanto a las presuntas responsabilidades del fin de la guerra y la enfermedad de José Díaz, hicieron aflorar en cabezas ambiciosas y aventureras, como la de Jesús Hernández y un grupo formado en torno a él, una lucha soterrada y a veces abierta, por apoderarse de la Secretaría General del Partido Comunista de España.

El Secretariado de la Internacional, sin estar ajeno a esas ambiciones abiertas o soterradas, suspendió las citadas reuniones, exigiendo a cada uno de los integrantes de la citada reunión que elaborasen cada uno de ellos una carta con sus opiniones y conclusiones y se entregara al secretario de la misma. A la vez se hizo una distribución de tareas del Secretariado, atribuyendo a José Díaz las responsabilidades de los sectores de España, La India y países latinoamericanos; a Dolores Ibárruri las tareas de propaganda en cuanto a España y la dirección de la emigración y la concesión a Jesús Hernández (1) el estatus de corresponsal internacional, con toda una serie de prebendas ajenas a su nuevo cargo, para saciar sus desmedidas ambiciones, que fueron aprovechadas deshonestamente por éste

para tratar de captar a su favor a algunos honestos, pero incautos militantes, en sus aspiraciones desmedidas a la Secretaría General del Partido.

Cómo se recuerda, en agosto de 1939 se produjo el sorprendente viraje en la política internacional de la Unión Soviética, suscribiéndose el «Pacto Germanosoviético», al que siguió en septiembre del mismo año el «Tratado de Amistad entre ambas potencias», trastocando la orientación de los partidos comunistas del mundo entero, sobre todo la del Partido Comunista de España, tanto dentro del país como en la dispersa emigración española a escala mundial, que, a fin de cuentas, fue una parte aceptada ante la confianza que inspiraba a la sazón la URSS y Stalin.

En estas nuevas circunstancias la Internacional Comunista, como se recordará, se autodisolvió el 10 de julio de 1943. En sus 25 años de existencia desarrolló «una enorme actividad por la unidad de acción de todos los destacamentos del movimiento obrero mundial, en el espíritu de la comunidad de intereses de los trabajadores del mundo en la formación de sus dirigentes, pero la acusación de la instrumentalización de la IC al servicio de la política exterior de la URSS, que hacía especialmente Goebels, llevó a su disolución» (2). En noviembre-diciembre de 1943 tuvo lugar la famosa Conferencia de Teherán, en la que, por fin, se fijó la fecha de apertura del segundo frente en la Segunda Guerra Mundial.

Pero la realidad fue que la Internacional, conseguida la mayoría de edad de los partidos comunistas, entre ellos tan importantes como el español, el francés, el alemán y otros, con mino-

(1) Jesús Hernández fue expulsado del partido en 1944 por su labor fraccional, quien intentó incluso formar un nuevo Partido Comunista en Belgrado.

(2) FOSTER, W. Z., *Historia de las tres Internacionales*. Nueva York, 1955

rías parlamentarias e incluso con representación gubernamental, como el nuestro, no tenía ya razón de ser, y más bien representaba un obstáculo en las difíciles circunstancias internacionales en las que tenían que desenvolverse.

De otro lado, debido a la imposibilidad de reunir en aquel entonces a los miembros de los órganos superiores del PCE, dispersos por todo el mundo o perseguidos como alimañas dentro y fuera de España, no se conoce ningún documento oficial del partido en torno al fin de la guerra española y a las particularidades e incidencias que la acompañaron. Sólo se conocen artículos personales y libros —entre ellos algún boletín sin interés histórico— de diferentes ex dirigentes comunistas.

José Díaz no dejó más legado que su vida revolucionaria por la emancipación de la clase obrera, por la democracia en el socialismo. Consideraba que la derrota del pueblo español en 1939 no era más que una derrota temporal, pues no podían desaparecer las causas por las que con tanto tesón y sacrificio había luchado el pueblo español durante tres años.

En las postrimerías de su vida, José Díaz escribió un largo artículo titulado «Las lecciones de la guerra del pueblo español» en el que después de hacer un amplio examen de la contienda, de sus causas, incidencias a lo largo de tres años, hacía un juicio crítico de la actuación de las fuerzas políticas que defendieron la República Española frente al fascismo indígena, coaligado con el de Alemania e Italia, y de los propios comunistas, pese a su heroísmo sin par, en el que se dice, entre otras cosas, lo siguiente: «Las actividades del Partido Comunista de España, especialmente durante la guerra, le ganaron el amor y la confianza de las

masas y el resultado se tradujo en un considerable aumento del número de sus miembros (de 100.000 miembros en toda España antes de la guerra a 300.000 en el territorio republicano sólo durante la guerra). Pero el Partido Comunista tenía sus puntos débiles. En su esfuerzo por mantener unido el Frente Popular no previno a tiempo al pueblo que los representantes de otros partidos y organizaciones estaban usando el Frente Popular como una careta para sus traidoras actividades. Preocupado principalmente de la situación del frente en vista del inevitable ataque del enemigo, descuidó de movilizar a las masas contra los traidores y no aplastó la rebelión traicionera, aunque tenía a su disposición las fuerzas necesarias. Pero en cambio, de todas estas deficiencias, el partido cumplió sin vacilación y abnegadamente su deber para con el pueblo español y el proletariado internacional» (3).

Pero prosigamos, como es bien sabido, los expatriados españoles en la URSS, adultos, adolescentes y niños, se vieron de pronto en medio de la vorágine que desencadenó la Alemania hitleriana una vez finalizada la guerra de España, al atacar pérfidamente a la Unión Soviética el 22 de junio de 1941 en un amplio frente que se extendía del Mar Báltico al Mar Negro, adentrándose en las tres primeras semanas entre 400 y 600 kilómetros en el territorio soviético y, en poco más o menos cuatro meses, las tropas hitlerianas, coaligadas con otras de países fascistas, llegaron a las puertas de Moscú a costa de perder 135.000 hombres, según el propio Estado Mayor de las fuerzas de tierra alemán, inflingidas por las unidades soviéticas y por los heroicos destacamentos guerrilleros que se formaban cuando sus ciudades y pueblos eran invadidos por el enemigo.

(3) *Nuestra Bandera*, México, julio de 1940.

La crítica situación creada por el avance de los ejércitos alemanes en amplias zonas del país obligó a evacuar de sus respectivos lugares de residencia a los expatriados españoles. Los internados infantiles, sitos en distintos lugares de la geografía soviética, fueron evacuados a diferentes ciudades al oeste de los Montes Urales, menos el de Leningrado, hoy San Petersburgo, que quedó sitiado por las tropas hitlerianas y que sólo pudieron liberarse y dirigirse hacia el sur del país cuando las tropas del Ejército soviético levantaron el cerco. El internado de jóvenes fue evacuado todavía más lejos, después de un viaje por ferrocarril de cuarenta y un días, a Samarcanda, en Asia central, patria del célebre caudillo Tamerlán.

En cuanto a los emigrados adultos todos quisieron proseguir la lucha contra el fascismo con las armas en la mano; unos pocos se incorporaron a los guerrilleros, los que estudiaban en la Escuela Frunze quedaron incorporados al Ejército Rojo, el mismo camino siguieron un grupo de aviadores, en fin, todos quisieron proseguir el combate contra el mayor enemigo de la civilización de aquella época.

A propuesta del Secretariado de la Internacional, Dolores Ibárruri, junto con otros dirigentes de la misma, fueron evacuados a la ciudad de Ufa, cerca de los Urales, la capital de la República Autónoma de Bashkiria, poblada principalmente por bashkirios, rusos y tártaros; otras parte de dirigentes extranjeros se instaló en la ciudad de Kuibishev (hoy Samara) y José Díaz a Tbilisi, capital de la República de Georgia, región templada, bien abastecida, con buenos medios médicos y, sobre todo, en la profunda retaguardia, lejos de los avatares de la guerra, junto con su esposa Teresa, de grato recuerdo para todos los que la hemos conocido y que

reunía, como su esposo, las mejores virtudes del pueblo andaluz.

Como sabemos, José Díaz nació el 27 de abril de 1894, era andaluz de pura cepa, de Sevilla, de la Andalucía latifundista y terrateniente, de los campesinos sin tierra, de los braceros condenados a dar unas cuantas peonadas al año y a un paro intermitente; pero también de una zona de España de gran tradición revolucionaria, de rebeliones del proletariado agrario, motivadas por crisis de desesperación de los hambrientos y oprimidos.

A la par de rebeliones campesinas en su lucha por la tierra y el pan, se fue creando en Andalucía un incipiente movimiento obrero, explotado no tanto por el capitalismo como por el poco desarrollo de éste, que culminaba en grandes huelgas ferozmente aplastadas por los gobiernos de turno de Madrid.

Se dice por algunos historiadores españoles que el hombre bético se inclinaba más al anarquismo que hacia el socialismo; pero sin meternos en honduras para dirimir la cuestión, recordemos que cuatro años después de constituirse la Asociación Internacional de Trabajadores en 1864, es decir, más de 40 años después que el diputado a Cortes, Joaquín Abreu, amigo del propio Charles Fourier importara a nuestro país las teorías falansterianas, don José Fanelli vino a España a organizar las fuerzas obreras para agruparlas en torno a la colectividad naciente, a despecho de que don Práxedes Mateo Sagasta, presidente del Gobierno a la sazón, dictara el 17 de enero de 1872 una orden de disolución de la Internacional.

Pero nada podía oponerse ya al inicio de una Asociación Internacional de Trabajadores. A este respecto recordaremos que el 9 de septiembre de 1872, en el Congreso de la Haya, se produce la ruptura final entre Carlos Marx y Mi-

guel Bakunin, es decir, entre el socialismo y el anarquismo a secas, poniéndose en ese momento histórico las secciones andaluza y catalana del lado de Bakunin, celebrándose unos meses más tarde, en diciembre del mismo año 1872, en Córdoba, el primer Congreso anarquista andaluz que registra la historia.

Sobre la influencia que llegó a tener el llamado «asociacionismo» en Andalucía, es curioso recordar el artículo de Leopoldo Alas, como corresponsal de *El Día*, con ocasión del llamado proceso de «La Mano Negra», después de que fuera «disuelta por motivos de seguridad» en España la Asociación Internacional de Trabajadores, por decreto del 10 de enero de 1874, por el Gobierno intermedio entre fracasada la República y reinstaurada la Monarquía. Una de las coplas más populares decía a la sazón:

*Todas las niñas bonitas
tienen en casa un letrado
con letras de oro que dicen
por un asociado me muero.
Le pregunté a mi morena
que por qué me despreciaba,
y me contestó serena
que en la asociación entrara.
Si quieres vivir a gusto
con tus derechos colmados,
cásate con un obrero
de los buenos asociados (4)*

Es curioso recordar que el juez Fajano, de Jerez de la Frontera, en el proceso instruido hacia 1898 a la Asociación, dijera que «debía ser cierto que se trataba de una Asociación de los pobres honrados, contra los ricos tiranos».

Así pues, José Díaz nació en una familia obrera; era de profesión panadero y entre los años 1917 y 1925 fue di-

rigente del sindicato de panaderos de la Confederación Nacional del Trabajo; estuvo detenido varias veces por su actividad sindical y otras tantas encarcelado. En 1926 ingresó en el Partido Comunista de España y decidió hacer de la política en favor de los trabajadores la razón de su vida, en defensa de la emancipación social de la clase obrera, de la libertad y el socialismo. Las únicas universidades de José Díaz fue la Escuela Leninista de Moscú, donde hizo un curso de un año.

El 17 de marzo de 1932 se celebró en Sevilla el IV Congreso del Partido Comunista de España. Sus labores discurren en el Palacio del Brasil de la Exposición Iberoamericana, cedido por el Ayuntamiento de la ciudad. La Unión de Sindicatos atendió las necesidades de los 257 delegados que representaban a 12.000 militantes —cifra que parece algo abultada habida cuenta de que el partido contaba con una reducida militancia al proclamarse la República, el 14 de abril de 1931, es decir, once meses antes.

En este IV Congreso fue elegido un nuevo Buró Político, compuesto por José Bullejos, secretario general; Manuel Hurtado, secretario de organización; Manuel Adame, secretario sindical; José Silva, secretario de agitación y propaganda; Dolores Ibárruri, secretaria femenina. Formaban parte del Buró, aunque sin pertenecer al Secretariado, José Díaz, Ramón Casanellas y Antonio Barbado; para compartir con Adame la dirección del trabajo sindical se eligió a Juan Astigarrabía y a Antonio Mije. Para el Comité Central se eligieron, entre otros, a Manuel Roldán y Saturnino Barneto de Sevilla; Luis Zapiraín de San Sebastián; Vicente Uribe de Bilbao; Ra-

(4) BERNALDO DE QUIRÓS, C. *El espartaquismo agrario y otros ensayos sobre la estructura económica y social de Andalucía*, Ediciones de la Revista de Trabajo, diciembre de 1973.

fael Milla de Alicante; Vicente Arroyo y Pedro Checa, de Madrid; Félix Domínguez, de Valladolid; Garrote, de Galicia; Miguel Caballero y Adriano Romero, de Córdoba; Carlos Vega y Crispulo Gutiérrez, de Asturias; Pascual Arroyo y Molinero, de Barcelona; Hilario Arlandis, de Valencia; Carlos Ortega de Cádiz, y Justiniano Bravo, de Almería.

En el mitin de clausura del Congreso debía intervenir Ramón Casanellas, que vivía clandestinamente en Barcelona. Como es conocido, era militante anarquista, cuando atentó en 1921 contra Eduardo Dato, presidente del gobierno a la sazón, quien apoyó al General Martínez Anido en su represión de las luchas sociales en Barcelona y suscribió la famosa «Ley de fugas». No pudo intervenir en el mitin de clausura del Congreso por haber sido detenido por la Guardia Civil, debido a que estaba acusado, arbitrariamente, de haber perdido la nacionalidad española, por haber sido piloto del Ejército Rojo en Rusia. Fue expulsado de España, pero no tardó mucho tiempo en regresar al país, viviendo clandestinamente.

Pero los «éxitos» del IV Congreso del PCE pronto se apagaron. En vísperas de la sublevación del 10 de agosto de 1932 del general Sanjurjo, llegó a España Vittorio Codovila (Medina), dirigente del Partido Comunista de Argentina, como delegado para España de la Internacional Comunista. Fue mal recibido por el secretario general del partido, José Bullejos, y una parte del Buró Político, agudizándose todavía más las difíciles relaciones que había en aquel entonces entre la máxima dirección del partido y el Secretariado de la Internacional, a causa de las posiciones sectarias que venía sosteniendo ese grupo, aunque, a decir verdad, no era tampoco muy acertada la táctica propuesta

por la Internacional respecto a la República proclamada el 14 de abril de 1931 en España.

Las relaciones de la máxima dirección del partido con el Secretariado de la Internacional se agriaron hasta tal punto, que este organismo invitó a Bullejos, a Adame y a Trilla a que se trasladaran a Moscú para discutir la situación en el partido español. No vamos a detenernos en el enfrentamiento que el grupo Bullejos provocó con el máximo organismo de la Internacional, pues el resultado es bien conocido. Jacques Duclos, en nombre del Secretariado, comunicó el primero de noviembre de aquel año la expulsión de la máxima dirección del Partido Comunista de España y el deseo de que ésta saliera del país inmediatamente. Así terminó la prolongada etapa de José Bullejos, que venía estando al frente de la dirección del partido desde 1925.

La nueva dirección del Partido Comunista de España nombrada por el Secretariado de la Internacional Comunista quedó constituida de la manera siguiente: José Díaz, secretario general; Manuel Hurtado, secretario de organización; Jesús Hernández, secretario de agitación y propaganda; Antonio Mije, secretario sindical; formaban parte del Buró además: Vicente Uribe, Adriano Romero y Juan Astigarrabía. A excepción de Ramón Casanellas, que no aceptó el acuerdo de la IC, el Comité Central quedó integrado por casi todos los miembros elegidos en el Congreso de Sevilla. Así se cerró la crisis abierta en el Partido Comunista de España. El equipo dirigente, encabezado por José Díaz inauguró una nueva etapa en el desarrollo histórico del partido, lo que permitió una mayor penetración en España de culturas e ideas progresistas que favoreció la expansión de las ideas comunistas.

Pío Baroja, el autor de las *Memorias de un hombre de acción*, dijo que las ideas comunistas comenzaban a interesar incluso a las mujeres y a muchas personas allende de la clase obrera.

Evidentemente, pasaron a formar parte de las filas comunistas intelectuales como Wenceslao Roces, Joaquín Arderius, el capitán Francisco Galán, hermano del héroe de Jaca, Fermín Galán, César Falcón y otros. La prensa del partido, sobre todo *Mundo Obrero* y *Frente Rojo*, pese a las suspensiones gubernativas de turno, aumentó el número de lectores y sus tiradas.

En este 75 Aniversario de la fundación de nuestro Partido Comunista se ha dicho que «somos una parte fundamental del movimiento obrero, movimiento obrero que no es sólo las organizaciones sindicales, también es este partido que surgió del movimiento obrero». No es producto de la casualidad que los carismáticos dirigentes comunistas José Díaz y Dolores Ibárruri provinieran de las zonas de España de concentración obrera y de fuerte organización sindical. Dolores Ibárruri procedía del movimiento obrero vizcaíno, concienciado bajo el umbroso árbol de las ideas socialistas de Marx y Engels; mientras que José Díaz venía del combativo movimiento obrero andaluz de tendencia anarcosindicalista, nacido de las ideas de emancipación adentradas en la historia de la humanidad. Por eso, el movimiento obrero era el enemigo número uno de los más reaccionarios de la época. El escritor Paul Preston recuerda en su último libro, *Franco* (5), que el general Mola refiriéndose sobre todo a Bilbao y Barcelona escribió que «la salud de España requería la eliminación del proletariado industrial».

(5) PRESTON, P. *Franco*.

Bajo la dirección de José Díaz, el PCE fue eliminando sus dosis de sectarismo y plantando sus reales en la auténtica España de entonces. A medida que el Partido tuvo posibilidades de poder organizar mítines y de hablar directamente a las masas, fue creciendo aceleradamente. Si en 1931, cuando fue proclamada la República, el partido contaba con apenas 3.000 militantes, después del 16 de febrero de 1936 sus efectivos pasaron de 30.000 a 50.000 militantes; en abril contaba ya con 60.000, en junio con 84.000, en vísperas de la sublevación militar fascista tenía en sus filas 100.000 y durante la guerra, sólo en el territorio de la República, 300.000, como ya hemos dicho.

Si en las elecciones del 3 de julio de 1931 el PCE no pudo obtener ningún diputado a Cortes, en las de noviembre de 1933 fue elegido el primer diputado comunista de España, el doctor Cayetano Bolívar, reuniendo 400.000 sufragios; mientras que en las de febrero de 1936 consiguió 17 diputados.

Algunos historiadores han periodizado la dinámica de todo este tiempo que va desde la proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, al llamado «Bienio Negro» (de noviembre de 1933 a noviembre de 1935), la campaña preelectoral y electoral de noviembre de 1935 a febrero de 1936 y, finalmente, los meses de febrero a julio de 1936 que siguieron a la victoria electoral del Frente Popular y a la sublevación militar-fascista. En ese agitado período tenemos que mencionar, por su heroicidad, el movimiento de Asturias de 1934, que ocupa un lugar destacado en la historia de la lucha de nuestro pueblo contra la reacción y por el inicio hacia la unidad de acción de la clase obrera. Como se recuerda, el movi-

miento fue aplastado salvajemente por efectivos de la Legión Extranjera y de los Regulares, al mando del general Franco.

Durante todo este período no podemos por más que recordar la acción unitaris del partido comunista, como —entre otros hechos— el ingreso de la Confederación General del Trabajo Unitaria en la Unión General de Trabajadores, la formación de la Juventud Socialista Unificada, de socialistas y comunistas principalmente, unificación que encabezaron Santiago Carrillo, José Cazorla, Federico Melchor y otros; la creación del Partido Socialista Unificado de Cataluña, la Sección Catalana del PSOE, la Unión Socialista y el Partido Proletario, adhiriéndose a la Internacional Comunista. También se creó el Partido Comunista de Euzkadi y, entre otras unificaciones antifascistas, se fundó la organización de Mujeres Antifascistas, que por su actividad se convirtió en una gran organización nacional de mujeres españolas, entre las que recordamos a Victoria Kent, Isabel de Palencia, Constanza de la Mora, María Martínez Sierra, Irene Falcón y otras conocidas mujeres de la política y la cultura.

Pero entre otros progresos unitarios, frente al fascismo que tanto esfuerzo derrochó el Partido Comunista, doméstico e internacional, destaca la creación del Frente Popular en España. Dolores Ibárruri destacó con el ingenio que tanto la adornaba que, en 1936, las alianzas políticas entre las fuerzas obreras y burguesas en España habían sido alianzas de la olla de barro y de la olla de hierro. La clase obrera salía de la alianza «como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando». La política del Frente Popular representaba en este orden algo muy distinto. Desde

1931 a 1935 las masas trabajadoras habían vivido una dura experiencia (6).

Y era verdad. La victoria en las elecciones del 15 de enero de 1936 y el triunfo del Frente Popular eran otra cosa por la envergadura que éste cobró tanto en España como internacionalmente.

La nueva dirección del partido, con José Díaz a la cabeza, no significó en la andadura del PCE la simple sustitución de un equipo dirigente por otro, sino un cambio de rumbo trascendental en la vida de éste, tuvo que celebrarse el histórico VII Congreso Internacional Comunista —25 de junio/25 de agosto— para que esta organización se despojara también de caducas ataduras y enfocara con valentía el gravísimo peligro que representaba para la humanidad la ascensión del fascismo en Europa.

Como se recordará, el dirigente comunista búlgaro Jorge Dimitrov, que había sido arrancado, literalmente hablando, por la protesta internacional de las cárceles de la Alemania hitleriana acusado del incendio del Reichstag, fue promovido a la secretaría general de la Internacional Comunista.

Dimitrov pronunció un discurso de apertura del congreso en el que dijo, entre otras cosas, lo siguiente: «La llegada del fascismo al poder no es un simple cambio de un gobierno burgués por otro, sino la sustitución de una forma estatal de dominación de la burguesía, o sea, la democracia burguesa, por otra forma de abierta dictadura terrorista», subrayando que en países diferentes el fascismo cobraba distintas formas en dependencia de sus particularidades nacionales. Y así pues, a propuesta suya, el Congreso aprobó por unanimidad una resolución, en la que se señalaba que debía ser formado a escala internacional un frente único de lucha

(6) IBÁRRURI, D. *El único camino*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1963

(7) IBÍDEM, nota 2.

contra el fascismo, que el éxito de la lucha contra el fascismo en aquella época histórica dependía de llegar a acuerdos de colaboración entre obreros y organizaciones de distinto tipo, a saber, partidos, sindicatos, cooperativas, juveniles, de mujeres, comunistas, socialistas, anarcosindicalistas, católicos, etc, incluso con los obreros integrados en las organizaciones fascistas. Dimitrov dijo además que «la formación del frente único del proletariado y del Frente Popular Antifascista debían coincidir simultáneamente, ya que entre ellos no había ninguna barrera» (7).

Como es bien conocido, las circunstancias históricas en que se desarrollaba entonces España permitió a la nueva dirección del Partido Comunista, en la que no es posible destacar sólo a José Díaz y a Dolores Ibárruri, sino también a otros muchos dirigentes como Pedro Checa, Vicente Uribe, Antonio Mije y tantos y tantos otros, a utilizar como punta de lanza de toda la política de entonces del PCE la formación del Frente Popular y el triunfo de éste en las elecciones del 16 de febrero de 1936. En ellas, como se sabe, el Frente Popular consiguió 268 diputados, mientras que el centro-derecha sólo 205; el Partido Comunista obtuvo 17 diputados.

El pacto de esa coalición era, por su contenido, un pacto reformista, aunque en aquellas circunstancias históricas concretas sus fines podrían ser calificados de «revolucionarios». Era concretamente una transición entre los republicanos, de un lado, y los partidos marxistas de otro, con el único propósito entonces de ganar las elecciones. Los puntos de ese pacto eran, entre otros, una amplia amnistía, reposición de los funcionarios públicos apartados de sus puestos, repara-

ción a las familias víctimas de la represión, revisión de la ley de Orden Público, política para superar la depresión industrial, política de obras públicas, etc. Como puede observarse no se trataba de ningún programa que alterase el *modus vivendi* de aquella época ni el *status quo* político, era simplemente un programa democrático para paliar la grave situación social de aquellos momentos y no provocar a las fuerzas de derechas y fascistas tanto interiores como exteriores. No obstante, significaba un paso importantísimo para la unidad de acción de todas las fuerzas progresistas del arco político que formaba la República.

A este respecto, José Díaz decía a la sazón que «el triunfo de las fuerzas de izquierdas es mucho mayor si se tienen en cuenta las enormes dificultades que éstas tuvieron que vencer para realizar su propaganda, para obtener el triunfo en la urnas, primero, y luego, lo más importante de todo, para no dejárselo arrebatar a fuerza de pucherazos, falsificaciones de actas, etc., por las fuerzas de la derecha del gobierno» (8).

Independientemente de los errores que toda dirección política puede cometer, sobre todo a lo largo de uno de los períodos más difíciles de la historia contemporánea de España, comprendidos especialmente los años de la guerra, cabe destacar como cuestiones punteras la defensa que hicieron los comunistas españoles de la «República democrática». En un informe pronunciado en el Pleno del Comité Central del PCE, celebrado en Valencia entre los días 5 y 8 de marzo, José Díaz dijo: «Los socialistas, una gran parte de nuestros camaradas socialistas, cuando el Partido Comunista planteaba la necesidad de abrazar la defensa de la Repú-

(8) DÍAZ, J. *Tres años de lucha. Por el Frente Popular, por la libertad, por la independencia de España* (Colección), París, 1970.

blica democrática, mantenían la posición de que la República democrática ya no tenía razón de ser y abogaban por la instauración de la República socialista, divorciando así, por tanto, a las fuerzas obreras de las fuerzas democráticas, de las capas pequeño-burguesas y populares del país [...]. Por su parte, los anarquistas se pronunciaron por el "comunismo libertario", y de la consigna de "la CNT se basta así misma", pasaron a la de "Alianza revolucionaria entre la UGT y la CNT" para llegar a la formación de un gobierno de tipo sindicalista, con la mira de llevar a cabo inmediatamente la "Revolución social" [...]. Los republicanos, si bien declaraban que no era posible el retorno a una República del tipo del 14 de abril, se resistían, por lo menos gran parte de ellos, a aceptar programas sociales avanzados que pudieran dar a la República un contenido económico y político de nuevo tipo» (9).

José Díaz, en su discurso pronunciado en la sesión de Cortes el 1º de Octubre de 1936, hizo una vez más profesión de fe en el triunfo de la República cuando dijo que «nosotros, Partido Comunista, dijimos que todos, obreros y demócratas, teníamos un camino largo que recorrer en común y los intereses que defendíamos estrecharían aún más nuestros lazos de hermandad».

Caracterizando la lucha que se desarrollaba en España, José Díaz declaró que «la lucha que se está librando en España no es una guerra civil que haya estallado de pronto, sino que es una lucha que se viene desarrollando desde hace años entre la clase proletaria y las fuerzas democráticas, de una parte, y, de otra, la reacción y el fascismo de la España semifeudal» (10).

Por último, cabe destacar los esfuerzos del Partido Comunista de España por ampliar la unidad de las fuerzas políticas de la República. Pero la realidad histórica muestra que toda la acción del Partido Comunista de España porque fuera llevado el esfuerzo democrático de España por el cambio pacífico, fue interrumpido por la sublevación militar-fascista del 18 de julio de 1936.

La sublevación militar comenzó a prepararse después del triunfo del Frente Popular, y no influyeron ni el clima político ni la influencia del movimiento obrero, y mucho menos el asesinato del teniente José Castillo de la Guardia de Asalto, ni el de Calvo Sotelo por los compañeros de aquél.

Todo estaba preparado en medio de una situación internacional explosiva, creada por el rápido rearme de la Alemania de Hitler para imponer sus llamadas «reivindicaciones históricas», mientras que las ambiciones de la Italia de Mussolini, más moderadas, se vinculaban con Alemania.

En esta situación interior e internacional tan grave, no puede olvidarse que el Partido Comunista hizo los mayores esfuerzos por evitar la Guerra Civil y la catástrofe nacional que todo ello llevaba vinculado. Pero una vez estallado el conflicto armado, el Partido Comunista de España, sus dirigentes en todos los escalones, sus militantes y simpatizantes, tomaron las armas, junto con el pueblo, en un alarde patriótico, que tantas veces había demostrado el pueblo español a lo largo de su historia, para aplastar la sublevación militar-fascista.

El Partido Comunista señaló desde el primer momento del conflicto que la resistencia y la victoria final no podía ser sólo obra de un sector democrático,

(9) IBÍDEM, nota 8.

(10) IBÍDEM.

por mucho heroísmo que demostrara, sino de todo el pueblo y de todas las organizaciones políticas y sindicales.

La creación por el partido del famoso «Quinto Regimiento», de sus batallones desempeñaron un papel importantísimo en los primeros combates y, sobre todo, en la defensa de Madrid, siendo la base del nuevo Ejército Popular, que unió más tarde a las dispersas milicias, ya que la defensa de la República ante tropas regulares y abundante armamento del enemigo no podía ser obra de un partido o de un sindicato, por potentes y heroicos que fueran, sino obra de todo el pueblo, produciéndose así la primera derrota de los sublevados ante los muros de Madrid.

De esta primera gesta del pueblo de Madrid surgieron una literatura heroica en España y en el extranjero, novelas, films, obras de teatro y, sobre todo, un cancionero popular que si no era el coro patriótico del *Nabuco* de Verdi, cantaba sobre el heroísmo de los combatientes republicanos y sus jefes, como Lister, Modesto, Galán, el famoso comandante Carlos y otros muchos.

A las filas del Quinto Regimiento, y más tarde del Ejército Popular, se unió lo más florido de la intelectualidad española, como Rafael Alberti, César María Arconada, Pedro Garfías, Luis Lacasa, María Teresa León, Juan Planelles, Manuel Recatero, José Renau, Juan Rejano, Wenceslao Roces, Alberto Sánchez, Manuel Sánchez Arcas, Miguel Hernández, José Herrera Petere y otros muchos.

Entre los cientos y miles de luchadores que en el curso de la guerra mandaron unidades del Ejército Popular se pueden citar los jefes militares Francisco Romero Marín, José Bobadilla, Etelvino Vega, Guillermo Ascanio, San-

tiago Aguado, Eduardo García, Antonio Ortíz, Joaquín Rodríguez, Ramón Soliva, Pedro Mateu Merino, Vitore-ro, Manolín, Reclade, Vicente Pertegaz, Cristóbal Errandones, Matías Yagüe, Bautista, Polanco y otros muchos imposibles de enumerar aquí.

Y esta limitada lista no podría ser completa sin recordar a los comisarios políticos como Santiago Álvarez, Francisco Antón, Barcia, Luis Delage, José del Campo, Conesa, Jesús Larrañaga, Virgilio Llanos, Jaime Jirabau, Marcelino Huete, José Fusimaña, Joaquín Hernández, Benito Montagut, Matas, José Miret y otros muchos, que aunque no sean citados no han quedado en el olvido de la epopeya de la democracia española (11).

Detenidos los sublevados a las puertas de Madrid, fueron decisivas las batallas en el Jarama y, sobre todo, en Guadalajara, frente a las primeras unidades militares regulares enviadas a España por Mussolini.

De los más lejanos países, hombres y mujeres antifascistas acudieron a España y formaron legión creando las «Brigadas Internacionales» para participar en la primera batalla contra el fascismo. Rafael Alberti cantó: «Venís desde muy lejos [...]. Más esta lejanía, ¿qué es para vuestra sangre que canta sin fronteras?» Y cuando llegó la despedida de las heroicas Brigadas en el comienzo del ocaso de la contienda en Barcelona, Dolores Ibárruri les dijo con toda su elocuencia: «No os olvidaremos y cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con laureles de la victoria de la República Española ¡Volved! [...]». Pero muchos no pudieron volver porque cayeron en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial, represaliados en

(11) *Historia del Partido Comunista de España*, Editorial Política, La Habana, 1964.

sus respectivos países o exterminados en los campos de concentración hitlerianos.

Sería pródigo que en estas cuartillas nos extendiéramos más acerca de la epopeya del pueblo español de 1936-1939, además de ser superior a las fuerzas de quien las escribe, pero la verdad incontrovertible es que la resistencia y las victorias fueron posibles mientras duró la unidad de las fuerzas republicanas y antifascistas en pro de la cual el Partido Comunista hizo todo lo que humanamente estuvo a su alcance.

Si la solidaridad mundial se volcó en favor de los republicanos españoles, no fue así en cuanto a sus gobiernos, si exceptuamos el de México de Lázaro Cárdenas y, en primer lugar, la solidaridad de la Unión Soviética con el pueblo español en armas contra el fascismo, uno de los mayores enemigos de la humanidad, del cual se registran brotes esporádicos aquí y allá por el mundo entero.

A España acudieron los mejores especialistas soviéticos, que tanto se distinguieron en la Segunda Guerra Mundial contra la poderosísima máquina militar creada por Hitler en Alemania para instruir sobre manejo de armamento ruso a los nóveles jefes militares republicanos procedentes de milicias. Independientemente de la tinta que se ha gastado acerca de la solidaridad soviética, el hecho incontestable es que fue la única ayuda militar, política y diplomática que tuvo la República en una situación mundial preñada de peligros de guerra.

Se ha dicho que se ha escrito más acerca de la guerra española que de la Segunda Guerra Mundial. No se si será verdad, pero los más destacados militares rusos de las armas de tierra, mar y aire se multiplicaron en escribir su paso por España.

Se ha vertido mucha tinta acerca de las posibilidades de la resitencia de la República en la llamada zona Centro, pero la realidad de los hechos demuestra que si seis semanas después de la caída de Cataluña cesó la resistencia, no se debió tanto al cansancio de los antifascistas, sino a un conjunto de circunstancias que desembocaron en la ruptura de la unidad en el bando republicano, que nunca fue completa, pese a los esfuerzos del Partido Comunista.

La traición del coronel Casado, jefe del Ejército del Centro, en connivencia con el gobierno británico de su majestad, que prometió la benevolencia de Franco, y la constitución del llamado Consejo Nacional de Defensa, encabezado por el viejo general Miaja y sus consejeros Julian Besteiro y Wenceslao Carrillo, del PSOE, González Marín de la CNT y el propio Casado, rindieron con armas y bagajes la resistencia en la zona Centro-Sur. El 28 de marzo entraban en Madrid las llamadas «tropas nacionales», que iniciaron una verdadera carnicería con los republicanos de todas las tendencias políticas y el 1 de abril de 1939 se publicó el célebre parte de guerra anunciando la terminación de la guerra, al mismo tiempo que su santidad el Papa Pío XII daba su bendición a la España católica.

Hemos dicho en páginas anteriores que José Díaz no había dejado ningún legado, pero sí había manifestado una y otra vez durante los treinta y dos meses de guerra su confianza en la clase obrera, en los demócratas, en todos los patriotas, amigos de la libertad, que no se doblegarían ante el fascismo ni ante su feroz persecución y que la justa causa por la que había luchado cerca de tres años el pueblo español sería alcanzada. Murió con el convencimiento de que los ideales de democracia, libertad y socialismo se impondrían en España. Pe-

ro lo que no podía figurar José Díaz es que su partido, el Partido Comunista de España, tendría la grandeza de atraer a sus filas a los hijos de los vencedores de

la Guerra Civil, como dijo Julio Anguita en el mitin conmemorativo del 75 Aniversario de la fundación del Partido Comunista de España. ■

Partidos verdes en Europa: tres textos recientes

Luis Ramiro Fernández

Green parties under comparative perspective

Autor: Müller-Rommel, Ferdinand

Editorial: Institut de Ciències Polítiques i Socials, en la publicación *Working Paper*, n.º 99. Barcelona, 1994

Los verdes alemanes

Autor: Jorge Riechmann

Editorial: Comares
Granada, 1994

Los verdes austriacos: política ecologista en el país del consenso

Autor: Jorge Riechmann

Editorial: Institut de Ciències Polítiques i Socials, en la publicación *Working Paper*, n.º 89. Barcelona, 1994

Mediada la década de los noventa, al hecho innegable de que los partidos verdes han supuesto por sí mismos, por su diferente forma de entender la política en las modernas democracias occidentales y por los valores que les guían, una innovación de tremenda importancia en los sistemas políticos y de partidos de sus respectivos países, hay que añadir otra constatación: parece hoy evidente que no se trata, como algunos observadores creyeron, de un fenómeno pasajero que sería rápidamente asimilado por los partidos políticos tradicionales convertidos, convenientemente, al ecologismo. Al contrario, los partidos verdes parecen constituir un fenómeno político consolidado en buen número de países, siendo un elemento clave de cualquier intento de aproximación a la política de la Europa de nuestros días. Esta situación justifica muy sobradamente el interés de su estudio, que ha producido ya una extensa bibliografía.

Los textos que son reseñados en estas líneas son tres de las últimas contribuciones que dos profundos conocedores de los partidos verdes han realizado a este campo de la reflexión política y social en los últimos tiempos.

El artículo de Müller-Rommel es una aproximación general al panorama de los partidos verdes europeos. El autor describe el origen de estos partidos en la politización de la preocupación medioambiental y la aparición de nuevos valores desde los primeros años setenta. Esto conlleva una nueva dimensión del conflicto político, con la creación de movimientos sociales con el fin de influir y variar políticas (la política nuclear, por ejemplo). Asimismo, la experiencia negativa de muchos activistas de los movimientos con los partidos tradicionales y en concreto con la izquierda tradicional será un factor de gran relieve para entender tanto la fundación como el crecimiento de los partidos verdes, que sitúan a la socialdemocracia ante un dilema táctico y estratégico de indudable calado.

Los partidos verdes se caracterizarían, según el autor, por unos rasgos comunes en cuanto a su sustrato ideológico y cultural (por la defensa de unos mismos valores: ecologismo, pacifismo, cuestionamiento del crecimiento económico, etc.), su modelo organizativo (más democrático, abierto y participativo) y su base electoral (joven, con alto grado de educación formal, con fuerte representación de las nuevas clases medias, principalmente urbana, sensible a los nuevos valores y situada mayoritariamente a la izquierda). Las líneas de diferenciación entre unos partidos verdes y otros se encontrarían en el campo de las estrategias y las alianzas y en el de la profundidad de las reformas propuestas para el actual orden socioeconómico.

Tras realizar una concisa descripción del nacimiento, desarrollo y peso electoral de los partidos verdes en cada uno de los países europeos donde existen con cierta entidad, Müller-Rommel crea una tipología del éxito electoral de las formaciones políticas verdes utilizando como criterios el porcentaje de voto recibido y el porcentaje de representantes en los parlamentos nacionales, dando lugar a un índice del éxito o fracaso de los partidos verdes (en donde, curiosamente, el partido verde alemán figura como partido de éxito medio).

Los verdes alemanes

Y es este partido, Los Verdes alemanes, el protagonista del magnífico libro de Jorge Riechmann. A través de un muy bien documentado camino, el autor, combinando adecuadas dosis de descripción, interpretación y reflexión, analiza la base de movimientos sociales sobre la que se origina el partido verde; la cultura política y el entramado institucional en el que se inserta, por el que es condicionado y con el que interactúa; la evolución conflictiva desde el partido-movimiento al partido parlamentario; su organización, militancia y electorado y el inconmensurable esfuerzo de desarrollo programático realizado por Los Verdes alemanes.

Más allá de un tratamiento de su organización e ideología es mérito de este libro el con-

textualizar al partido verde en su entorno de movimientos y en el marco de la evolución social y política de la Alemania de los años setenta y ochenta. Para ello, Riechmann realiza una historia de los movimientos sociales alemanes desde la segunda posguerra. Como bien dice el autor esta atención al estudio de los movimientos sociales no es sino una exigencia metodológica del objeto de estudio, al nacer el partido con el objetivo de configurarse como un partido de nuevo tipo: partido a la vez que movimiento. La historia de los movimientos sociales alemanes presenta sus rasgos más característicos en la institucionalización e integración del movimiento obrero en un marco neocorporativo y en la lenta y progresiva aparición de nuevos movimientos en cuanto a formas, contenidos y actores, desde la década de los sesenta. Movimiento de las Marchas de Pascua, movimiento estudiantil y APO (oposición extraparlamentaria) jalonan la historia política de la RFA hasta el oscuro final de los años sesenta. Ya en los setenta aparecerán el nuevo movimiento feminista, el movimiento alternativo urbano, el movimiento ecologista y el movimiento antinuclear. Al tiempo, este surgimiento de movimientos se conecta con una crisis de las pautas tradicionales de cultura política, caracterizadas por una ciudadanía extremadamente pasiva, sobre las que se había construido el consenso político posterior a la Segunda Guerra Mundial. Expresión paradigmática de este giro participativo de la cultura política alemana sería el movimiento de las iniciativas ciudadanas que supone frente a movimientos anteriores un salto cualitativo, al implicar en formas de participación política no institucionalizadas a segmentos sociales más amplios que en etapas anteriores.

Los Verdes nacen en este terreno ya abonado por los nuevos movimientos sociales a partir de la percepción, por parte de ciertos segmentos de participantes en los movimientos, de los límites de la estrategia movilizadora llevada a cabo hasta entonces. El partido nace con la intención de convertirse en buena medida en el brazo parlamentario de las organizaciones sociales. La estructura de oportunidad política re-

sultaría ser especialmente propicia para el desarrollo del nuevo partido por múltiples factores, entre los que se encontraría el fracaso de los grandes partidos tradicionales, la pérdida de su capacidad integradora y, desde luego, el alejamiento del SPD de los segmentos sociales portadores de nuevos valores y demandas, a las que el viejo partido socialdemócrata no sabe o no quiere dar adecuada respuesta, avanzando por el camino de la derechización. En este sentido, existe una clara conexión, un vínculo nítido, entre el rumbo tomado en lo táctico y estratégico por el SPD y el desarrollo del Partido Verde alemán.

Si el nacimiento del partido se debe en gran parte a la confluencia de antiguos militantes de la izquierda sesentayochista y de participantes en los nuevos movimientos sociales, su puesta en marcha encuentra origen en la confluencia de diversas listas electorales regionales. Este proceso de arranque viene caracterizado por la heterogeneidad política de los componentes del recién nacido partido y por la necesidad de establecer consensos no siempre sólidos, hecho que desencadenará no mucho más tarde divisiones y conflictos internos que se suceden a lo largo de los ochenta (en la paulatina evolución desde partido-movimiento a partido parlamentario), alcanzando momentos de gran tensión hacia 1985.

La parlamentarización de Los Verdes

Esta evolución hacia el actual partido, más parlamentarizado, sería motivada, sobre todo, por tres factores: el declive de los nuevos movimientos sociales desde comienzos de los años ochenta, la peculiar lógica que impone el trabajo en las instituciones de representación política y el rápido éxito electoral, desproporcionado en su dimensión respecto al exiguo número de activistas de Los Verdes.

El análisis de las corrientes internas del partido y de las líneas de división alrededor de las cuales se articulan es uno de los aspectos tratados con mayor rigor y profundidad en el texto. Entre estas líneas de división y conflicto interno resaltan, como no podía ser de otra manera, la

cuestión de las alianzas —tema que persigue a los partidos a la izquierda de la socialdemocracia como una constante amenaza de escisión y parálisis— y la cuestión de la democracia de base como principio rector del funcionamiento interno de la organización (prácticas antielitistas, antijerárquicas, que evitasen la profesionalización de un partido que habría de ser necesariamente poroso, y que tienen su origen en las prácticas de los movimientos de los que surgió el propio partido, siendo uno de sus cimientos fundacionales). La narración de estas divisiones y de la evolución del partido parece describir una fatal e ineludible deriva hacia la parlamentarización, profesionalización y la institucionalización, culminando en un partido con ciertos rasgos de pragmatismo electoral, alejado del inicial diseño de sus fundadores. El fracaso de la convivencia normalizada y «pacífica» entre plurales posiciones políticas (que se han visto reducidas tras el abandono del partido de las alas extremas a «derecha» e «izquierda») manifestado en los durísimos conflictos internos y el fracaso del proyecto de democracia de base —modificada desde comienzos de los años noventa como respuesta a ciertas dinámicas perversas en su desarrollo real y efectivo— marcan buena parte de la historia de Los Verdes.

El intento verde de renovar o, más bien, revolucionar el funcionamiento clásico de los partidos políticos a través de una democratización de sus estructuras —dentro de un proyecto mayor de democratización radical de la sociedad— reviste especial importancia por dos motivos principalmente. El primero es que supone provocar la aparición del tema de la democracia interna de los partidos en la agenda política alemana. En este aspecto, el fracaso, que de hecho existe, de no conseguir hacer funcionar armoniosa y eficazmente el modelo de democracia de base, queda relativizado al comparar a Los Verdes con el resto de los esclerotizados partidos de la RFA. El segundo motivo por el que el esfuerzo democratizador verde merece especial atención es por las lecciones y consecuencias que de la experiencia verde se han de sacar de cara a, por un lado, el desarrollo de futuras o pre-

sentes experiencias partidarias (el difícil reto de cómo combinar estructuración, organización, profesionalización, amplia participación, recursos limitados, incentivos y apertura, continúa presente) y, por otro, a la constitución y formulación de una teoría de la democracia que haga viable la extensión de ésta a los últimos rincones de nuestras complejas sociedades.

Las páginas dedicadas al estudio de la base electoral del partido revisten interés por múltiples motivos; yo resaltaría uno: este análisis ayuda a modificar uno de los frecuentes tópicos sobre Los Verdes, como es la creencia de que su electorado está formado exclusivamente por individuos de nueva clase media. La riqueza de la evidencia empírica aportada matiza esta afirmación y clarifica al detalle la composición del electorado verde, pues, si bien es cierto que en las filas verdes están ampliamente representadas las nuevas clases medias urbanas, el partido obtiene una muy buena implantación en ciertos colectivos socialmente periféricos y desmercantilizados (por ejemplo, los desempleados).

Riechmann nos muestra con brillantez la evolución de un partido que se ha transformado, desde su inicial fase de organización de oposición radical al sistema, en el actual partido ecologista de izquierda moderada; que varió progresivamente su estructura interna adaptándose a las necesidades de profesionalización que impone la lucha electoral y que ha conseguido consolidarse institucionalmente, llegando a participar en gobiernos de coalición a nivel regional. Esta evolución conlleva encrucijadas y dilemas (entre otros los anteriores: participación o no participación electoral, oposición radical o voluntad de gobierno, ¿qué modelo organizativo?) frente a los que es obligado adoptar decisiones que, en parte, condicionan el camino futuro.

El surgimiento y desarrollo de Los Verdes alemanes ejerció una evidente influencia sobre el resto de partidos ecologistas, sobre su nacimiento y desenvolvimiento posterior. Esto se evidencia en el último texto que voy a reseñar, el trabajo de Jorge Riechmann sobre Los Verdes austriacos. Al igual que en su libro sobre Los Verdes alemanes, Riechmann, analiza con detenimiento el con-

texto político e institucional, los movimientos sociales y la cultura política como entorno que determina en buena medida el devenir de los partidos verdes. El caso austriaco se caracteriza por unos movimientos sociales relativamente débiles y moderados, pero que en cambio cuentan en su haber con rotundas victorias frente a las autoridades políticas. La cultura política austriaca se define históricamente por la primacía del consenso en las relaciones políticas, por el esplendor de la práctica de integración neocorporativa y por un pronunciado estatalismo. Estas pautas se ven acompañadas por la intensa presencia de organizaciones corporativas y partidos políticos en la vida social, en el marco de un sistema de partidos altamente estable. Esta situación sólo se ve modificada en la década de los setenta y ochenta con un incremento de la competencia y de la volatilidad electoral, con una progresiva reducción del corporatismo y con el desarrollo de una fase de protesta que supone la aparición de nuevos movimientos sociales.

Los éxitos del movimiento antinuclear sirvieron como impulso para la organización política del ecologismo austriaco que, como es también el caso en otros países, culmina con la fundación en 1982 de dos organizaciones políticas verdes que compiten entre sí (una ambientalista y conservacionista y otra de rasgos radicales y alternativos). El autor describe los pormenores del proceso que culminará, mediada la década de los ochenta (85-87) con la formación de Alternativa Verde (posteriormente Los Verdes), resultado en gran medida de la unión de los dos anteriores partidos y de otras iniciativas políticas verdes y definida sobre un consenso moderado y centrista que deja al margen de la organización a los sectores más extremos (Riechmann define a los verdes austriacos como más pragmáticos y moderados que Los Verdes alemanes; este hecho puede tener explicación, según el autor, en el marco político en el que se desarrolla el movimiento verde en Austria, anteriormente señalado y que se trata pormenorizadamente en la primera parte del texto de Jorge Riechmann).

Riechmann recorre la evolución electoral de Los Verdes austriacos, que muestra no pocos

altibajos e inestabilidad; su base electoral (con buena presencia de capas medias, voto joven, urbano y con alto grado de educación) y detalla la organización interna del partido. Ésta se caracteriza, al igual que en el caso alemán, por un progresivo avance hacia estructuras profesionalizadas. El partido austriaco, al igual que Los Verdes alemanes, tiene que hacer frente a un proceso rápido de parlamentarización en el marco de un reducido contingente de militan-

tes. Esto, como muestra la experiencia alemana, refuerza la tendencia a primar el trabajo institucional.

En definitiva, los tres textos aquí tratados en apretado resumen, estudian uno de los fenómenos políticos contemporáneos más relevantes en el ámbito europeo. Ello debiera ser más que suficiente para motivar una amplia aproximación al estudio de los movimientos y partidos verdes europeos. ■



*Este ejemplar se terminó
de imprimir en los talleres gráficos
de MARCO GRAFICO, S.L.,
en septiembre de 1995.*

POE



*Me has dado la fraternidad hacia el que
no conozco.
Me has agregado la fuerza de todos los que
viven.
Me has vuelto a dar la patria como en un
nacimiento.
Me has dado la libertad que no tiene el
solitario.
Me enseñaste a encender la bondad, como
el fuego.
Me diste la rectitud que necesita el árbol.
Me enseñaste a ver la unidad y la diferencia de
los hombres.
Me mostraste cómo el dolor de un ser ha
muerto en la victoria de todos.
Me enseñaste a dormir en las camas duras de
mis hermanos.
Me hiciste construir sobre la realidad como
sobre una roca.
Me hiciste adversario del malvado y muro
del frenético.
Me has hecho ver la claridad del mundo
y la posibilidad de la alegría.
Me has hecho indestructible porque contigo
no termino en mí mismo.*

Pablo Neruda
A mi partido



Símbolo original de Joan Brossa para la revista «Trebball». (1994)